

A woman in a white shirt and blue patterned shorts is dancing in a field of purple flowers. The background is a soft-focus field of purple flowers. The text is overlaid on the image in a white, cursive font with a black outline.

*Tienes
que
Entenderlo*

Sophie Saint Rose

Tienes que entenderlo

Sophie Saint Rose

Capítulo 1

Lama se dejó caer en el asiento de cuero de la cafetería y Ninette que comía la hamburguesa con los carrillos llenos, levantó una de sus cejas rubias viéndola dejar la vieja mochila a un lado.

—¿Un mal día?

Apartó su larga melena negra, mostrando sus pendientes de madera en forma de estrella. —Creo que aquí voy a durar poco.

—Vaya, ¿ya estás inquieta? Si solo llevas en Nueva York tres meses. Tienes que tener paciencia. Además, ¿qué ibas a hacer en Atenas? Allí tampoco tenías trabajo.

Anni se acercó y al verla, se dio la vuelta roja como un tomate.

Ninette la fulminó con la mirada. —¿Qué le has dicho a Anni?

—Nada. —Alargó la mano y cogió una patata frita. —Secreto profesional. ¿Cómo van mis niñas?

Su amiga se pasó la mano por su enorme vientre y sonrió. —A punto.

Lama miró a Anni, que intentaba escurrir el bulto para no servirla. —¡Eh, Anni! ¿Le digo a quien tú ya sabes, lo que tú ya sabes? Pues si quieres que no abra la boca, haz que la ocupe con una hamburguesa con doble de queso, ¿quieres?

Anni perdió todo el color de la cara y mirando sobre su hombro hacia la cocina corrió hasta la mesa. —¿Quieres callarte? —siseó roja como un tomate.

Ninette miró primero a una y luego a la otra. —¿Qué está pasando aquí?

—Niña, desde que te has casado no te enteras de nada —dijo Irwin tras ella. El policía jubilado se giró quitándose las gafas que usaba para leer el periódico

—. Está claro que Anni tiene algo que ocultarle a Jimmy. Se comporta de una manera muy rara con él desde hace una semana.

—¿De verdad? —Interrogó a Lama con la mirada. —¿Qué es? ¿Qué es?

—Si no te lo cuenta ella... Pero tranquila que ya te enterarás. Es algo que no se puede ocultar.

—¿Estás preñada? —exclamaron Irwin y Ninette a la vez, provocando que Anni se pusiera como un tomate.

—Shuss. —Miró sobre su hombro de nuevo y Lama reprimió la risa mientras Ninette entrecerraba los ojos. —Que no se entere —suplicó Anni de los nervios.

—¿Y qué más da que lo sepa? Jimmy es un tío legal. No te va a echar porque estés en estado —dijo Irwin antes de abrir los ojos como platos—. ¡Niña, eso no se hace!

Ninette se volvió hacia él. —¿Qué pasa, que no me entero?

—No me extraña nada que te costara tanto darte cuenta de que tu marido estaba loco por ti.

—¡Muy gracioso! Pues ahora no te invito al bautizo.

—Dirás a los bautizos. ¡Y soy uno de los padrinos! Ahora no puedes desinvitarme.

Ninette chasqueó la lengua. —¿Me lo vas a contar o no?

Jimmy, su antiguo jefe y dueño de la cafetería, salió de la cocina con un plato en su enorme mano y gritó —¡Anni! ¿Te llevas esto o lo llevo yo a la mesa?

Lama reprimió la risa al verla correr hacia él mientras Ninette abría los ojos como platos. —En todo el tiempo en que trabajé aquí, jamás me habló así. —Jadeó llevándose la mano al pecho. —¡Están liados!

—Y él tiene un cabreo de primera —dijo Lama divertida antes de mirar hacia Anni con sus preciosos ojos castaños.

—Pero si está casada. —No se lo podía creer.

Lama chasqueó la lengua. —Su marido no es tan santo como ella te quiso hacer ver. Se ha dado cuenta y la carne es débil. Jimmy la consoló, una cosa

llevó a la otra y... Sorpresa...

La puerta de la cafetería se abrió y Kirk, el marido de Ninette, entró sentándose a su lado y dándole un beso en los labios a su pasmada mujer. — Nena, no me digas ahora que estás de parto porque estoy hambriento.

—Muy sensible, Thatcher.

—Mi mujer no me ha dejado ni desayunar con sus exigencias matutinas. — Kirk miró hacia Anni que discutía con Jimmy al lado de la cocina. —¿Qué les pasa? Tengo que volver a la obra.

—¿Qué prisa tienes? Si eres el arquitecto —protestó Irwin como si fuera un quejica—. El que manda puede llegar de comer cuando le dé la gana.

Ninette le pasó su plato. —Come, he perdido el apetito.

Kirk la miró preocupado. —¿Estás bien? —Acarició su enorme vientre. —Si estás de parto me lo dirías, ¿verdad?

Lama alargó la mano y cogió la hamburguesa de Ninette.

—Cielo, estoy bien. No es eso.

—Sí que es eso —dijo Lama con la boca llena.

Ambos la miraron de golpe. —¡No, no es eso! —protestó Ninette.

—Créeme, es eso. —Cogió una patata y se la metió en la boca asintiendo.

Kirk palideció. —Preciosa, nos vamos al hospital.

—Pero si no siento nada.

—Esta mujer te vaticinó que tendríamos trillizas y las vamos a tener. ¡Así que si dice que estás de parto, es que estás de parto!

Irwin se levantó. —¿Dónde tienes el coche?

—En la obra.

—Dame las llaves. Voy a por él.

—Tú lo que quieres es conducir mi Jaguar.

—Eso también.

Kirk gruñó dándole las llaves. —Te esperamos aquí.

—¡No es así! —gritó Anni haciendo que toda la cafetería les mirara.

Lama suspiró levantándose al ver que Ninette se preocupaba. —Ya voy yo.

—No.

—Tranquila, lo resuelvo enseguida.

—Muy bien, Lama. Termina con esto rápidamente, que la quiero concentrada en el parto —dijo Kirk pasándose la mano por su pelo negro. Todos le miraron—. ¿Qué? ¡No tengo ni idea de lo que pasa, pero seguro que dar a luz a mis hijas es mucho más importante! Mierda, tengo que llamar a mi abuela.

Lama divertida al ver que estaba de los nervios sacando el móvil, que se le cayó al suelo, le dijo —Kirk, todo va a ir bien.

Aliviado se sentó en el sillón al lado de su esposa. —Joder, me va a dar un infarto. Ni nueve meses te preparan para esto. —Giró la cabeza y vio a Irwin a su lado como si nada. —¡El coche!

—Espera hombre, que estamos en medio de otro culebrón.

Lama se dirigió hacia Anni y Jimmy, que seguían discutiendo como si no tuvieran un negocio que atender, y de la que pasaba recogió unos platos. —La cuenta, ¿verdad? —Los cuatro asintieron. —Perfecto. Cuarenta pavos.

Dejaron el dinero sobre la mesa sin dejar de observar a Jimmy, que a pesar de que quería discutir en bajo, movía los brazos de un lado a otro como si fuera un oso. —Gracias por la propina.

—De nada —dijo una de las clientas habituales sin perder detalle de la discusión.

Lama pasó ante ellos para dejar los platos en la cocina y cuando volvió a salir se puso ante ellos con el dinero en la mano. —Vamos a ver. —Los dos la miraron como si fuera un incordio y les miró sorprendida. —¿Molesto?

—¡Sí! —respondieron los dos a la vez.

—Pues os fastidiáis. —Se encogió de hombros demostrando que le importaba muy poco. —Mirad a vuestro alrededor. —Ambos fruncieron el ceño. —¡Ahora! —Lo hicieron sin ver nada raro. —¿Qué habéis visto?

—Nada —respondió Anni—. Lo de siempre.

—Pues te voy a decir lo que veo yo. Veo mesas sin atender, y a una de tus mejores amigas de parto, preocupada porque no sabe lo que os ocurre. Veo a un

hombre maravilloso, que por la cara que tiene, está enamorado de ti. Y te veo a ti, que tienes un matrimonio de mierda, te has acostado con éste varias veces y vas a tener un hijo suyo. ¿Sabes lo que veo en vuestro futuro? —Ambos negaron con la boca abierta. —Veo que vais a ser muy felices juntos. ¡Así que dejar de joder y sírvenme una hamburguesa!

—Vale —dijo Anni con los ojos como platos.

—Lama, ¿vendrás con nosotros, verdad? —preguntó Ninette desde el otro lado del restaurante.

—La hamburguesa para llevar. —Sonrió a Ninette acercándose y sentándose ante ella, metiendo los cuarenta pavos en el bolsillo del pantalón. —Esto por los consejos. —Miró a su amiga a los ojos. —Tranquila, están loquitos el uno por el otro.

Todos se volvieron hacia ellos, que se miraron avergonzados antes de sonreír tontamente. Jimmy le susurró algo al oído y ella rió empujándole para que entrara en la cocina. —¿Ves?

Irwin la miró asombrado. —Eres buenísima.

—Pues no encuentro trabajo ni a tiros.

—¡El coche! —exclamó Kirk.

—Sí, ya va. —Salió de la cafetería y para su asombro, se paró con un conocido poniéndose a hablar ante el escaparate tranquilamente.

Kirk miró a Ninette como si quisiera matar a alguien y ésta reprimió la risa. —Cariño, si no siento nada todavía. —Le besó en los labios antes de mirar a Lama, que les observaba con los brazos cruzados. —Te he dicho mil veces que pongas una consulta. Te forrarías leyendo la mano.

—Va, eso es de frikis. Además, mi madre me ha dicho mil veces que no es bueno ganar dinero aconsejando a la gente.

—¿Y esos cuarenta pavos? —preguntó Kirk divertido.

—Me los he ganado. He recogido la mesa —dijo con chulería haciéndoles reír.

Anni llegó con una bolsa en la mano y la dejó ante Lama sin pedirle dinero,

antes de sonreír ilusionada. —¿Mi niña ya está de camino?

—Con las otras dos —respondió Kirk mirando al escaparate antes de gruñir—. ¿Dónde estará?

—Cariño, seguro que está a punto de llegar. No hay prisa. La habitación ya está preparada desde ayer.

—Sí que sois previsores. —Lama cogió unas patatas de la bolsa comiendo a dos carrillos. —No me habéis dicho quién es mi padrino.

—¿Tú qué? —preguntó Kirk divertido.

—El de Anni es Irwin. El de Ronelle, Luca. ¿Y el mío?

—Ah, es nuestro médico. El doctor Xanthos. Conectamos cuando fuimos a su consulta la primera vez y desde entonces hemos quedado bastante. Se lleva genial con Ronelle. —Ninette frunció el ceño. —¿No le conoces? Creía que...

—Cielo, Lama no vino a la fiesta de Navidad. Llegó al día siguiente, ¿recuerdas? —Kirk se levantó de golpe. —¡Ya está ahí el coche!

Anni chilló de emoción quitándose el mandil. —¡Jimmy, me voy con ellos!

Su jefe salió con una paleta de acero inoxidable en la mano y la miró asombrado. —¡Estás loca, mujer! ¡El local está lleno!

Anni puso morritos. —No me lo quiero perder.

Él sonrió como un tonto. —Vale, luego me acerco.

—¡Si no es Navidad! —exclamó media cafetería con indignación.

—¡Es un día especial! —Jimmy le guiñó un ojo a su chica, que se sonrojó de gusto mientras éste se volvía y entraba en la cocina de nuevo.

—Oh, voy a por el bolso. —Anni corrió de nuevo hacia la cocina y Kirk llevó a su mujer hasta la puerta, cogiéndola del brazo como si fuera una inválida, cuando se sentía estupendamente.

—Será exagerado —dijo Lama haciendo que Kirk la mirara con sus ojos azules como si quisiera cargársela—. Vale, exagera todo lo que quieras. Es tu momento.

Ninette soltó una risita mientras Irwin abría la puerta de atrás. —Si hay tiempo de sobra. No siento nada.

—Ya sentirás, ya —dijo Irwin mientras Kirk gritaba —Anni, ¿quieres darte prisa?

—Cariño, ¿pasamos a buscar a la abuela?

—¡Seguro que conociéndola ya está allí! ¡Quien no está allí eres tú! ¡Anni!

Capítulo 2

Diez horas después todos miraban a Ninette, que sentada en la cama del hospital devoraba la hamburguesa que le había pedido a Jimmy que llevara. Se encogió de hombros. —No tengo la culpa de que no salgan.

—Joder, ¿dónde está Dylan?

—¿Por qué no buscas por la habitación? Porque aquí no cabe nadie más — preguntó Lama divertida antes de girarse a Ronelle—. Abuela, ¿quién es Dylan?

—El doctor Xanthos, querida. Uy, qué hombre. Alto como una torre y fuerte como un toro. —Bajó la voz apartando tras la oreja un mechón de su impecable cabello teñido de negro. —No tengo ni idea de cómo mi nieto ha dejado que le ponga una mano encima a la niña. Debe ser porque es muy bueno en su trabajo.

Será porque le debe llevar cuarenta años para que a ti te guste tanto, pensó Lama divertida.

Una enfermera entró en ese momento con un pijama rosa de dibujitos y se detuvo en seco al ver lo que estaba comiendo la paciente. —¡No! —gritó sobresaltándolos a todos.

—¿No, qué? —dijo Kirk alterado.

—Le van a hacer una cesárea. ¡No debía comer!

Todos se quedaron de piedra antes de que se giraran hacia Lama, que se levantó de su asiento mirando a la enfermera fijamente. —¿Cómo que una cesárea? Si todo va bien.

—¡Tiene el canal muy estrecho para un parto así! ¡El doctor no quería correr riesgos! —La enfermera salió corriendo y Ninette miró asustada a su marido.

—No pasará nada. Lo ha dicho Lama.

Lama asintió y en ese momento entró un hombre vestido de traje en la habitación haciendo que se le paralizara el corazón. ¡Si ese era el doctor, no era viejo en absoluto! Era guapísimo, con unos rasgos duros que le decían que estaba acostumbrado a mandar. Era rubio y esos ojos verdes del color del mar decían que estaba furioso. Vio cómo miraba la hamburguesa a medio comer y juraba por lo bajo.

—Dylan... —Kirk estaba pálido. —¿Cuándo programaste una cesárea?

—Esta mañana. No quería correr riesgos y que las niñas sufrieran durante el parto.

Lama suspiró del alivio. —Pero si todo va bien.

El doctor la miró levantando una ceja. —¿Usted es médico?

Se sonrojó intensamente. —No, pero lo sé.

—¿Y sabe lo que puede ocurrir en un parto prolongado? ¡Porque Ninette lleva con contracciones desde ayer y todavía no ha dilatado dos centímetros!

Lama dio un paso hacia la cama. —Está bien. ¡Puede dar a luz y ser consciente de cuándo llegan sus hijas al mundo!

—¡También puede hacerlo con una cesárea!

—¡El momento del parto es mágico entre los padres y los niños!

—¿Quién coño es usted?

—Es Lama, una de nuestras mejores amigas —dijo Kirk pasándose la mano por el cabello muy nervioso.

—¡Ah, la pitonisa! —dijo como si eso lo aclarara todo.

—¡Oye, guapo...! —Puso los brazos en jarras. —¡Mi amiga es perfectamente capaz de traer a sus siete hijos al mundo!

—¿Ha dicho siete? —dijo Kirk pálido.

Ninette hizo un gesto con la mano. —Va, son cosas que se dicen.

Dylan entrecerró los ojos. —Oye, guapa. Este es mi hospital y aquí mando yo. Si quieres decirle a la gente crédula cómo tienen que vivir su vida, hazlo de puertas para afuera porque aquí mi voz es la única que importa.

Todos jadearon y Lama tomó aire por la nariz mirándole furiosa. —

¿Crédulos? —Le miró de arriba abajo. —¡Tienes un aura muy violeta! ¿Te ha dejado la novia?

Eso cabreó aún más al doctor. —¿Quieres que te expulse del hospital?

Lama sonrió. —¿Eso es un sí?

Kirk carraspeó. —Dylan, ¿pensabas dormirla del todo? ¿No hay una manera de hacer la cesárea sin dormirla?

—Eso, con la epidural —dijo Anni asintiendo.

—No quería que comiera nada porque si se complicaba... —Apretó los labios mirando el monitor.

—¡Los latidos de las niñas están bien! —protestó Lama—. Todo va bien. ¡Puede parirlos ella!

—¡Es muy estrecha de caderas! ¡Va a ser un parto larguísimo y es su primer alumbramiento! ¡Sacar a las niñas, era lo más seguro para las cuatro!

—Una cesárea implica que durante dos años no podrá concebir para que se recupere la pared abdominal. Y eso no va a pasar. Se quedará embarazada antes y entonces sí que habrá un problema.

Kirk gimió mirando a su esposa que forzó una sonrisa. —Nena...

—Todo va bien. Las voy a tener por el método natural. Si Lama dice que estoy bien, quiero ver como mis hijas llegan al mundo.

Dylan dejó salir el aire que estaba conteniendo. —Muy bien. Suspenderé la cesárea de momento, pero como vea algo que no me guste, te llevo al quirófano de inmediato. —El doctor pasó al lado de Lama mirándola como si la odiara y ésta levantó la barbilla sin cortarse un pelo.

En cuanto salió de la habitación sonrió de oreja a oreja y juntó las manos ilusionada. Ninette sonrió. —¿Qué te ocurre?

—¡Le he encontrado! ¡Al fin! —Todos la miraron como si estuviera loca. — ¡Jo, qué guapo!

—Te lo dije, niña. —Ronelle sonrió satisfecha. —Todo un hombre. Como mi Kirk.

—¡Cuando se lo cuente a mi madre, se va a morir!

Ninette sonrió. —¿Estás segura de que es él?

—¿Es el qué? —preguntó Kirk sin enterarse de nada.

—El hombre de su vida —respondieron todas a la vez como si fuera tonto.

—¿Habla de Dylan? —Asombrado miró a su mujer y susurró —Pero si no puede ni verla.

Lama hizo un gesto con la mano. —Eso es al principio. Ya verás cómo le hago cambiar de opinión.

Dylan entró en la habitación de nuevo y todos le miraron mientras se acercaba con la enfermera a Ninette. —¿Podéis salir de la habitación un momento? Voy a reconocer a mi paciente.

Lama miró a la enfermera. Una rubita muy guapa que miró al doctor de reojo como si le avergonzara mirarle de frente. Frunció el ceño cruzándose de brazos al ver que la chica se sonrojaba mientras cogía el tensiómetro y empezaba a tomarle la tensión a Ninette. Uy, con esa... Estaba loquita por él. Fulminó a Dylan con sus ojos castaños mientras miraba el papel que salía de la máquina muy serio. Sin cortarse se acercó a él y llegó hasta ella el aroma de su colonia. Dios, olía divino. Él entrecerró los ojos girando la cabeza. —¿Querías algo?

—Ver lo que haces.

—Lo de salir de la habitación también era por ti.

—¿De veras? Yo no me voy a asustar. Muchas gitanas paren en casa.

—Fuera —dijo entre dientes como si quisiera estrangularla.

Ella sonrió radiante. —Tienes el aura más roja. Eso es estupendo.

—¿No me digas?

—Sí, ¿te has excitado? —Alargó el cuello mientras la miraba pasmado. —¿Te gusta mi perfume? Me lo hago yo con esencia de rosa.

La cogió por el brazo y tiró de ella hasta el exterior de la habitación mientras Ninette retenía la risa. La dejó en el pasillo y cerró la puerta con fuerza. Lama parpadeó mirando la puerta y dijo —¡Vale, hablamos luego! —Sus amigos se echaron a reír y ella se encogió de hombros. —Está loquito por mí. Es el destino.

—Sí, los principios siempre son algo difíciles —dijo Ronelle dándole la

razón.

Cuando su doctor salió de la habitación ni la miró hablando con la enfermera y Lama se lo comió con los ojos antes de que entrara en un cuarto que según el cartelito estaba reservado para personal médico. Disimuladamente se acercó a la puerta abierta y escuchó —Quiero que la monitoricen exhaustivamente. Y si hay algún problema me avisas en quirófano.

—Sí, doctor —dijo la rubita con voz melosa—. Por cierto, esta noche es el cumpleaños del doctor Higgins y le vamos a traer una tarta. ¿Se quedará?

¡A ésta el cumpleaños de ese tipo le importaba una mierda! Quería a su hombre, eso estaba claro.

—Esta noche seguro que la señora Thatcher da a luz. Así que estaré trabajando. —Lama sonrió encantada.

—Oh, por supuesto.

—Pero si lo que quieres es un polvo rápido, podemos ir ahora a la sala de descanso. Tengo veinte minutos hasta la siguiente cesárea.

Lama abrió la boca asombrada. No podía hablar en serio.

La risita de la enfermera la puso de los nervios. —Doctor, qué cosas tiene. Estamos de guardia.

—Tienes razón —dijo él con la voz más grave—. Uno rápido no sería suficiente, ¿verdad? Hablaremos luego, preciosa.

Dylan salió de la habitación y la miró exasperado. —¿Qué haces aquí?

No podía haberse equivocado y miró sus ojos verdes fijamente. Él dio un paso atrás como si tuviera la peste y la enfermera salió en ese momento chocándose con él. Sonrojada soltó una risita estúpida y Lama tuvo ganas de arrancarle cada uno de sus pelos. —Disculpe doctor... —dijo seductoramente mirándole como si compartieran un secreto.

Dylan ignorándola la miró a ella y carraspeó. —¿Querías algo?

Le señaló con el dedo furiosa. —Tú veras lo que haces. ¡En tu conciencia

queda!

Asombrado la vio regresar a la habitación de Ninette y cerrar la puerta. Ronelle que estaba en el pasillo con Irwin le miró sin ningún disimulo. —¿Qué le pasa a esa mujer?

—Oh, ya te enterarás. Prepárate para lo que se te viene encima.

Escucharon el llanto del primer bebé en la sala de espera seis horas después y todos se felicitaron emocionados rodeados de globos, flores y regalos para las niñas. Lama sonrió abrazando a Ronelle. —Felicidades, abuela.

—Gracias, niña —dijo con los ojos llenos de lágrimas antes de abrazar a Anni que también lloraba.

—Estoy deseando verlas —dijo Jimmy cogiendo a Luca en brazos para ponerlo a su altura.

—Serán tan guapas como su madre. —Rita le hizo un gesto a Jimmy para que le diera a su hijo porque tenía cara de sueño, pero Jimmy negó con la cabeza como si le diera igual.

—Ahora Ninette ya no jugará conmigo a la play.

—Pero si tienes a Lama para jugar.

—Eso, enano. Menudas palizas que me das.

Todos se echaron a reír y Rita la cogió del brazo apartándola del grupo. —¿Puedo preguntarte una cosa?

—Claro. —Entrecerró los ojos. —No me digas que me vas a subir el alquiler porque aún no encontrado trabajo y...

—¿Qué dices, loca? Debería pagarte a ti por todo el tiempo que te quedas con Luca.

—¿Entonces qué pasa? —Al mirarla a los ojos se tensó. —¿Qué ocurre, Rita?

Su casera y amiga sonrió radiante. —He conocido a un hombre y me gustaría que le echaras un vistazo y me dieras tu opinión.

Lama la cogió de la mano apartándola aún más. —Te dije...

—Sé lo que me dijiste, pero parece tan buena persona... Por favor. Me gusta mucho.

En sus ojos vio que estaba enamorada y no quiso entristecerla en un día tan especial. —Le conoceré, ¿de acuerdo?

Rita la miró emocionada. —Gracias, gracias.

Se iba a ir, pero la cogió por el brazo deteniéndola, necesitando decirle — Pero no te entregues todavía, ¿me has entendido?

—Sí, lo sé. Pero seguro que Darius no es ese hombre que me hará daño. Es un cielo.

Lama teniendo un mal presentimiento asintió, pero no pudo quitárselo de la cabeza durante la siguiente media hora hasta que vio salir a Kirk emocionado con dos de las niñas en brazos. Se echó a reír cuando una enfermera se colocó a su lado con el otro bebé. —No me atrevía a cogerlas a las tres.

Todos rieron acercándose para ver a aquellas tres bellezas pelirrojas que les robaron el corazón. Lama se acercó a Kirk y cogió a una en brazos. —Son tan bonitas que quitan el aliento.

Kirk asintió. —Lo son, ¿verdad? Ahora cualquiera le dice a mi mujer que no quiero más con lo bien que las hacemos.

Lama se echó a reír asintiendo y en ese momento salió su doctor Dylan con ropa de quirófano. Se detuvo en seco al verla y cuando sus ojos coincidieron, Lama se vio a sí misma desnuda en una cama alargando los brazos hacia él, diciéndole que le hiciera el amor.

Él apretó los labios antes de acercarse a Kirk y darle una palmada en el hombro. —Todo está perfecto. Enseguida la subirán a la habitación.

—Gracias, tío. —Le dio la mano.

—Te lo dije —canturreó ella a la niña. Dylan la miró furioso, pero ella levantó la vista sonriendo radiante—. ¿Quieres cenar algo? Te invito.

—No, gracias.

—Vamos, para limar asperezas. Te veo muy susceptible.

—Kirk, os veo mañana. Ahora tengo que irme.

—Bien, gracias por todo.

—De nada. Son preciosas.

Lama suspiró poniéndole la niña a Kirk en los brazos antes de seguirle. — Dylan, vamos a ser los padrinos de una de esas niñas, así que deberíamos llevarnos bien. Es una responsabilidad. —Cómo no le hacía ni caso, prácticamente tuvo que correr tras él con las zancadas que daba. —Vamos, no seas así. Sabía que todo iba a ir bien.

Se volvió de golpe. —Mira... la has puesto en peligro con tus charadas de sabelotodo cuando no tienes ni idea de lo que podía haber pasado. Si eres su amiga...

—¡Soy su amiga!

—¡Si eres su amiga, tendrías que haber apoyado mi decisión que era la que menos riesgo tenía para la salud de Ninette! ¡Y no me interrumpas! Así que si lo que quieres es que te eche un polvo en agradecimiento por tu actitud... —La miró de arriba abajo con desprecio. —Mira guapa, las tengo mucho mejores que tú esperando.

Lama palideció. —Eso que me acabas de decir es muy desagradable, pero te perdono porque estás enfadado. ¿Ahora vamos a cenar algo?

—¡Desaparece de mi vista!

—¿No te lo piensas? —Él se volvió furioso caminando hacia el ascensor. — ¿Seguro? ¡Mira que puedes arrepentirte y después yo puedo estar enfadada y no perdonarte! —Dylan entró en el ascensor sin hacerle ni caso pulsando el botón. —Vale, te doy un par de días. —La miró con ganas de matarla. —¡Vale, te doy tres, pero ni uno más!

Cuando se cerraron las puertas suspiró apoyando el hombro en la pared. — Va, solo es cuestión de tiempo. Es el amor de tu vida. Ya se dará cuenta.

Tres días después estaba ante el hospital bebiendo de su café. Se enderezó

cuando le vio salir vestido con un traje azul y un maletín en la mano. Corrió hacia él tirando el café a una papelería y cuando se acercó, aminoró el paso poniéndose a su lado. Le echó un vistazo distraído antes de mirarla asombrado.

—¿Qué quieres?

—¿Ya has terminado? Tengo que hablar contigo de Abby.

—¿De Abby?

—De nuestra ahijada. Se llama Abby, ¿recuerdas?

—¿Y qué quieres hablar sobre ella? —preguntó deteniéndose en la acera. No se creía ni una palabra.

—Pues verás, tenemos que regalarle algo por su bautizo. Algo especial.

—¿Y tenemos que hacerlo juntos?

—Somos sus guías espirituales. Es nuestra obligación.

Él bufó mirando a su alrededor. —Tengo prisa, Lama. ¿Quieres abreviar?

—¡Te acuerdas de mi nombre! —Sonrió de oreja a oreja.

—Es difícil olvidarte —le soltó con ironía.

—¿Verdad que sí? Todos me dicen lo mismo.

—El regalo, Lama. ¡Tengo prisa!

—Oh, pues había pensado en comprarle una cruz de oro para cuando sea un poco mayor. ¿Qué opinas?

—Pues muy bien. Me da igual. —Levantó un brazo para llamar a un taxi y Lama estiró la mano con la palma hacia arriba. —¿Qué?

—La pasta. ¿No creerás que voy a pagarla yo sola? De hecho tienes que pagarla tú, porque casi no tengo dinero.

Él gruñó bajando el brazo y dejando el maletín de piel en la acera. Metió la mano en el interior de la chaqueta repasando su vestimenta. Unos vaqueros desgastados una camiseta de tirantes negra y un bolso de colorines cruzado en bandolera. —¿Con trescientos está bien? No tengo más en efectivo.

—Veré lo que puedo hacer.

Le vio sacar el dinero y un chico pasó a su lado en una bicicleta y se los arrebató de las manos. Lama corrió tras él y cuando giró para dar la vuelta a la

esquina, ella se tiró sobre él cayendo sobre la calzada. Un taxi frenó cerca de su cara y varias personas se acercaron a ella mientras alguien forcejeaba a su lado. Los policías corrieron hasta ellos y cuando Lama iba a levantarse, sintió un dolor en el hombro. Gimió inclinando la cabeza hacia atrás y vio que se había raspado la parte posterior del hombro, dejándolo casi en carne viva. Dylan se arrodilló a su lado. —¿Estás bien? —Le giró suavemente la espalda y juró por lo bajo. — ¡Mierda, Lama! ¿Estás loca? ¡Era solo dinero! ¡Podías haberte matado!

—¡No es solo dinero! ¡Era tu dinero! —Se apoyó en su brazo para levantarse y gimió porque también le dolía el trasero.

Un policía se acercó. —¿Está bien?

—Sí, gracias. No es nada.

—Ha sido muy valiente. Llevaba una navaja.

Dylan la miró como si fuera estúpida y ella se dejó coger por la cintura para que la sacara de la calzada. —Vamos al hospital.

—¿Y tu maletín?

Él miró al frente y al ver a la rubita de la enfermera con el maletín en la mano casi le da algo. ¡Le estaba esperando con una sonrisa en la cara y le miraba como si fuera suyo!

—Ay. —Dobló la rodilla y Dylan la agarró por la cintura pegándola a él.

—Joder. —La cogió en brazos pasando ante la enfermera para ir hacia la entrada del hospital.

—Estoy bien —dijo cerrando los ojos y apoyando la mejilla sobre su hombro. Uhmm, qué bien olía. Y era muy fuerte. La llevaba como si no pesara nada.

—Dylan, ¿qué haces? —preguntó la rubita tras ellos corriendo con sus tacones de quince centímetros.

—Voy a llevarla a urgencias. No puedo dejarla en medio de la calle, Amber.

—Dásela a un sanitario. Nos están esperando.

Lama abrió los ojos y apartó la cabeza para mirarle a la cara. —¿Me vas a dejar sola?

—Estarás muy bien cuidada y yo tengo una conferencia dentro de media hora. Amber tiene razón. —Miró hacia la entrada del hospital y gritó —¡Eh tú, trae una camilla!

—Déjame en el suelo —dijo agachando la mirada de la desilusión—. Puedo entrar sola.

—Aquí está la camilla.

La tumbó con cuidado y cuando se volvió para hablar con el enfermero, Lama se levantó y caminó cojeando hacia la acera, mientras Amber la observaba maliciosa.

—¡Lama! ¿Qué haces? —Dylan llegó hasta ella e intentó agarrarla por el brazo, pero ella se soltó. —¿Estás loca? ¡Puedes tener una lesión interna!

—Tranquilo, todo está bien. Y lo que no está bien, se pondrá bien en unos días. —Como su corazón, por ejemplo.

—No digas tonterías. Vuelve a la camilla, Lama.

Ella se volvió y le miró a los ojos. —Mira, estoy bien y no voy a dejar que me pasen una factura de hospital que no podré pagar en la vida, ¿de acuerdo? Tú vete a esa conferencia y olvídate de lo que ha pasado. Te veo en el bautizo.

Dylan vio cómo se alejaba. —¿Y el regalo?

—¡Ya me encargaré yo! —gritó sin volverse para que no viera que estaba a punto de llorar, porque ella jamás le dejaría en ese estado. No se podía creer que se hubiera equivocado tanto con él. Lo había tenido tan claro desde que lo había visto por primera vez... Era su alma gemela. Su corazón había chillado con fuerza por él, porque al fin había encontrado a su compañero. Su madre sintió lo mismo con su padre y su abuela también. Le habían descrito esa sensación mil veces y fue exactamente así. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano para ver que también se la había despellejado. Estaba claro que ese no era su día. Y ni siquiera había recuperado el dinero. Bueno, suponía que al menos se lo devolverían a Dylan.

Capítulo 3

Llegó a su casa de Brooklyn hecha polvo y le sonó el móvil cuando subía los tres escalones que daban a la casa que compartía con Rita. Sacó el móvil y la llave. Al ver que era Ninette contestó —¿Cómo es el primer día de mamá en casa?

—Todavía parece irreal. ¿Vendrás a cenar esta noche?

—¿Necesitas ayuda? —preguntó caminando hasta su puerta en el piso de abajo y metiendo la llave en la cerradura.

Un grito en el piso de arriba la sobresaltó y dejó caer el teléfono corriendo escaleras arriba al escuchar un golpe y como caían cosas al suelo. ¡Lo sabía! Empujó su puerta para ver al tipo cogiendo a Rita del pelo para levantarla del suelo mientras lloraba y Lama gritó haciendo que se girara antes de tirársele encima arañándole la cara. Él trastrabilló hacia atrás tropezando con el cuerpo de Rita y cayó de espaldas con ella encima. Rita se levantó para ayudarla y Lama gritó —¡Llama a la policía!

Su amiga no perdió el tiempo, pero el hombre era muy musculoso y le dio un fuerte puñetazo volviéndola de lado, pero ella no le soltó del cabello sujetándole con las piernas, rodeando su cuerpo. Lama abrió los ojos como platos al ver el filo del cuchillo y ni sintió como le traspasaba el vientre, mientras Rita gritaba al teléfono antes de salir corriendo encerrándose en una habitación. El tipo la miró con sus ojos negros y siseó a la cara —¡Putá, lo has estropeado todo! —Intentó levantarse, pero Lama seguía aferrada a sus hombros y él para que le soltara la empujó por el pecho con fuerza, provocando que cayera de espaldas al suelo con un golpe seco. Él se pasó las manos por su pelo castaño para arreglarlo

mirándola con desprecio antes de salir del apartamento.

Lama temblando levantó la vista y vio la mancha sobre sus pantalones. Como si fuera irreal vio el cuchillo lleno de sangre en el suelo a su alcance. Se sobresaltó al ver a Rita a su lado que aún hablaba por teléfono. —Sí, se ha ido — dijo llorando—. Mi amiga está sangrando. ¡Necesitamos una ambulancia!

Se arrodilló sobre la sangre que empezaba a manchar el suelo y le cogió la mano. —Te pondrás bien. —Desesperada miró a su izquierda sin soltar el teléfono. —Ya vienen. —Dejó el teléfono en el suelo y le apretó la mano. —Lo siento. Lo siento. Tenía que haberte hecho caso.

—Shusss. —Cerró los ojos y una lágrima corrió por su sien. —Estás bien. Eso es lo importante.

Rita la abrazó. —Gracias. Mi niño...

Entonces Lama lo sintió y sonrió mientras se apartaba. —Recuerdas lo que te dije, ¿verdad?

—Que mi próxima relación cortaría mi vida —dijo angustiada—. Que debía tener cuidado si no quería dejar a Luca solo.

—Pues eso acaba de cambiar —susurró sintiendo que se mareaba, pero aun así sonrió—. Serás muy feliz. Lo he visto.

Rita se tapó la boca angustiada al ver que su cabeza caía a un lado. Corrió hacia la ventana para ver que llegaba un coche de policía y gritó desesperada pidiendo ayuda.

Dylan pálido llegó al hospital en Brooklyn y se encontró a los amigos de Lama esperando noticias. —¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está Lama?

Kirk sin dejar de abrazar a su mujer por los hombros le miró. —¿Puedes ir a preguntar?

—¿Qué coño ha pasado?

—La han apuñalado —susurró Ninette sin poder creérselo todavía—. Estaba hablando con ella por teléfono y de repente oí un grito...

—Al parecer el novio de Rita le estaba dando una paliza y Lama intervino. La ha apuñalado. Dicen que está grave. ¿Puedes entrar para...?

Dylan se volvió para pasar las puertas abatibles. Fue hasta el control de enfermería y Lisa, la enfermera con la que había trabajado en urgencias cuando estaba de prácticas, le miró sorprendida. —Dylan, ¿qué haces aquí?

—Tengo una amiga a la que han apuñalado. Se llama Lama. No recuerdo su apellido.

—Oh, la están operando. No tenía buena pinta. Está en el quirófano tres. ¿Quieres que llame?

—No, ya subo yo. —Caminó por el pasillo, pero antes de darse cuenta corría hacia las escaleras en lugar de esperar al ascensor. Corrió hasta el quirófano tres y se encontró con una enfermera que salía en ese momento. —¿Cómo está?

—Necesitamos más sangre. —Negó con la cabeza y Dylan se asustó entrando en la antesala del quirófano. Se quitó la chaqueta a toda prisa y se puso una bata. Se lavó las manos en un tiempo récord antes de coger una mascarilla y entrar en el quirófano empujando la puerta con la espalda. Ver a Lama entubada le detuvo en seco, pero en cuanto escuchó el pitido de la máquina indicando que había parada, reaccionó y miró al cirujano que era uno de sus antiguos residentes. Joder no podía haber tenido cirujano peor. —¿Qué tenemos?

Lama sonrió en sueños viendo a su abuela alargando su mano. Se emocionó al ver su moño a la nuca y su delantal azul sobre su vestido negro de viuda. Se acercó a ella y cogió su suave mano antes de abrazarla con fuerza y susurrar a su oído —Te he echado de menos, abu.

—Mi niña, has sido muy valiente. —La apartó para acariciar sus mejillas mirándola con sus mismos ojos castaños. —No podría estar más orgullosa de ti.

Lama sonrió y su abuela la sentó a la mesa de su vieja cocina. —Ven, cuéntame qué te ocurre con ese hombre.

—¿Voy a vivir?

—Por supuesto que sí, mi niña. Todavía te queda mucha vida por delante. —

Le cogió la mano con cariño. —Recuerda que se puede cambiar cierto destino, pero algunas cosas son como montañas que cuesta rodear. Pero vivirás. Ahora cuéntame qué ocurre con tu hombre.

—No le gusto. —Bajó la mirada preocupada. —No le intereso. Tú me habías dicho que cuando conociste al abuelo lo supiste. Sabías que él era tu hombre y a mí me ocurrió lo mismo, pero él no muestra ningún interés en mí. ¿Qué puedo hacer, abuela?

—Va, ese no tiene nada que hacer. Cuando dos almas se unen, nada las separará. Ni la muerte.

—Pero si el destino puede cambiarse...

—Escúchame bien. —Le apretó la mano para que la mirara a los ojos. —Ciertas cosas, como encontrar a tu compañero de por vida, es muy difícil de cambiar. Está marcado a fuego en tu destino y tiene que tener mucha fuerza de voluntad para rechazar lo que siente su corazón. ¿Entiendes?

—Eso creía, pero después de ver su actitud no sé qué pensar.

—No te des por vencida. Si él se niega a estar contigo, seréis los dos quienes sufriréis. Debes evitarlo. —Sonrió con cariño. —¿Cómo está mi hija querida?

—No ha querido venir a Nueva York, pero yo sentía el impulso de estar aquí.

—Y ahora sabes la razón. Has hecho bien. Y no te preocupes por tu madre. Cassa puede ser muy cabezota y tu nuevo hogar le provoca dolor porque recuerda a su amor perdido. No te preocupes. Su amor por ti será más fuerte y la tendrás contigo antes de que te des cuenta. ¿Qué te diría tu madre de este asunto?

Lama se echó a reír. —Ya lo sabes, abu. Que le persiguiera hasta conseguirle.

—Estoy de acuerdo. —Le acarició la mejilla. —Debes conseguirle para ser feliz, mi niña. Cuando eras pequeña querías ayudar a todo el mundo, ¿lo recuerdas? Y yo te dije...

—Que el destino estaba escrito y lo que tuviera que ser, sería por mucho que me empeñara.

—Tu madre se enfadó muchísimo cuando me escuchó, pero eras demasiado pequeña para intentar solucionar los problemas de todos. Pero ahora eres fuerte y

como has demostrado con tu amiga, si ponemos el suficiente empeño, podemos cambiar las cosas.

Lama sonrió. —Sí, he visto que Rita será feliz con otro hombre.

Su abuela asintió. —Habías visto su muerte y eso ha cambiado. Lo has cambiado tú. Así que por tu hombre sé que lo darás todo. —Apretó los labios. —Ahora tienes que volver... Te están esperando.

Lama se levantó y le dio un beso en la mejilla emocionada. —Te quiero, abuela.

—Y yo a ti, mi niña.

La puerta de la cocina se abrió y Lama fue hacia allí. —Dile al abuelo que le quiero.

—Lo sabe, pero se lo diré. Dale un beso a Cassa cuando la veas.

Asintió atravesando la puerta hacia la oscuridad y escuchó un pitido molesto sintiéndose muy cansada.

—Lama, abre los ojos —dijo la voz grave de Dylan haciéndola sonreír. Parpadeó porque le molestó la luz que tenía encima, pero la cara de Dylan se puso sobre ella haciéndola sonreír más aún. Pero él la miró con el rostro pétreo —. Perfecto. ¿Te mareas? ¿Tienes ganas de vomitar?

—No.

—Te he operado. ¿Recuerdas lo que te ha pasado?

—Sí. Rita es libre. —Cerró los ojos sin poder evitarlo y volvió a abrirlos con esfuerzo porque no quería que la dejara. —¿Te han devuelto el dinero?

Dylan levantó una ceja. —Olvídate de eso. Has tenido una hemorragia y sufriste una parada en el quirófano, pero conseguimos traerte de vuelta, aunque he tenido que quitarte un ovario. ¿Me entiendes?

—Sí. ¿Entonces no te han devuelto el dinero? Era tuyo, quiero que te lo devuelvan.

—Ni siquiera puse una denuncia, Lama. Escúchame, que esto es mucho más importante.

—¿Qué tal la conferencia?

—Lama, escúchame. He conseguido salvar el otro ovario, pero tiene daños.

Perdió la sonrisa poco a poco. —¿Qué me estás diciendo, Dylan? ¿Qué no podremos tener hijos?

Él apretó los labios tensándose. —Todavía es pronto. Cuando te repongas, haremos unas pruebas y comprobaremos si es eficiente. Hasta entonces quiero que descanses y sigas las instrucciones de las enfermeras. ¿Me entiendes?

—Cielo, no te preocupes. —Cerró los ojos sin poder evitarlo quedándose dormida de nuevo. —Tendremos hijos. Lo he visto...

Dylan se volvió hacia Anni que estaba en ese momento en la habitación. Y ella le miró preocupada. —Si ella dice que lo ha visto...

—No ha visto una mierda —dijo molesto acercándose—. Ese ovario está muy dañado. De hecho, debería habérselo quitado. —Se pasó la mano por su pelo rubio mostrando su agotamiento. Llevaba dos días sin dormir. —Creo que voy a pedir una consulta a psiquiatría.

Anni se cruzó de brazos. —Ve cosas. Cualquiera se daría cuenta. Salvó a Rita de ese cerdo. Predijo que Ninette tendría trillizas y sabía que yo estaba embarazada y de quien. El que estás ciego eres tú.

—Perdona si no creo en iluminadas que dicen que van a tener hijos conmigo, cuando a mí esa mujer no me interesa en absoluto.

—Pues para no interesarte nada, bien que llevas dos días sin salir de este hospital. ¿Es que aquí no hay más médicos? —Dylan se tensó. —Además, si ni siquiera trabajas en Brooklyn.

—Lo haría por cualquier conocido —dijo yendo hacia la puerta—. Y ahora que sé que está bien, puedo volver a mi vida.

Anni se dejó caer en la silla al ver que cerraba la puerta y se mordió el labio inferior. Había metido la pata porque por lo que le había dicho, él se había ido. Miró a Lama dormida en su cama rodeada de aparatos por todas partes. Le habían quitado el respirador el día anterior, pero todo lo demás seguía allí y ella ni se había dado cuenta. Sonrió porque Lama había dicho que tendría hijos. Ese médico no tenía ni idea de lo que decía.

—¿Tampoco ha venido hoy? —preguntó Lama mirando a Kirk, que se había acercado después del trabajo para comprobar cómo estaba.

—He hablado con él antes y estaba a punto de entrar en el quirófano.

Lama disimuló con una sonrisa. —Bueno, da igual. Ya le veré. ¿Qué tal las niñas? ¿Os arregláis?

—De eso queríamos hablarte. Habíamos pensado que después de salir del hospital, podrías ir a casa a ayudarnos un poco. Es demasiado trabajo para Ninette y Lisbeth. Además, sabes que Lisbeth se va a las cinco y necesitamos a una interna.

—¿Queréis que sea vuestra niñera?

—¿No buscabas trabajo? —preguntó divertido sentándose a su lado.

—Claro que os ayudaré. Lo haré encantada.

En ese momento se abrió la puerta y al ver los ojos grises de su madre se echó a llorar emocionada porque había ido hasta allí. Cassa Keebler entró en la habitación cerrando la puerta y pasó ante Kirk dejándole con la boca abierta, porque era como ver a la hermana mayor de Lama. Hasta tenía su misma melena negra que le llegaba al trasero y usaba los mismos pantalones vaqueros y la camiseta de tirantes. Vio cómo se sentaba a su lado con cuidado y sonreía a su hija antes de cantar en voz baja una canción en un idioma que él no conocía, acariciando su ceja con el pulgar antes de bajar por su mejilla borrando sus lágrimas. Era hipnótico y Lama se calmó mirándola a los ojos susurrando el final de la canción con su madre.

—¿Cómo lo sabías, mamá?

—Supe que te había pasado algo y cuando escuché a la abuela, cogí el primer vuelo.

—La he visto.

—Has estado en el otro lado. —La besó en la frente. —Eres una bendecida, mi niña. Es un milagro que estés viva. —Apartó el cabello de su cara repetidas

veces como si no pudiera evitar tocarla para comprobar que estaba bien.

Kirk escuchaba como esa mujer hablando con un ligero acento susurraba —
¿Es éste?

—No. Es un amigo.

Ambas volvieron la cara hacia Kirk, que carraspeó levantándose. —Kirk Thatcher.

—Ella es mi madre, Cassa.

—Es un placer. ¿Ha venido desde Atenas?

Cassa se levantó dándole la mano mientras le miraba fijamente. —Sí, en cuanto me he enterado. Tú eres el marido de su amiga.

—El mismo. Intentamos llamarla, pero el teléfono de Lama estaba en griego y no sabíamos quién era su madre entre todos sus contactos. Esperábamos que ella la llamara...

—No pasa nada. Lo entiendo. —Se cruzó de brazos mirando a su hija. —¿Y bien?

—¿Y bien qué, mamá?

—¿Dónde está tu hombre? ¡Debería estar aquí ya que has estado al borde de la muerte! ¡Quiero conocerle!

Lama se sonrojó mirando de reojo a Kirk, que levantó una ceja interrogante. —Es que no está aquí.

—Eso ya lo veo. ¿Y dónde está que sea más importante?

—Tiene operaciones. Él me salvó la vida, ¿sabes? Me lo ha dicho una enfermera.

—Es lo menos que puede hacer por su mujer. ¡De hecho, creo que por eso debería estar aquí!

—Mamá, no me fastidies. Todavía no tenemos una relación tan estrecha. ¡Está trabajando!

Cassa enderezó la espalda. —¿De qué me estás hablando, niña? ¿Es tu hombre o no?

—¡Sí! Pero se resiste.

—¿Se resiste a qué?

Avergonzada se miró las manos. —Pues a ser mi marido.

Su madre jadeó indignada antes de mirar a Kirk como si fuera culpa suya.

—Bueno, yo creo que me voy a ir... Ninette me estará esperando. Oh, por cierto... si quiere quedarse en nuestra casa, será bienvenida durante su estancia.

—Gracias, pero creo que me quedaré en casa de mi hija. Está aquí cerca, ¿verdad?

—Sí, mamá. Puedes quedarte en mi apartamento.

—De todas maneras, cualquier cosa que necesite no dude en llamarme.

—Gracias, lo haré.

Kirk reprimió una sonrisa al ver que esa mujer era de armas tomar y se acercó a la cama. —No tienes que preocuparte por nada que no sea en recuperarte. Ya hemos arreglado lo del hospital.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida.

—Dylan se ha encargado de todo. —Se encogió de hombros. —No sé cómo lo ha hecho, pero me ha dicho que lo ha arreglado.

—¿Dylan es tu hombre? —preguntó Cassa sonriendo. Lama asintió sorprendida y su madre satisfecha dijo —Perfecto.

—Os veré mañana.

—Gracias por todo.

Kirk la miró desde la puerta. —No, gracias a ti por ayudarme en su momento. Si no hubiera sido por lo que hiciste, igual hubiera perdido lo mejor que tengo en la vida porque hubiera huido de mí. Te veremos mañana. Cuídate.

Lama se sonrojó por el cumplido y cuando salió de la habitación, Cassa se volvió hacia ella y levantó una de sus cejas negras. —Creo que no me has contado muchas cosas en esas llamadas que me haces. Empieza por el principio, por favor. Porque la abuela ha sido muy concisa y tengo la sensación de que me has ocultado algunas cosas.

—Mamá...

—¡Ahora!

Capítulo 4

Estaban en silencio después de relatar cómo había conocido a Ninette en Grecia y cómo habían pasado la noche juntas y habían forjado una amistad, hasta cómo había llegado a Nueva York por un impulso que necesitaba seguir. Terminó su relato contándole lo que había ocurrido con Rita y lo que Dylan le había dicho después de operarla. Su madre estaba muy callada y se puso nerviosa.

—Mamá, di algo.

—Me mentiste —dijo muy seria.

—No te mentí. Te dije que quería venir.

—Pero sabías la razón, ¿verdad?

Lama se sonrojó. —Cuando Ninette me llamó diciendo que tendría trillizas, sentí que tenía que venir de inmediato.

—Me dijiste que necesitabas otro cambio de aires. Llevas deambulando desde los dieciséis años y creía que era otro más de tus viajes, pero no. Sabías que aquí estaba tu destino, ¿verdad? Ya me extrañaba a mí que tardaras tanto en volver. ¡Me mentiste!

—¡No sabía lo que ocurría! Hasta que le vi... ¡Te dije que vinieras conmigo!

—¡No ponía un pie en este país desde el entierro de tu padre! ¡No iba a venir sin una buena razón!

—Es que no sabía que la razón era Dylan. Al principio pensé que era por ayudar a Ninette. —Suspiró mirando hacia la ventana. —Bueno, ahora da igual.

—¡Mierda! —Su madre se levantó asombrándola. —¡Ahora tendré que venirme aquí y sabes que odio esto! Pero da igual, si tú eres feliz...

—Mamá, no tienes que venir si no quieres. Puedo ir yo a Atenas...

—¿Dos veces al año? ¡Ja! ¡Eso será al principio! ¡No pienso morir allí sola!

—Eres muy joven.

—Mis nietos estarán aquí y tú también. Me tendré que quedar. Pero bueno, por lo que he visto de Nueva York es muy distinto a Ohio.

Lama sonrió. —Muy distinto. Aunque no es Grecia.

—Es que no hay nada como Grecia. —Se cruzó de brazos. —¿Y a tu marido qué le ocurre? ¿Es tonto o algo así? ¿No sabe guiarse por sus sentimientos?

—¡Mamá! ¡No es tonto! ¡Es un ginecólogo muy reputado!

—Pues algo tiene que tener, porque mira que rechazarte a ti y lo que siente a tu lado, es de descerebrados. —Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿No estará casado?

—¡No! —Pensó en ello y nadie le había dicho que estaba casado. —¡No! Ninette me lo habría comentado para que no metiera la pata.

Su madre suspiró del alivio. —Entonces tiene algo raro, seguro.

—Igual es que me cree una mentirosa. No cree que sienta cosas o lea la mano.

—¿Ah, no? ¡Lo que me faltaba por oír! Provenimos de una familia de adivinatoras que se remonta a hace siglos. ¿Y ese medicucho no cree en ti?

—Mamá... ¡No es un medicucho! ¡Muchos nos creen estafadoras y lo sabes!

—¡Pero tu marido debe apoyarte!

—¡Pero no es mi marido!

En ese momento entró un médico joven y su madre levantó una mano deteniéndole. —¿Usted es Dylan?

—No, me llamo Calvin.

—Pues quiero que su médico se presente aquí de inmediato para informarme del estado de mi hija. ¿Me ha entendido? ¡Quiero ver a su cirujano, para que me explique a mí eso de que igual no puede tener hijos! ¡Ahora!

—Le llamaré, pero...

—¡Ahora!

Lama se puso nerviosa al ver salir al médico a toda prisa. —Mamá, contrólate.

—¡Estoy controlada!

—¡No, no lo estás y esto es cosa mía! Tú llegas y arrasas con todo. Dylan necesitará su tiempo.

—¡Y un par de empujones, porque mira que es lento para no reconocer lo que le ocurre! ¡Si ha pagado la factura del hospital! ¡Y ha venido a operarte él!

—Igual no sabe lo que le ocurre.

—Lo que decía, es lento.

—Mamá, me estás poniendo de los nervios. ¡Déjame esto a mí!

Cassa sonrió. —Tranquila, cielo. Solo voy a tantearle. Nunca me metería en tu relación. Esto es cosa tuya.

La miró con desconfianza porque su madre nunca se daba por vencida. —
¿De veras?

—Claro. ¿Haría yo algo que te hiciera daño? No, ¿verdad? Solo quiero echarle un ojo.

Dylan juró por lo bajo porque no tenía aparcamiento y tuvo que dejar el coche sobre la acera. Bueno, solo sería media hora como mucho y tenía el identificador de que era un sanitario colgado del espejo retrovisor. No se lo llevaría la grúa. Bajó del coche cerrando la puerta con el mando a distancia y entró en el hospital por urgencias. Hablaría con la madre de Lama y le explicaría la situación. Esperaba que ella tomara cartas en el asunto y le proporcionara a su hija un buen tratamiento. Mira que ir diciendo por ahí que iba a tener hijos con él. Había que estar chiflada.

Salió en su planta y vio a una enfermera salir riendo de la habitación dando las gracias. Frunció el ceño al escuchar más risas en el interior de la habitación y cuando llegó, se encontró a cuatro enfermeras riendo como niñas mientras una mujer morena, igual que Lama excepto por el color de ojos, miraba la palma

derecha de una de ellas.

—Pues no. Ese chico no te conviene. No tengas prisa que llegará el hombre de tu vida un poco más adelante. Lo sentirás al ver sus ojos.

—¿De verdad? —preguntó la enfermera ilusionada dejando a Dylan de piedra.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó sobresaltándolas a todas y entrando en la habitación—. ¿Es así como cuidan a sus pacientes? ¿Están de guardia?

Las enfermeras salieron corriendo mientras Lama sonreía radiante encantada de que estuviera allí. Aunque él no parecía nada contento.

—Mamá, el Es Dylan Xanthos.

—Mi yerno —dijo satisfecha levantándose mientras le miraba de arriba abajo asombrándolo—. Y qué planta, hija. Tienes muy buen gusto.

Lama soltó una risita. —¿A que sí?

Él entrecerró los ojos. —¿Es usted la madre de Lama?

—Cassa. Mi nombre es Cassa. Apréndetelo, porque me vas a ver mucho.

—Mamá...

—Sí, hija. Tenías razón. Es todo tuyo.

Sonrió de nuevo sin poder evitarlo, pero a Dylan no le hacía ninguna gracia.

—¿Ves, mamá? Se resiste con uñas y dientes.

—Ya lo veo, hija. Tú no desesperes. El que la sigue la consigue.

—Señora, estas cosas que le dice, alimentan sus fantasías —dijo entre dientes furioso.

—¿Sus fantasías? Mi hija no es fantasiosa. Ve cosas como yo.

—¿De veras? —preguntó con burla—. ¿Cuántos pavos tengo en el bolsillo?

—Muy gracioso. —Se volvió hacia su hija y negó con la cabeza. —
Demuéstraselo.

—Mamá, no te metas.

—¡Así ahorrarás tiempo! Demuéstraselo.

—Sí, Lama. Estoy deseando que me lo demuestres.

—¡Yo quiero que me quiera sin todo esto!

—Eso no pasará. ¡Te lo he dicho ya! ¿Por qué te empeñas tanto?

Dolida miró sus ojos verdes y siseó —Acércate.

—¿Ahora vas a hipnotizarme? —Lama alargó la mano y él se la quedó mirando —¿Empiezas o no?

—¡Dame la mano, pesado! —Bufó como si la pesada fuera ella y Lama separó los dedos de su palma despejándola, perdiendo su enfado de golpe. El dolor de Dylan la recorrió de arriba abajo y su índice siguió la línea de su destino desde su nacimiento hasta llegar al momento más duro de su vida. Un momento que le marcó para siempre. Impresionada porque no se esperaba algo así, levantó la cara mirándole a los ojos. Esos fríos ojos verdes que no querían volver a sentir. Lama susurró —Eres viudo. Tu esposa murió al poco de casaros.

Dylan se tensó apartando la mano de golpe. —¿Con quién has hablado? Eso lo sabe todo el mundo.

—No quieres volver a pasar por eso. Te cierras al amor.

—¿Esa es tu conclusión? Muy aguda después de quedarme viudo. —Miró a Cassa que se había quedado de piedra. —Mire señora, he venido hasta aquí para aconsejarle que la lleve al terapeuta, pero ahora sé que su familia alimenta sus fantasías, así que creo que el viaje lo he hecho en vano. Respecto a la operación, tuve que extirpar un ovario y el otro está dañado. Dudo que en el futuro pueda tener hijos. Lo dudo muy seriamente.

Cassa levantó la barbilla. —Estás equivocado. Mi hija tendrá hijos.

—¿No me diga? Usted lo ha visto. —Chasqueó la lengua yendo hacia la puerta. —Ahora si me disculpan, tengo otros pacientes que requieren mi atención.

Lama desesperada susurró —Ella no te quería.

Dylan se tensó con fuerza y se volvió lentamente mirándola como si quisiera matarla. Se acercó a la cama en dos zancadas. —Mira, zorra chiflada... Tengo que aguantarte por la amistad que me une a Kirk y a Ninette, pero te juro que como vuelvas a hablar de mi mujer, te vas a arrepentir de por vida, ¿me has entendido? —Pálida por su furia asintió. —¡Ella era mil veces mejor que tú! —le

gritó a la cara—. ¡No la conocías y deberías lavarte la boca antes de hablar de Laura, puta mentirosa! —Furioso se dio la vuelta y salió de la habitación dando un portazo.

Una lágrima corrió por la mejilla de Lama mirando la puerta cerrada y su madre descompuesta se acercó para abrazarla con fuerza. —No deberías haberle dicho eso —susurró su madre.

—Es la verdad.

—Pero no estaba preparado para escucharlo. Le has hecho daño y él te ha hecho daño a ti.

—Si no abre los ojos, jamás me querrá.

—Es totalmente inviable —dijo el ginecólogo sentado ante ella en la consulta del médico después de la revisión a la que Ninette le había obligado a ir. Y eso que decía que era uno de los mejores de la ciudad. Se lo había recomendado Dylan cuando le había preguntado. Gruñó mirando a aquel hombre. Menuda pérdida de tiempo.

Lama suspiró. —¿Entonces ya me da el alta?

La miró confundido. —Creo que no me ha entendido. No podrá tener hijos a no ser que se los implanten por inseminación invitro. ¿Lo comprende?

—Lo comprende perfectamente, pero eso no es así —dijo su madre ofendida—. Mi hija no es tonta, ¿sabe?

—No, si no quería decir... —dijo el doctor Perkins confundido—. Pero creo que no comprenden.

—Qué pesado es este hombre —dijo su madre levantándose y poniéndose al hombro la correa de su bolso de cuero—. Hija, vámonos que las niñas tienen que comer y las chicas están solas.

—Sí, mamá.

Asombrado el doctor se levantó. —Oigan, que aún no les he dicho lo que vamos a hacer.

—Por cierto... —dijo su madre abriéndole la puerta para que pasara—, no engañe a su mujer con la enfermera. Eso está mal.

El doctor dejó caer la mandíbula mientras Lama reprimía la risa pasando ante ella. Fueron hasta el ascensor y su madre dijo indignada —En este hospital hay cuernos por todos lados.

—Es que pasan mucho tiempo juntos en situaciones de estrés, mamá.

—Cuando convanzas a tu hombre, tienes que vigilarle de cerca. Aunque no se atrevería...

—Claro que no se atrevería. Aunque hay una rubia a la que le tengo unas ganas...

Estaban esperando el ascensor cuando un grupo de personas dio la vuelta a la esquina. Dylan iba en el centro hablando como si estuviera dando una lección a los que iban detrás. Se lo comió con los ojos y no pudo evitar girarse a su paso. Hizo que no la veía y cuando el grupo pasó de largo, bajó la vista decepcionada.

—Este hombre es tonto —dijo su madre entrando en el ascensor al darse cuenta de que estaba disgustada—. Me va a obligar a tomar medidas drásticas.

—Mamá, déjame a mí.

—¡Es que llevo aquí seis semanas y no has hecho nada! ¡Si ni siquiera te mira! ¿Cómo vas a arreglarlo?

—Algo se me ocurrirá. Tú déjame a mí. Este es mi problema.

—Y el mío, porque si me mudo aquí quiero que sea por una buena razón.

—¡Tendrás cara! ¡Si te encanta Nueva York! En cuanto puedes, te escapas para perderte por la ciudad.

—Es que quién iba a decirme que esto sería tan distinto de lo que he visto hasta ahora de este país —dijo emocionada—. ¿Quieres venir conmigo esta tarde a ver una obra de teatro experimental? He encontrado un café donde hay actuaciones todas las tardes. Son amateurs, pero algunos son muy buenos.

—No, gracias. Tengo que trabajar. Ninette y Kirk necesitan tiempo juntos. Voy a quedarme con Ronelle y las niñas para que ellos salgan a cenar.

—Pues me llevo a Rita.

—¿Y Luca?

—Se queda contigo.

—¡Mamá! ¿No crees que tengo bastante con tres bebés y una anciana?

—La anciana se cuida sola. Y las niñas se pasan dormidas casi todo el tiempo. No seas pesada. El niño es un cielo. Si casi no hay que hacer nada si hay un televisor cerca.

Suspiró porque tenía razón. Y tampoco habían pasado mucho tiempo juntos últimamente. —Muy bien, me quedo con Luca. Pediremos pizza. —Abrió los ojos ilusionada. —Podemos alquilar “Los gonnies”. —Su madre la miró horrorizada. —¿Qué? No la ha visto y a mí me encantó cuando tenía su edad.

—Déjate de pensar en tonterías y ponte a solucionar cómo recuperar a tu hombre.

—Nunca le he tenido, así que no puedo recuperarle.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Mamá, ¿qué tal si vuelves a Atenas y yo te aviso cuando esté hecho? Así vas vendiendo la casa...

Su madre se detuvo en seco. —¿Me estás echando? Pues no te queda nada, guapa. ¡Porque soy griega y voy a vivir con vosotros! —gritó indignada. Lama se echó a reír sin poder evitarlo y Cassa entrecerró los ojos—. Qué mala leche tienes. Por un momento me lo he creído.

—Lo sé.

Su madre la cogió por los hombros pegándola a ella y rió. —¿Crees que a Dylan le molestará que viva con vosotros?

—Qué va. Tendremos niñera gratis.

—Sí, tú tira por ahí a ver qué pasa.

Capítulo 5

Con Abby en brazos porque no dejaba de llorar, miró exasperada a Luca que comía pizza a dos carrillos. —¿Qué le pasará? Siempre está muy calmada y sus hermanas están bien.

—Mamá dice que los niños no lloran sin una razón —dijo como todo un sabio—. Llama al médico porque no tiene caca y no quiere comer.

Los ojos de Lama brillaron. —Claro que sí. Que se fastidie.

Con la niña en brazos fue hasta la cocina, llegando a la nevera donde estaban todos los números de teléfono importantes. Pasó el dedo por la lista y sonrió al ver el nombre de Dylan. Miró el reloj y eran casi las diez de la noche. Cogió el teléfono inalámbrico de la cocina y carraspeó después de marcar.

En cuanto descolgó, oyó una risa femenina y entrecerró los ojos. —¿Diga? Ninette, si es por el bautizo, ya te he dicho que iré. No te preocupes —dijo él como si estuviera divertido por algo.

—No, si no me preocupa.

—¿Quién es? —preguntó más serio.

—¡Estoy de niñera porque se han ido a cenar y nuestra ahijada no deja de llorar! Mueve el culo hacia aquí, que tienes que revisar que esté bien.

—¿Tiene fiebre?

—¡No! ¡Ni hambre, ni hay que cambiarla, pero está roja como un tomate y me estoy poniendo de los nervios!

—Llama a sus padres y...

—Te lo advierto. ¡Cómo no vengas ahora mismo, hago una pancarta y me planto ante tu hospital gritando que estoy enamorada de ti!

—Cariño, ¿qué ocurre?

—¿Quién es esa? —gritó al teléfono—. ¡La rubia, seguro! Uy, uy... Dylan me estás llevando al límite.

—No puedo ir ahora.

—¿Esa es más importante que tu ahijada? No lo creo. ¡Más te vale que estés aquí en menos de veinte minutos o me voy a cabrear! —Colgó el teléfono y Ronelle suspiró desde la puerta ya con el camisón puesto y la bata. —Abuela, deberías estar acostada.

—Es que la niña me preocupa.

—Tienes que descansar. Llevas todo el día de un lado a otro y eso no es bueno.

Ronelle la miró a los ojos sentándose a la mesa de la cocina. —Has visto algo de mí, ¿verdad?

El miedo en sus ojos la hizo suspirar sentándose ante ella. —¿Por qué piensas eso?

—No sé por qué. Pero desde que las niñas han nacido me gustaría vivir muchos años para verlas crecer, pero sé que eso no es posible. Ya tengo ochenta y un años...

—Tu cardiólogo te ha dicho que todo va bien. Aún te quedan unos años entre nosotros —dijo con cariño.

Ronelle se emocionó. —¿De verdad? ¿No me mientes?

—No te miento. Verás nacer más nietos. Ahora a la cama —dijo levantándose—, que va a venir mi hombre y quiero que piense que estoy sola.

La abuela sonrió. —No sabe la suerte que tiene.

—No, no lo sabe, pero ya haré yo que se dé cuenta.

Caminó con Abby hasta el salón para echarle un ojo a Luca, que seguía mirando la tele mientras se comía otro trozo de pizza. —Cielo, no comas más que te va a sentar mal.

—Vale.

Se puso al bebé al hombro mientras Ronelle subía al ascensor que había en la

casa. Cuando la vio pasar por el piso de arriba susurró —Échales un ojo a las niñas para comprobar si duermen antes de irte a la cama.

La abuela fue hacia el pasillo y Lama apartó la cara para ver la carita de Abby que parecía más tranquila. Acarició su pelito pelirrojo hasta llegar a su oreja y canturreó la canción de cuna que su madre le cantaba a ella de pequeña. Miró hacia Luca de nuevo y puso los ojos en blanco al ver que seguía comiendo mientras reía por la película. Miró la pizza con deseo porque aún no había podido comer nada y suspiró moviéndose de un lado a otro sin dejar de cantar.

El timbre de la puerta hizo llorar a la niña de nuevo y puso los ojos en blanco yendo hacia la entrada. Allí estaba Dylan vestido de smoking con cara de cabreo y el maletín de médico en la mano. Sonrió radiante. —Has llegado pronto. ¿Estabas cerca?

Gruñó entrando en la casa y cerrando la puerta. —¿Qué tiene?

—Nada que yo vea, pero por eso te he llamado a ti. ¿Sabes que estás muy guapo de smoking? —Él siseó por lo bajo y se quitó la chaqueta colgándola en el perchero. —¿Estás enfadado? ¿No se te ha pasado ya? Mira que te he dado tiempo.

En ese momento escucharon que una de las niñas lloraba. —Uy, esa es Ronelle. —Le puso a la niña en brazos y echó a correr hacia las escaleras. —Hora de un cambio de pañal.

Dylan suspiró mirando a la niña que entrecerró sus ojitos verdes llorando a pleno pulmón. Con el maletín en la mano entró en el salón y se detuvo en seco al ver a Luca comiendo una golosina. —¿Tú también estás aquí?

—Tengo que cuidar de mi ahijada.

—Déjame adivinar, te lo ha dicho Lama.

El niño sonrió mostrando que le faltaban dos dientes. Puso a la niña sobre el sofá y apartó la manta que la cubría. —Vamos a ver qué te pasa a ti.

—No quiere comer. Se ha saltado una toma.

—¿No me digas? —Le apretó el vientre por encima del body rosa que llevaba y le dijo al niño —Sácame el termómetro del maletín.

El niño saltó del sofá y abrió el maletín mientras él le quitaba el body al bebé. Su pañal estaba limpio, pero en cuanto se lo quitó un chorrillo le manchó la camisa haciendo reír a Luca que le tendía el termómetro. —A mí me lo hizo Elsa el otro día. ¿A qué fastidia?

—Un poco. Una toalla, ayudante.

—Enseguida, doctor.

Le puso el termómetro y le palpó el vientre. Luca llegó pasándole la toalla por la camisa haciéndole sonreír. —Gracias.

—De nada. —Se sentó de nuevo en el sofá observando lo que hacía sin perder detalle.

Lama llegó con la otra niña en brazos y con un biberón. Lucas alargó los brazos. Asombrado vio que el niño se la ponía en el cuello mientras salía corriendo de nuevo. —Veo que te tomas en serio tus responsabilidades, eso está bien.

—Tengo que cuidarlas —dijo orgulloso—. Ninette ha confiado en mí.

—Eso es muy maduro para tu edad. —Miró a Abby. —Eh, si no tienes fiebre. ¿Qué te ocurre?

—¿No está malita?

—No. —La vistió de nuevo y se la puso al hombro. Le acarició la espalda y eso pareció relajarla.

Entonces llegó Lama con la otra niña en brazos y con otro biberón. Se sentó al lado de Luca poniéndole la tetilla en la boca y en cuanto la niña se puso a comer, le miró con una sonrisa en la cara. —¿Diagnóstico?

—Creo que son gases.

—No. Ya la he colocado boca abajo y eso la pone más de los nervios.

—Entonces quiere llorar porque sí. No está enferma. ¿Acaso no lo has visto ya? —preguntó con burla.

—La ironía no es lo tuyo. —Miró a Luca que casi ya le había dado medio biberón a Ronelle y entrecerró los ojos. —Cielo, ¿estás bien?

—Sí —dijo haciéndose el fuerte.

—¿No te dolerá el vientre?

—No. —Negó con la cabeza moviendo sus rizos negros de un lado a otro.

—¿Dónde está la abuela? ¿Ha salido con ellos?

—Está acostada. No quería preocuparla —mintió descaradamente sin dejar de mirar a Luca que se estaba poniendo blanco—. Dylan...

Luca se inclinó hacia delante y le vomitó a Dylan en los pantalones del traje. Él ni se inmutó colocando a Abby sobre uno de los balancines de los bebés y asegurándola con la correa antes de coger a Ronelle, colocándola en el otro brazo de Lama y poniéndole el biberón en la mano, asegurándose de que la niña seguía comiendo. Cogió a Luca en brazos para sacarlo del salón pues aún tenía arcadas. Sonrió mirando a las niñas. —Va a ser un padre estupendo.

Después de darles de comer y de cambiar los pañales, acostar a Luca que ya se encontraba bien y de calmar a Abby, que se había dormido al fin como un angelito, se sentaron en el sofá agotados. Lama hizo una mueca al ver el estado de su camisa y de su pantalón. Y ella no tenía mejor aspecto después de que Ronelle le vomitara encima la leche.

—Esto es más duro de lo que creía —dijo él asombrado.

—Tranquilo, yo los voy a tener uno por uno.

Dylan giró la cabeza mirándola fijamente. —¿No me digas?

—Sí. —Sonrió radiante. —El primero será niño. ¿Qué nombre le pondremos?

—Lama —dijo mirándola como si estuviera eligiendo sus palabras—. ¿No has hablado con Perkins?

—Sí, pero qué sabrá ese.

—¡Pues sabe mucho de tu lesión! ¡Y no voy a tener un hijo contigo! —le gritó a la cara.

—Shusss, que se pueden despertar —dijo comiéndoselo con los ojos.

Él miró sus labios cortándole el aliento. —No voy a tener un hijo contigo —susurró acercándose más.

—¿No me digas? —El aliento sobre sus labios la embriagó de tal manera que

cerró los ojos sin poder evitarlo y al darse cuenta de que no pasaba nada, los abrió de nuevo para ver que la miraba como si fuera una extraterrestre. Lama se sonrojó. —Sí que tienes fuerza de voluntad... ¡Eso es admirable, pero Dylan ya está bien!

—¿Por qué dijiste que mi mujer no me quería?

Lama palideció. —¿Tenemos que hablar de eso ahora? Ibas a besarme.

—Tú crees que iba a besarte, pero no iba a hacerlo.

—Estabas a punto. ¡No me lo niegues!

—¿Por qué no me quería según tú?

—Porque a mí tendrían que matarme para apartarme de ti y ella te abandonó incluso antes de cortarse las venas.

—Estás loca —dijo con desprecio levantándose como si no pudiera soportarla.

—¿Loca? ¡Yo soy sincera! ¡Se casó contigo porque eras una promesa en tu profesión! ¡He visto tu boda, he visto como se comportaba contigo, pero la insatisfacción siempre marcó su vida! —Dylan palideció. —¡Y siempre te pedía más y más! Más atención, más regalos, más lujo...

—Estaba deprimida.

—¡Era una egoísta que no midió las consecuencias de sus actos! ¡Te tenía amedrentado, amenazándote con el suicidio y se le fue la mano! ¡Te quería dominar y tú te dejabas como un pelele! ¡Pero cuando no cediste en otro de sus caprichos, montó el espectáculo y tú llegaste tarde!

Él apretó los puños. —¿Cómo sabes eso?

—¡Lo he visto, Dylan! ¿Cuándo vas a creerme? —Vio el dolor en sus ojos y se levantó del sofá. —¿No lo entiendes? En cuanto te vi, supe que eras mío y siento ser una bruja que te diga las verdades, pero lo hago por nosotros.

—Putita loca.

Le abofeteó con fuerza. —Vuelve a decir eso y...

La cogió por la cintura pegándola a él y atrapó sus labios furioso. Lama sintió su desesperación y supo que lo hacía para darle una lección, pero su

corazón le impedía rechazarle en ese momento y le devolvió el beso. Cuando sus lenguas se unieron, se olvidó de todo excepto de él y rodeó su cuello con las manos mientras Dylan apretaba uno de sus pechos con pasión empujándola sobre el sofá. Sus labios se apartaron de su boca para besar su cuello y ella gimió de placer al sentir como apretaba su pezón entre sus dedos. Dylan se apartó mirándola a los ojos. —¿Quieres esto? ¿Quieres mi polla dentro de ti?

—Sí —susurró viendo el dolor en sus ojos. La besó de nuevo y sus manos llegaron al cierre de su pantalón. Tiró de él con fuerza y se apartó desnudándola de cintura para abajo antes de abrirse sus propios pantalones. Ella alargando los brazos le hizo un hueco entre sus piernas cuando se tumbó de nuevo sobre su cuerpo y le besó sabiendo que la necesitaba más que a nada. Cerró los ojos con fuerza cuando entró en su interior con un fuerte empujón y reprimió un gesto de dolor mientras se movía con contundencia una y otra vez hasta que él gimió en su oído antes de dejarse caer sobre su cuerpo. Lama acarició su cuello hasta que él fue consciente de lo que había ocurrido. Se tensó entre sus brazos apoyándose en las manos para incorporarse. La miró a los ojos con furia antes de apartarse como si le diera asco. Lama se sentó en el sofá observando cómo se subía los pantalones.

—Dylan...

—No digas una palabra —siseó cogiendo su maletín de mala manera—. Ya tienes lo que querías, así que déjame en paz de una puta vez. —Al mirarla vio la sangre entre sus piernas y pálido miró las braguitas impresionado. —Eras virgen —dijo sin aliento—. Tú sí que estás loca. No quiero volver a verte, ¿me oyes? ¡No quiero saber nada más de ti en la vida!

Sintiendo que se le retorció el corazón, se levantó subiéndose los pantalones y siguiéndole hasta el hall. —Dylan, no lo entiendes.

Cogió la chaqueta del perchero y abrió la puerta casi chocándose con Kirk que tenía la llave en la mano. —Amigo, ¿ha pasado algo? ¿Las niñas están bien?

—Tengo que irme. Te llamo mañana.

Con los ojos cuajados de lágrimas Lama fue hasta la puerta. —¡Dylan! —

Ninette preocupada al ver su estado la cogió por los hombros. —¡Dylan espera!
—Vieron como subía a su coche y él ni la miró una sola vez antes de desaparecer.

—¿Qué pasa? —preguntó Kirk.

—Cielo, déjame a mí. Vete a ver cómo están las niñas, ¿quieres?

Su marido asintió y Ninette forzó una sonrisa. —Vamos a tomarnos un té. Eso te hará sentir mejor. —Se echó a llorar y Ninette la abrazó con fuerza. — Ven, las lágrimas no solucionan nada.

—¡Soy estúpida! Le he forzado y...

—No tenía pinta de que le hubieran forzado a nada. Ven, vamos a hablar de esto, porque creo que voy a tener que buscar otro padrino para Abby y eso me fastidiaría bastante.

Sonrió sin poder evitarlo sabiendo lo que le había costado decidirse entre todos sus amigos y dejó que la llevara hasta la cocina donde la sentó en una silla. —Muy bien. Empieza. ¿Qué has hecho?

—¿Yo? —preguntó sorprendida.

Ninette sonrió. —Parecía furioso. Algo habrás hecho tú.

—Le he contado lo de su mujer. —Su amiga perdió la sonrisa de golpe sentándose ante ella. —Y... me ha hecho el amor. —Se echó a llorar de nuevo. —Yo quería que supiera que estaría ahí y solo le abracé. Ni se molestó en que yo disfrutara, pero me daba igual con que supiera que estaba ahí para él.

Ninette se emocionó. —Lama...

—Cree que estoy loca. Cree que tengo una obsesión con él o algo así. Cuando le hablé de ella se enfureció.

—Pero tienes razón. Y él terminará viéndolo. Debes tener paciencia. —Su amiga no dejaba de llorar y levantó la vista hacia su marido, que apretaba los labios observándolas desde la puerta de la cocina. —Recapacitará y te pedirá perdón por ser tan idiota.

—No me conoce. No se molesta en conocerme.

—Está empeinado en seguir solo y tú te empeñas en lo contrario. Es normal

que ni quiera conocerte. Si hubieras sido menos directa, puede que hubierais sido amigos primero, pero no tienes paciencia.

—Lo sé. Pero no puedo evitarlo. En cuanto le veo... —Se echó a llorar de nuevo y Ninette la abrazó haciéndole un gesto a su marido, que se enderezó sacando del bolsillo del pantalón las llaves del coche. Ella sonrió porque la había entendido y abrazó a su amiga, pues era lo único que podía hacer en esas circunstancias.

Capítulo 6

Kirk llamó a la puerta y ésta se abrió a los pocos segundos, mostrando a Dylan recién duchado vestido únicamente con un pantalón del pijama. Suspiró al ver que tenía un vaso de whisky en la mano. Dylan sonrió. —Vaya, ¿vienes a echarme la bronca?

—Vengo a hablar de Lama. ¿Te importa si paso?

—Adelante. De todas maneras también quería hablar contigo.

Kirk entró en su piso. Era la primera vez que estaba allí y le impresionó porque no tenía ninguna vida. Era frío, con un suelo en mármol gris que llegaba hasta los enormes ventanales que mostraban la ciudad de Nueva York. Todo estaba impecablemente limpio y no había objetos inútiles como jarrones o portafotos en ningún sitio. Parecía más un hotel que otra cosa. Se acercó al sofá de piel gris donde su amigo se había sentado y se sentó a su lado, apoyando los codos sobre los muslos para mirarle fijamente. —Le has hecho daño.

—No sé lo que te ha dicho, pero no la he forzado a nada —dijo entre dientes antes de beber de nuevo todo el contenido del vaso.

—Lo sé. Pero ella quiere estar contigo y le duele cada vez que la rechazas.

—¡Joder, que se olvide de mí de una puta vez! Que la tome con otro que esté encantado de sus atenciones.

—Ese hombre no será su pareja y no llevarán una vida feliz.

—¡Ese no es mi problema!

—¿De veras vas a rechazar a tu mujer?

—¡No es mi mujer! —Asombrado se levantó. —¿Estáis todos locos?

—¿No crees en ella? ¿Cómo crees que se enteró de lo que le ocurrió a tu

mujer?

—¿Alguien se lo contaría y el resto se lo ha inventado!

—¿No me digas? Ni a nosotros nos lo habías contado. ¿Tiene razón? ¿Era egoísta y siempre te exigía más? ¿Era un infierno vivir a su lado? ¿Te sientes culpable?

Dylan tiró el vaso contra la pared con furia. —¡No hables de ella!

—¿Por qué?

—¡Porque ella era lo mejor que tuve en la vida!

Le miró incrédulo. —Mira, no conocí a tu esposa, pero sí conozco a Lama. Es la mujer más generosa que he conocido nunca. Siempre está dispuesta a ayudar y jamás la he oído hablar mal de nadie que no se lo mereciera. ¿Quieres seguir en esta vida? ¿Tirándote enfermeras y volviendo todas las noches a este apartamento para seguir toda tu vida solo?

—¿Por qué te importa tanto? ¿Por qué te importa tanto lo que le pase a Lama?

—Porque ayudó a mi mujer en un momento en el que yo debía haber estado a su lado y doy gracias a Dios porque la pusiera en su camino. Porque puede que si no hubiera sido así, ahora no tendría la familia que tengo. Le había roto el corazón y tuve la suerte de que me perdonó porque me quiere de verdad. Lama te perdonará. Solo tienes que disculparte.

—¡No pienso disculparme! ¡Solo quiero que me deje en paz! ¡No quiero a esa loca en mi vida!

Kirk vio que no conseguiría convencerle. Estaba empecinado en apartarse de ella y no razonaría con él. —Entonces te voy a facilitar las cosas. No hace falta que seas el padrino de Abby. —Eso pareció aliviarle y Kirk suspirando se levantó. —¿Sabes, amigo? Te vas a arrepentir de esto y puede que cuando quieras arreglarlo, ya no haya solución.

—No tengo nada que arreglar. Y dile a esa mujer que se aleje de mí.

Decepcionado por no haberla ayudado fue hacia la puerta. —No pienso decirle eso. No me gusta hacer daño gratuitamente. Además, tu actitud de esta

noche creo que se lo ha dejado claro. Pero se me revolverían las tripas si no te dijera que te podías haber largado de su vida antes de desvirgarla sobre mi sofá.

Kirk salió de su piso dejando la puerta abierta y Dylan pálido se acercó a la entrada cerrándola lentamente, queriendo borrar ese capítulo de su vida para siempre.

Dos meses después

Dylan estaba saliendo de la habitación de una parturienta y cuando Amber se acercó a él, se tensó dejando el historial sobre el mostrador de enfermería.

—Hola, guapo.

—Amber, estamos trabajando.

—Eso antes no te importaba.

—Eso era antes.

—¿Antes de qué? Estás muy raro últimamente. Si no quieres volver a verme fuera del trabajo...

—Tienes razón. No quiero.

—Xanthos...

Se volvió para ver que se acercaba el doctor Perkins y éste le hizo un gesto a Amber para que se largara, lo que fue un alivio.

—¿Qué ocurre?

—¿Tú me habías enviado a Lama Keebler? La habías operado tú, ¿verdad?

Dylan se tensó. —Sí, le extirpé un ovario por un apuñalamiento. ¿Qué ocurre? ¿Ha tenido dolores?

—No, ha pasado algo increíble. Está embarazada de ocho semanas. Un auténtico milagro. Ella me había dicho que se quedaría en estado, pero hasta que no lo he visto...

Preguntó sintiendo que su estómago daba un vuelco —¿Ha estado en tu consulta? ¿Le has hecho la prueba?

—Sí, su madre insistió porque estaba preocupada por su estado. Y la verdad es que ha adelgazado un poco...

Asombrado dio un paso atrás perdiendo todo el color de la cara, sin poder creerse lo que estaba escuchando. —¿Pero está bien?

—Eso es lo que quería saber su madre. Claro que le he dicho que no era el momento oportuno con la operación tan reciente, pero que estaría controlada en todo momento y como me voy a ir de vacaciones... ¿Puedes llevarla tú? Todavía no lo he hablado con ellas, pero como te conocen, seguro que estarán cómodas con el cambio. —Su colega sonrió. —¿Te lo puedes creer? Yo no daba un dólar por ella y...

—Llevaré su embarazo.

Le dio una palmada en el hombro sonriendo. —Es estupendo. Espero que no haya problemas con las pocas probabilidades que tiene de embarazarse de nuevo.

—¿Cómo está ella? ¿Está bien?

—Parecía triste. Le pregunté por el padre, porque lo que menos quiero es que se me deprima ahora y supongo que será mal de amores, porque me contestó que el niño no tenía padre. Está segura de que es un niño. Se lo confirmarás tú en la ecografía. —Le dio otra palmada en el hombro. —¿Quieres venir a comer? He quedado con el director de ginecología del Memorial.

—No, gracias. Ya tengo un compromiso.

—Entonces te veo luego.

—Hasta luego.

Se apoyó en el mostrador y la enfermera de control le preguntó —¿Está bien, doctor?

—Que venga Hannigan. Tengo que irme.

Subió los escalones de la casa de los Thatcher y tomó aire pulsando el timbre. —¡Ya voy yo!

Se preparó para cuando Lama abriera la puerta, pero cuando ésta se abrió vio

a Ninette al otro lado con una de las niñas en brazos. Su amiga perdió la sonrisa poco a poco. —Oh, Dylan. Qué sorpresa.

Por su cara era obvio que sí se la había llevado. —¿Está Lama en casa?

—Lama se ha ido.

—¿Está en la casa de Brooklyn?

—No me entiendes. Se ha ido a Grecia.

Dylan negó con la cabeza. —No ha podido irse. Ha estado en la consulta del...

—Doctor Perkins. Lo sé. Le insistimos mucho para que fuera antes del viaje. Su madre no se atrevía a subirse a un avión si no iba todo bien. Se han ido hace una hora, Dylan.

—¿Sabes su dirección?

Le miró con desprecio. —¿Ahora qué sabes que está embarazada, te interesas por ella? No la tengo y si la tuviera, no te la daría. Por cierto. El bautizo fue muy bien. Gracias por ser tan buen amigo.

Le cerró la puerta en las narices y él juró por lo bajo llevándose las manos a la cabeza. Pensando en qué podía hacer, se volvió para ver a Kirk con una bolsa del supermercado en la mano. —¿Sabes a dónde se ha ido? —preguntó desesperado.

—No.

—¿Tienes un número de teléfono? —Al ver que iba a subir los escalones le cogió por el brazo. —¿Tienes su número de teléfono?

—Claro, como todos sus amigos. Y su dirección de correo electrónico, pero no te la voy a dar.

—Tú querías ayudarla.

—Claro que sí, pero yo me arrancaré un brazo antes de hacer sufrir a mi mujer durante dos meses mientras ella piensa cada maldito minuto que no la quiero ni que la querré jamás. Y tú no la quieres y no te necesita para cuidar al niño.

—¿Me estás diciendo que es demasiado tarde? ¿Es eso?

—¿Si no te hubieras enterado de lo del bebé hubieras venido? —Dylan dejó caer el brazo soltándole. —Lo suponía. ¡Así que es lógico que no te dé ese número de teléfono que ahora parece querer tanto! ¡Porque ella se merece que cuando te acerques de nuevo, sea porque quieras de verdad estar con ella! ¡No porque te sientas responsable del bebé!

—¡Es mi hijo!

—También lo era ayer y antes de ayer y ni sabías que existía.

—Por favor —dijo desesperado.

Kirk miró hacia la puerta y apretó los labios. —Está en el aeropuerto. Las he llevado yo mismo y salen en hora y media.

Dylan salió corriendo y Kirk gritó —¡JFK! ¡Vuelo 2432 a Atenas!

Sentadas en el avión miró distraída por la ventanilla deseando regresar a casa. Su madre puso la bolsa en el portaequipajes y cerró la tapa antes de sentarse a su lado. Le cogió la mano. —¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Estás segura de esto?

—Sí. —Miró hacia la ventanilla de nuevo. —Quiero dejar de sentir esta sensación. Y aquí ya se hace insoportable. Necesito cambiar de aires.

En ese momento una azafata se acercó a ellas y forzó una sonrisa. —Disculpen, pero tienen que acompañarme.

—¿Nos hemos equivocado de vuelo? —preguntó su madre—. ¿Éste va a Atenas?

—Por favor recojan sus cosas y vengan conmigo.

Madre e hija se miraron sin entender nada, pero como las estaba observando todo el pasaje se levantaron y recogieron sus cosas siguiendo a la azafata. —¿Hay algún problema con los pasaportes? Soy norteamericana. Mi padre era de Ohio.

—Pues sí. Le conocí en Grecia cuando él estaba de vacaciones y nos

casamos en una semana. Le quería con locura y me engañó para mudarnos a Ohio. Le atropelló un tren en nuestro quinto aniversario, pero fueron los cinco años más increíbles de mi vida, se lo aseguro.

—Mamá, a esta mujer no le interesa eso —siseó empezando a preocuparse.

—Es por si se lo tiene que contar a alguien.

Pasaron el túnel que les llevaba a la terminal y Lama preguntó preocupada —Oiga, ¿el avión no se irá sin nosotras?

—No se preocupen por eso. —Le hizo un gesto a dos guardias que había en la terminal y ellos se acercaron a toda prisa cogiéndolas por el brazo. —Eh, ¿qué hacen?

—Acompañénnos —dijo uno de ellos tirando de su madre.

—Mamá, no te resistas.

—¿Y mis derechos?

Las llevaron hasta un carrito como los de golf y las sentaron atrás. —Ni se les ocurra moverse.

Sin entender nada se dejaron llevar mientras veían como el avión se alejaba sin ellas. —Esto es... —Su madre entrecerró los ojos. —Cosa de tu hombre, seguro. Tu padre hizo algo por el estilo cuando amenacé con largarme de aquella granja inmunda.

—Sí, ya sé que te bajó del autobús y te hizo el amor tres días seguidos. Pero esto no es cosa de Dylan, mamá.

—Claro, no eres objetiva con él y no ves lo que hace. Como yo no vi como ese tren le atropellaba y tu abuela no vio como a mi padre le mataba esa vagoneta en la mina. Pero yo sí que puedo ver que él tiene algo que ver en esto.

—Tú tampoco ves nada. ¡Es la desgracia que tiene esta familia, que no vemos lo que les ocurrirá a los que forman parte de ella! Como tú tampoco viste lo que le ocurrió a la abuela con el infarto ni yo tampoco y como no viste cuando me apuñalaban.

—Pero lo sentí después.

—A buenas horas. Ya podría estar criando malvas.

Cassa hizo una mueca. —Vale. Pero seguro que tengo razón.

—Esto es algo de los papeles. En cuanto lo solucionemos, cogemos el siguiente vuelo.

Las metieron por un pasillo por el que no pasaba nadie y llegaron hasta una puerta. —¿Es aquí?

—Bajen —dijo uno de los guardias abriendo la puerta.

Inseguras entraron en lo que parecía un despacho y había un hombre hablando de espaldas con otro tipo de la policía. Lama entrecerró los ojos cuando Dylan se dio la vuelta y sonrió.

—¿Son ellas?

—Sí, ellas son las portadoras de ese virus de la gripe tan peligroso.

Su madre estornudó y los tres policías dieron un paso atrás tapándose las vías respiratorias como si fueran apestadas. —Tranquilos, todavía no son contagiosas.

—Lléveselas de aquí. ¿Sabe cuántas personas hay en este aeropuerto?

—¡No tiene gracia! —gritó Lama perdiendo los nervios—. ¡Hemos perdido el vuelo!

—Por supuesto que no es gracioso. Vamos, Lama. Regresamos al hospital —dijo acercándose y cogiéndola por el brazo para sacarla de allí.

—¡No me toques!

—No me hagas tener que sedarte —dijo como si fuera su padre y la estuviera regañando.

Asombrada miró a su madre que caminaba a su lado como si nada. —¡Haz algo!

—¿Y qué voy a hacer, hija? Dijiste que no me metiera.

—Pues es hora de que te metas.

—Ah, no. Ahora no.

—Estás aquí por el bebé, ¿verdad? —preguntó con rabia intentando soltarse.

—Nena, deja de moverte así que estás llamando la atención.

—¡Me importa una mierda!

—Hija, esa boquita.

—Es increíble que te pongas de su parte ahora.

—No me pongo de su parte. Estoy de la tuya.

—¡Pues no se nota!

Discutiendo entre ellas Dylan tiró de su brazo hasta las puertas de salida y le dio las gracias a un policía que vigilaba su coche. Abrió la puerta del pasajero y la sentó mientras gritaba —¡Es increíble que no le estés sacando los ojos! ¡Yo lo haría por ti!

—Gracias, preciosa —dijo él cerrando la puerta y rodeando el coche por delante mirándola como si temiera que saliera corriendo en cualquier momento.

—Te ha llamado preciosa.

—¡Mamá, cierra el pico!

Se cruzó de brazos cuando él se sentó a su lado y miró al frente decidida a no hablar con él. Arrancó el coche y salió a la carretera. —Así que ibas a irte sin decirme nada.

Le miró asombrada. —¡Dijiste que me alejara de ti! ¡Pues es lo que pretendía! ¡No sé a qué viene esto!

Él hizo una mueca mirando al frente. —Pues he cambiado de opinión.

—¿Y a mí qué me importa?

—¿De veras ya no te importa? —La miró de reojo. —¿Has perdido ya el interés por mí?

—Sí.

La miró tan sorprendido que a su madre le entró la risa. —¡No tiene gracia, señora! —La fulminó con la mirada. —¡Ni se te ocurra volver a decir eso!

—Ah, ¿pero me crees? Como soy una zorra mentirosa... Estoy loca y todo eso... ¿Qué más dará lo que diga?

Él apretó el volante. —No te voy a pedir perdón, porque creerás que lo hago por él bebé.

—¡Exacto, así que no hace falta que me digas nada!

—¿Ni lo que quiero al impedir que te vayas?

—¡No! ¡Porque no me interesa!

—¿Te quedarás? —preguntó inseguro—. ¿Al menos por el bebé?

Se miró las manos apretando los labios. Estaba claro que ella no le interesaba en absoluto. Pero si tenía interés por su hijo, no era quien para negarle que le conociera. Si no se lo había dicho antes, era porque pensaba que no le querría como no quería nada de ella. —¿Le querrás? —preguntó sin poder evitarlo.

La miró dándose cuenta que estaba insegura respecto a que creyera que podría querer a su hijo. —Claro que sí. Sino no te pediría que te quedaras, ¿no crees? Quiero formar parte de su vida, si me dejas. —Se mantuvo callada durante varios segundos y eso le puso nervioso. —¿Lama?

—Está bien.

Esas dos palabras fueron un alivio enorme y dejó salir el aire que estaba conteniendo. Lama miró por la ventanilla y no habló durante el resto del trayecto. Cuando fueron hacia Manhattan preguntó —¿A dónde nos llevas?

—He pensado que podríais quedaros en mi casa. Tienes un embarazo de riesgo y así estarás controlada.

—¿Piensas dejar de ir a trabajar? —preguntó fríamente.

—No, pero...

—¿Entonces qué más dará en qué casa esté?

—Aquí estás más cerca del hospital. Está a una calle.

—Nos quedaremos en Brooklyn.

—Hija...

—¡Mamá no te metas! Nos quedaremos con Rita.

—Rita ha alquilado el apartamento hace un mes.

Miró sorprendida a su madre. —¿Por qué no me habías dicho nada?

—Como vivíamos con Ninette no creyó que te interesara. Se sentía sola en la casa y tiene algo de miedo después de lo que ha ocurrido. Aunque le hayan detenido, está algo asustada todavía y es lógico. Y como tú estabas...

La miró molesta. —¿Cómo estaba?

—Nada. Ya sabes. Que no te lo dijo y punto.

—Pues me quedaré con Ninette.

—De eso nada —dijo Dylan tenso—. Estás embarazada después de una operación delicada en contra de todos los pronósticos.

—Serán tus pronósticos.

—¡Mis pronósticos! ¡No puedes cargar pesos y no voy a dejar que hagas de niñera doce horas al día de tres bebés! ¡Te quedarás en casa! ¡Si no quieres verme, no salgas de la habitación!

Habían gastado casi todo su dinero en los billetes de avión, así que no es que tuvieran mucho donde elegir y su madre lo sabía. No quería dejarla en evidencia ante Dylan y por eso no decía nada.

—Tengo que trabajar —dijo molesta porque al final lo descubriría.

—Ya buscaré yo algo. —Su madre sonrió maliciosa. —Y si no lo encuentro, puedo leer las manos en el parque.

—No creo que debáis preocuparos por eso —dijo Dylan rápidamente—. No os va a faltar de nada.

—Yo no soy una mantenida. Mamá tiene razón. Yo también puedo leer las manos. Eso no cansa.

—Mejor hablamos de esto mañana —dijo entre dientes como si se estuviera controlando—. Estaréis cansadas.

—¿De qué?

—¡De lo que sea!

—No tenemos ropa. Se la ha llevado el avión o se ha quedado en el aeropuerto. Vete tú a saber —dijo su madre disfrutando.

Él juró por lo bajo. La miró y vio que a ella le daba igual. —¿Quieres que pare para comprar ropa?

—No.

—Hija, que ni tenemos bragas —dijo su madre exasperada—. Mira, ahí hay un centro comercial. No tardaremos nada.

Capítulo 7

Media hora después su suegra compraba sin control mientras Lama solo había escogido dos vaqueros y un par de jerséis, aparte de la ropa interior más barata que había en la tienda. Estaba seguro de que Cassa lo hacía por venganza, pero se le rompía el corazón al ver que Lama, al contrario que ella, parecía avergonzada con todo aquello. Se levantó de su asiento y fue hasta ella, que discutía por lo bajo con su madre porque quería llevarse un vestido. —No lo necesitas.

—Lama, ¿no escoges más ropa?

Se volvió sorprendida y negó con la cabeza. —Ya tengo lo que necesito.

—No has comprado ni un pijama siquiera.

—Ella no usa —dijo su madre con mala leche—. Pero yo sí. —Corrió hacia los camiones y chilló al ver uno verde de seda.

Lama se sonrojó muy incómoda. —¿Podemos irnos?

—Sí, claro. —Se volvió hacia Cassa. —Tienes dos minutos.

En esos dos minutos demostró que podía llevarse media tienda. Su suegra no dejó de parlotear hasta que llegaron a su piso y la casa debió dejarla de piedra porque fue entrar por la puerta y ambas miraron a su alrededor dejando caer las bolsas al suelo. Él carraspeó. —Si me acompañáis... Las habitaciones están por aquí. —Les mostró la escalera y ellas le siguieron en silencio. Giraron hacia la derecha donde había cuatro puertas. —La del fondo es mi habitación y de las demás podéis elegir la que queráis.

Lama abrió la más cercana a la escalera y al ver la cama dijo —Voy a echarme un rato.

—Cielo, ¿estás bien? —preguntó su madre preocupada.

—Sí, estoy bien.

En cuanto se cerró la puerta preguntó preocupado —¿Acaso no está bien?

—No lo sé. —La miró interrogante. —Entre la familia no lo sabemos. —Fue hasta la puerta de enfrente fulminándole con la mirada. —¡Todo esto es culpa tuya! —Le cerró la puerta de golpe y Dylan apretó los labios mirando de nuevo la puerta de Lama. Al menos había impedido que se fuera. Y estaba viviendo en su casa. Había avanzado mucho en unas horas.

Después de cuatro días y de una jornada especialmente dura, porque había perdido a una paciente, entró en casa y apretó los labios al ver a su suegra con un bol de palomitas viendo su televisión de cincuenta pulgadas. Cerró la puerta mirando a su alrededor. —Hola, ¿y Lama?

—No está. Ha ido a ver a Ninette.

Como todos los días. Apretó los labios al ver que su suegra ya había cenado y que había dejado los platos sobre la mesa del salón para que los recogiera la asistente, que ya había amenazado con dejarle porque ella había contratado con un hombre soltero.

—¿Ha estado fuera todo el día?

—Pues eso creo, pero como no he estado por la tarde no puedo asegurarlo.

—No te veo muy preocupada por tu hija embarazada —dijo molesto.

—Siempre nos hemos dado espacio. No soy la típica madre griega sobreprotectora.

—¿Entonces qué haces aquí?

Le miró asombrada. —Acompañarla en este trance. ¿No se nota?

Con ganas de estrangularla se aflojó la corbata y en ese momento se abrió la puerta. Lama entró en casa y fue hasta la escalera. —Buenas noches.

—¿Has cenado? —preguntó empezando a pensar que dirigía una pensión donde todos pasaban de él.

—Sí. Lisbeth, la asistente de Ninette, hizo lasaña.

Subió las escaleras casi sin mirarle como desde que había llegado. Evitaba cenar con él todas las noches y eso que incluso una noche había llegado antes para sorprenderla, pero el sorprendido fue él porque dijo que ya había cenado y se fue a su habitación a leer un libro. Cuando Dylan se fue a la cama, la escuchó salir de la habitación y bajar. Seguramente para comerse el yogurt que vio en la basura al día siguiente. Suspiró pasándose la mano por el cabello, despeinándose aún más.

—Sí, tú sigue haciendo el idiota y ya verás —susurró su suegra.

—¿Qué has dicho?

—¿Yo? Nada. Comentaba la película. Está de lo más interesante. Es de un imbécil que ha dejado escapar al amor de su vida y ahora no sabe qué hacer para recuperarla.

Esa mujer le sacaba de quicio. Cassa sonrió radiante antes de meterse más palomitas en la boca. Decidió dejarla, porque lo que menos quería era discutir y provocar que Lama se fuera de su casa y sabía que lo estaba deseando. Cuando llegó arriba, pasó ante la puerta de Lama y se detuvo. Levantó la mano para llamar, pero la mirada de Lama en casa de Ninette mientras le gritaba que no se acercara nunca más a él, le removió las entrañas y dejó caer la mano soltando el aire que estaba conteniendo.

Fue hasta su habitación y se desnudó tirando la ropa en el cesto antes de abrir el agua de la ducha. Apoyó las manos en el lavabo mientras salía el agua caliente intentando descubrir cómo acercarse a ella, cuando escuchó que llamaban a la puerta suavemente. Se enderezó cogiendo una toalla y cerrando el agua. Se la puso alrededor de las caderas acercándose a la puerta. Al ver a Lama al otro lado sonrió, pero perdió la sonrisa al darse cuenta de que tenía una toalla alrededor de la mano.

—Me he cortado al coger un vaso del lavavajillas.

Había aprovechado que él había entrado en la habitación para recoger la mesa del salón.

—Déjame ver. —La cogió de la muñeca suavemente y apartó la toalla para ver un buen corte entre el pulgar y el índice. Tenía que dolerle muchísimo, pero aparentaba estar bien. —Necesitas puntos. Ven, siéntate.

Lama no quería mirarle y agachando la cabeza se mordió el labio inferior maldiciendo el maldito vaso. Tenía que haberle pillado en pelotas. No se podía tener peor suerte. Intentando no mirar su torso desnudo, se dedicó a mirar su mano mientras él iba hacia el baño y regresaba con un gran botiquín en la mano. —¿No deberíamos ir al hospital? —preguntó poniéndose nerviosa al ver que tenía intención de ponerle los puntos allí.

—Aquí tengo de todo. —Se arrodilló ante ella sacando un bote amarillo del botiquín y con sumo cuidado le empapó la zona con un líquido marrón. Dio un respingo y apartó la mirada porque ver el corte la mareaba un poco.

Él levantó la vista y al darse cuenta de su palidez se incorporó. —Nena, acuéstate.

—No, estoy bien.

—No quiero que te desplomes mientras te coso la herida. Acuéstate.

Suspirando se acostó con su ayuda y él puso con cuidado su mano sobre una toalla. Desde esa posición no veía la herida y sin poder evitarlo miró hacia él, que arrodillado a su lado le inyectaba algo. Su corazón se alteró al ver como fruncía el ceño mientras trabajaba y cuando sus ojos se encontraron, Lama miró al frente avergonzada porque la hubiera pillado.

—¿Te mareas aún?

—No.

Vio por el rabillo del ojo que él asentía. —No tienes que recoger lo que tú no has ensuciado.

Se sonrojó. —No me importa.

—Sé que no te importa. Pero debería ser tu madre quien lo hiciera.

—Ella no tiene culpa de que me haya cortado.

La miró a los ojos. —Si hubiera recogido la mesa, no lo hubieras hecho tú y no te habrías cortado al sacar los platos del lavavajillas para meter los sucios.

Lama miró el techo. —Hubiera sacado los platos de todas maneras.

—Lo haces todas las noches. Lo sé.

—¿Qué pasa si ayudo un poco a Kate?

—Lo has visto, ¿verdad?

—¿El qué?

—Que ha amenazado con irse. Me da igual si no quiere quedarse. Hay muchas a las que les gustaría tener este puesto.

—Me cae bien. Se terminará quedando y cuando nosotras nos vayamos, todo volverá a la normalidad.

Él se tensó y Lama sintió como empezaba a coserla. —Has ido a ver a Ninette, otra vez.

—Le gusta que la visite. ¿Qué pasa? ¿Tampoco puedo ir a ver a mi amiga?

—No me importaría que fueras a verla si no estuviera seguro de que estás de un lado a otro con las niñas. Ya lo habíamos hablado.

—Estoy bien.

—Y puesto que vamos a tener un hijo juntos, ¿no crees que deberíamos conocernos un poco?

Le miró asombrada. —¿De qué hablas?

—Al menos podríamos cenar juntos. Me da la sensación de que tengo a dos desconocidas viviendo conmigo.

—Siento que estés incómodo, pero fuiste tú quien insistió en que me mudara aquí por el bebé.

—Cierto. Y ya que vamos a tener un bebé, tenemos mil cosas que discutir. Como por ejemplo que mañana quiero hacerte una revisión completa.

—Pero si ya me revisó Perkins.

—Pero Perkins no es el padre del niño. —Sonrió confundiéndola porque parecía muy satisfecho de sí mismo.

—Se chivó él, ¿verdad?

—Pues sí. Se va de vacaciones y necesitaba que llevara tu embarazo. Una suerte para mí, ¿no crees?

Le miró sin poder creerse que estuviera tan contento. —¿Es una suerte?

Él vio las dudas en sus ojos y cuando desvió la cara hacia el otro lado, apretó los labios. —Yo creo que ha sido una suerte. Nunca me hubiera perdonado que hubieras tenido al bebé sola. Soy tan responsable de esto como tú.

—Mi hijo no es un problema del que te tengas que responsabilizar.

—Es nuestro hijo.

Eso no podía negarlo. Molesta espetó —¿Queda mucho? Quiero acostarme.

—Aún queda algún punto. Sobre lo de cenar en casa todos los días... No es negociable. ¿Me has entendido? A partir de mañana, aquí a las seis cada noche.

Jadeó indignada. —Yo soy la madre de este niño y no te digo a ti cómo debes vivir tu vida.

—Cierto, pero yo soy tu médico. Así que mañana aquí a las seis.

Le miró con rencor. —¿Algo más?

—No estaría de más que me cogieras el teléfono cuando te llamo.

—¡Es que eres muy pesado y siempre preguntas lo mismo! ¿Cómo estás? — dijo con burla—. ¿Has comido? ¿Has tomado las vitaminas en el desayuno? ¿Qué haces? ¿Dónde estás? ¡Pareces mi madre! —Le dio la sensación de que Dylan se estaba mordiendo la lengua mientras sacaba una venda del botiquín. — ¿Qué? ¿No tienes nada que decir?

—Tengo mucho que decir, pero mejor me callo.

—Oh, por favor. ¡No te calles que no quiero ser responsable de que te salga una úlcera, encima de arruinarte la vida con un hijo que no deseabas!

—Yo nunca he dicho eso.

—Tienes razón, nunca dijiste eso. ¡Lo que no deseabas era verme de nuevo y te he fastidiado bien porque ahora vas a tener un hijo con alguien a quien no soportas!

—Lama...

—¿Lama qué? —Se apoyó en el codo para girarse hacia él. —¡Suéltalo de una vez, porque al menos así seremos sinceros!

—Estás alterada y quieres discutir, pero no te voy a dar el gusto. —Pegó la

venda con un pedazo de esparadrapo y se levantó de la cama. —Mañana pásate por el hospital a las diez de la mañana para la revisión.

—Sí, doctor —dijo con burla levantándose de la cama.

—Si te duele...

Ella salió de la habitación dando un portazo y Dylan juró por lo bajo. Decepcionado porque había perdido la oportunidad de arreglarlo, se pasó las manos por la nuca inclinando el cuello hacia atrás para relajarse. Estaba claro que aquello no iba bien porque Lama estaba a la defensiva continuamente y con razón. A ver cómo iba la revisión al día siguiente. Igual en la consulta podían hablar como personas civilizadas.

Lama observó como Dylan miraba la pantalla del monitor con una sonrisa en la cara y gruñó interiormente al ver que parecía encantado de la vida. Nunca se hubiera imaginado que se pondría celoso de su propio hijo por la atención de su padre.

—Todo va muy bien —dijo él moviendo el ecógrafo.

—Eso ya lo sabía.

—Se está desarrollando muy bien y la cicatriz está estupenda. Es increíble que con el ovario así, hayas sido capaz de gestar.

—Te dije que podría —dijo con rencor.

Él suspiró apartando el ecógrafo y se lo tendió a la enfermera que lo limpió antes de colocarlo en su sitio. —Quiero que camines todos los días dos horas.

Le miró asombrada. —¿Perdón?

—Es para que fortalezcas los músculos. Y no me refiero a caminar mirando tiendas sino caminar rápido sin llegar a correr. —Rodeó la mesa para sentarse y escribió algo en el ordenador.

Ella entrecerró los ojos al ver que la enfermera le tendía una caja de clínex para que se limpiara, pero como tenía la mano en ese estado, le costaba un poco. Le miró con rencor cogiendo los pañuelos con la otra mano y empezó a

limpiarse con ganas de matarle.

—Y quiero que cuides un poco la alimentación. Estás algo delgada aunque es normal adelgazar un poco durante el primer trimestre por las náuseas, pero creo que no es tu caso porque no te he oído vomitar en estos días. Así que lo de la cena a las seis no es negociable.

Se sentó en la camilla bajándose el jersey y se bajó de un salto. Él la miró como si hubiera cometido un delito y Lama chasqueó la lengua acercándose para coger el bolso de encima de la mesa. —¿Puedo irme?

—¿A dónde vas? ¿Tienes prisa?

—He quedado con Ninette para ir de compras. Necesita ropa para las niñas.

—Mañana quiero repetir los análisis.

—¡Estoy bien, Dylan! ¡Deja de darme la lata! —La enfermera salió a toda prisa de la consulta y Lama se cruzó de brazos. —¿Algo más?

—¡Te agradecería que ante mis colegas al menos me mostraras un poco de respeto! ¡No creo que sea mucho pedir!

—¿Como el respeto que me tenías tú? —Le miró con desprecio antes de ir hacia la puerta y salir de allí dejándole con la palabra en la boca.

Dylan se reclinó hacia atrás en el sillón tirando el bolígrafo sobre el escritorio y se quedó mirando la pared de enfrente intentando encontrar una solución. Cogió el móvil y después de marcar se lo puso al oído. —Hola. —Giró la silla para mirar hacia la ventana y se levantó distraído. Apretó los labios al ver que Lama salía del hospital y levantaba un brazo llamando a un taxi. —Sí, lo siento. Tengo un problema, ¿podemos quedar después de que salga del hospital? Creo que necesito hablar con alguien. —Sonrió con tristeza asintiendo. —Gracias. ¿Te veo a las cinco donde siempre? —Frunció el ceño. —¿En el Plaza? Bien. Te veo allí.

Suspiró colgando el teléfono viendo como Lama se alejaba en el taxi.

Capítulo 8

Dylan entró en casa y gimió por dentro al ver a su suegra tumbada en el sofá con un bol de helado de menta viendo la tele. Estupendo. Al mirar la mesa del salón, juró por lo bajo al ver que había tres platos y que era obvio que dos ya habían sido usados.

—Ahora sí que la has cagado —dijo su suegra divertida.

—¿Ya ha cenado?

En ese momento salió Lama de la cocina y mirándolo con odio, recogió los platos de la mesa antes de volver a la cocina sin decir palabra.

—Había hecho musaca para que comieras algo de comida griega. Se ha pasado la tarde en la cocina cortando berenjenas.

—Mierda —dijo para sí dejando el maletín al lado de la puerta. Fue hasta la cocina y vio el resto de la bandeja de musaca sobre la encimera mientras ella metía los platos en el lavavajillas—. Nena...

—No pasa nada. Seguro que estabas en alguna emergencia sanitaria catastrófica y no podías venir a cenar.

Se pasó la mano por el cabello. —Pues ya que lo dices, sí que era una emergencia y...

Ella que estaba metiendo un cuchillo en el lavavajillas, se volvió con él en la mano. —¿Me tomas por idiota? —le gritó perdiendo los nervios.

—Lama, no sé a qué viene esto. ¡Me he retrasado una hora! Tampoco es para tanto.

—Claro que no. ¡Pero como has demostrado esta noche, te interesaba más acostarte con alguna zorra de tu hospital que conocerme a mí!

La miró asombrado. —¿Qué dices?

—¡No te atrevas a negarlo! ¡He llamado al hospital y ya no estabas! ¡Saliste a las cuatro!

Joder. Preocupado dio un paso hacia ella. —No es lo que te imaginas.

—¡Qué frase más típica! Al menos quítate el carmín de la mejilla antes de mentirme a la cara. ¡Y tienes un cabello rubio larguísimo en la chaqueta, imbécil! —Cogió la bandeja de la musaca y la tiró al suelo con rabia antes de salir de la cocina con lágrimas en los ojos.

¡Estaba celosa! Sin poder evitarlo sonrió de oreja a oreja, pero reaccionó rápidamente saliendo de la cocina tras ella. Pero era rápida y su suegra señaló el piso de arriba con la cuchara. Subió los escalones de dos en dos y llamó a su puerta. —Lama abre. Estás confundida.

Escuchó un golpe en la puerta y supo que había tirado una bota. —¡Qué te den!

—Cualquiera diría que estás celosa. —La otra bota debió acabar en el espejo del tocador. —Nena, ¿todavía quieres tener algo conmigo?

—¡Ni muerta!

—Entonces no sé a qué viene esto. Si no te intereso... —La puerta se abrió de golpe y se le cortó el aliento al verla en ropa interior mirándole como si fuera un gusano. —No puedes esperar que sea célibe —dijo devorándola con la mirada. Un tortazo le cruzó la cara antes de pegarle con la puerta en las narices. Dylan gimió llevándose la mano a la nariz. Apartó los dedos jurando por lo bajo para ver que le estaba sangrando—. Mierda. ¡Nena, no tiene gracia! —le gritó a la puerta antes de tirar de la manilla con fuerza—. No me he acostado con nadie, ¿de acuerdo?

—¡Por mí como si te acuestas con todas las enfermeras del hospital! —gritó con la voz congestionada. Dylan se tensó al darse cuenta de que estaba llorando—. ¡No sé cómo quieren repetir con lo mal amante que eres! ¡Egoísta! ¡Pero no sé de qué me extraño cuando solo piensas en ti! ¡Déjame en paz!

Joder, le había puesto fino en dos segundos. Él suspiró apoyando el hombro

en el marco de la puerta. —Nena, lo siento. Siento todo lo que te dije y cómo te traté. ¿Me perdonas?

El silencio al otro lado de la puerta le hizo recordar las palabras de Kirk el día que había ido a su casa. Puede que fuera demasiado tarde. Le había hecho daño y puede que ya no quisiera arriesgarse con él por mucho que fueran a tener un hijo. El sonido de la ducha le hizo suspirar apartándose de la puerta y escuchó algo tras él. Se volvió de golpe para ver allí a Cassa, que con los brazos cruzados le miraba como si fuera el causante de todos sus males. Carraspeó enderezándose. —Buenas noches.

—Serán para ti.

Le observó ir hasta su habitación como si fuera un perro guardián y cuando Dylan cerró la puerta se dio cuenta de que ni había cenado. Pero ni loco saldría de nuevo para ver esa mirada de odio en los ojos de su suegra. Igual sí que al final le salía una ulcera con esa mujer en su casa.

Ninette miró a su amiga que daba vueltas a la comida de un lado a otro con la mirada perdida. Se notaba que no había dormido nada y que había estado llorando.

—¿Cómo te fue ayer con la cena que le preparaste a Dylan? ¿Le gustó la musaca?

—Llegó tarde. Yo ya había cenado.

La miró asombrada. —¿No le esperaste?

—No.

Su seca respuesta hizo que mirara a Ronelle, que hizo una mueca antes de beber de su copa de agua. —¿Por qué?

—¡Porque no sabía a la hora que iba a llegar! ¡Y tengo que cenar a las seis! ¡Son órdenes del médico, así que cumplí mi misión que es traer a este niño al mundo, en lugar de esperar a ese traidor que se fue por ahí con una rubia cuando su mujer y su hijo estaban en casa esperándole!

Lisbeth carraspeó dejando una jarra de agua sobre la mesa y le indicó a la abuela con la cabeza que dijera algo.

—Seguro que tenía una urgencia. —Lisbeth sonrió asintiendo.

—¡Salió a las cuatro del hospital! ¡Y llegó a casa a las siete! Estuvo con una rubia que tiene un gusto horrible para los perfumes.

Ninette la miró asombrada. —¡Menuda mentira!

Sorprendida preguntó —¿Por qué dices eso?

—¡Mi perfume es de primera! ¡Me lo regaló mi marido en navidades, guapa!

Todas miraron a Ninette y ésta se sonrojó. —Bueno, en realidad quedó con Kirk, pero no pude evitar acercarme a ver qué tramaban. —Se acercaron más a la mesa mirándola fijamente. —Y me dio pena.

—Te dio pena —dijo Lama sin salir de su asombro—. ¿Por qué? —gritó perdiendo los nervios.

—Bueno, está un poco desesperado porque no sabe cómo arreglar lo vuestro y...

—¿Arreglar lo nuestro?

—Sí. Se ha dado cuenta un poco tarde, pero quiere arreglarlo.

—Vamos a ver —dijo la abuela—. ¿Por qué no me lo dijiste anoche?

—Estabas dormida en el sofá, Ronelle. No te iba a despejar para contarte eso.

—¡Sí, pues se me despeja!

—¿Queréis centraros en lo mío? —preguntó impaciente cogiendo la mano de Ninette cuando se iba a meter el tenedor en la boca—. ¿Quiere arreglarlo por el bebé?

—Creo que el bebé fue el detonante para darse cuenta de que había metido la pata. Ahí te creyó. ¿Entiendes?

—Me creyó.

—Sobre lo que veías. Está muy arrepentido de cómo te trató. La verdad es que me dio pena. No sabe cómo tratarte. Teme que si te enfadas, te vayas de casa.

A Lama se le cortó el aliento. —¿No me estarás metiendo una trola?

—Claro que no.

Intentó meterse el tenedor en la boca, pero Lama la agarró de nuevo. —¿Y qué quiere exactamente?

—¿Qué va a querer? Estar contigo. Por eso te dije lo de la cena. Para que al estar juntos la relación se suavizara. Pero al parecer lo de ayer lo empeoró todo. —Cogió el tenedor con la otra mano y se metió el bocado en la boca.

—¿Y qué le aconsejasteis? —preguntó Ronelle interesadísima en el tema al igual que Lisbeth, que se sentó a su lado como si nada.

—Que lo primero que tenía que hacer era pedirte perdón. Y después demostrarte poco a poco que eres importante para él.

Todas miraron a Lama que negó con la cabeza. —No me ha pedido perdón ni me ha demostrado nada.

—Bueno, si le acusaste de ponerte los cuernos, igual empieza hoy —dijo Ninette pinchando otro trozo de pollo—. Es todo muy reciente. Te acaba de secuestrar como quien dice.

—¿Seguro que no lo hace por el bebé? —preguntó insegura.

Ninette la miró a los ojos. —Estoy segura de que ese bebé ha roto el muro que él había puesto a su alrededor.

—¡Ese muro tendría que haberlo roto yo, no el bebé! —Disgustada dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó, pero Ronelle y Ninette la cogieron por los hombros sentándola de nuevo.

—Tú querías derribarlo a lo burro y el bebé lo hizo sin que se diera cuenta. ¿Lo pillas? —dijo Ronelle dejándola de piedra—. Mira, vas a tener un hijo con él. Le quieres y él quiere arreglarlo. Lo menos que puedes hacer es intentarlo sin darle más vueltas.

—¿Sin darle más vueltas? —preguntó rabiosa.

—Uy, uy... Ni se te ocurra, Lama. ¡Está desesperado porque le perdones! —dijo Ninette indignada.

—¿Qué pasa? ¿Qué va a hacer? —preguntó Lisbeth intrigada.

—¿Qué voy a hacer? ¡Ni siquiera me ha pedido perdón! ¡Quiere volver, pues va a pasar las de Caín hasta que le perdone, como yo llevo meses sufriendo por él! —Se levantó de golpe. —Eso sí, pero antes que me dé un orgasmo en condiciones que me deje temblando. Que ya va siendo hora. Esto puede alargarse y como aún no tengo barriga, es el momento.

—Bien dicho —dijo Ronelle encantada de la vida.

—¡Abuela!

—Niña, tiene derecho a vengarse un poco con todo lo que ha llorado por su hombre.

Ninette lo pensó. —Vale, pero no se lo pongas muy negro que puede pensar que ya no tiene nada que hacer. Ayer lo preguntó un par de veces. —Lama sonrió sin poder evitarlo y corrió hacia la puerta. —¿Te vas?

—¡Tengo mucho que hacer! ¡Te llamo luego! ¡Y no te chives!

Jadeó indignada. —¿Chivarme yo?

Ronelle levantó las cejas. —Te has pasado al enemigo. Hasta ella puede verlo.

—¡Menuda mentira!

Cuando Dylan abrió la puerta de su casa a las seis menos diez se detuvo en seco al ver un montón de color por todos lados. Dejó caer las mandíbulas por los dos bongos al lado del sofá y salió mirando la letra de su piso. Entró en su casa cerrando la puerta horrorizado por las alfombras étnicas que había por el suelo, ante su carísimo sofá cubierto de una colcha de colores de estilo indio. Incluso olía distinto. Olfateó gimiendo por dentro porque olía a curri y lo odiaba. Otra cosa que le sorprendió fue no encontrarse a su suegra comiéndose algo en el sofá viendo la tele. Al menos era una sorpresa agradable. Ojalá se hubiera ido a Grecia y la perdía de vista un poco.

—¿Nena? —Dejó el maletín al lado de la puerta y aflojó la corbata. —¿Estás en casa?

La puerta de la cocina se abrió y Lama salió con una bandeja en la mano sonriendo radiante. A Dylan se le cortó el aliento. —Hola. La cena ya está.

—Te veo muy contenta.

—Es que he tenido un día estupendo. —Dejó la fuente sobre la mesa y se volvió ilusionada. —¡Tengo trabajo!

Dylan perdió la sonrisa de golpe. —¿Perdón?

—Tranquilo, no tengo que mover un dedo.

Carraspeó intentando ser suave cuando lo que quería gritar era que ni de coña. —Nena, creo que no deberías trabajar hasta después del parto.

—Solo será medio día. —Se encogió de hombros. —Así que no me agotaré. Uy, la bebida. ¿Quieres una cerveza? —Fue hasta la cocina sin esperar a que le contestara y confundido se quitó la chaqueta del traje, tirándola sobre aquella manta tan horrible. Pero lo primero era lo primero.

Salió de la cocina y al verla tan contenta quiso morderse la lengua, pero no podía. Apartó su silla para que se sentara y ella se sonrojó de gusto. Iba bien. —Gracias.

Se sentó en la cabecera de la mesa. —¿Y de qué es el trabajo?

—¿De qué va a ser, tonto? De pitonisa. Tengo un trabajo en la tele por las mañanas.

Dylan que estaba bebiendo de su cerveza, se atragantó y se puso a toser con fuerza. Ella se levantó dándole unas fuertes palmadas en la espalda, que podrían tirar a un culturista. —¡San Blas, San Blas!

—¿Cómo que es un trabajo en la tele?

—¡Sí! ¡Salgo en Buenos días América! —chilló de emoción sentándose de nuevo.

—¿En dónde? —gritó él asombrado.

—¡A que es genial! ¡Todavía no me lo creo! Me vieron en la calle leyendo la mano y le leí la fortuna a una mujer que no conocía. ¡Era la productora! Está ilusionadísima conmigo. ¡Voy a tener sección propia! ¡Me voy a hacer famosa!

—¿Qué estabas en la calle leyendo la mano? —preguntó al borde de la

apoplejía.

—Necesitaba unos dólares para comprar algo de ropa. —Hizo un gesto con la mano sin darle importancia.

—¡Habérmelos pedido a mí!

—¿Para qué? Siempre he conseguido dinero así.

Respiró hondo mirando la cena y entrecerró los ojos al ver una cosa viscosa de color naranja oscuro. —¿Qué coño es eso?

Lama cogió el cucharón. —Callos con chorizo. Los hacía mi abuela. Me costó un poco encontrarlos, pero al final hablé con Jimmy y me recomendó una carnicería en Brooklyn donde había hasta el chorizo. ¿A que es genial? Ya verás, te van a encantar. ¿Sabes que mi abuela era española, pero se casó con mi abuelo que era griego?

—No tenía ni idea.

—Claro, como no hablamos... Tengo familia por toda Europa. Los gitanos somos así.

Tiró el contenido del cucharón sobre el plato. —Ya verás cómo te gustan. Los callos son muy digestivos.

—Digestivos —dijo con horror antes de coger el tenedor dándole la vuelta a lo que parecía carne viscosa.

—Claro que sí. —Soltó una risita. —Son tripas de cerdo. Pero muy bien lavadas, eso sí.

Dylan sintió que el estómago se le ponía del revés y más cuando la vio que se servía una buena cantidad, empezando a comer con ganas mojando aquella salsa en pan.

—Sobre el trabajo, ¿has firmado algo?

—Claro que sí. Sino no te hablaría de ello. No se habla de los tratos hasta que se da la mano o hasta que se firman.

Cogió un callo con el tenedor y ella miró expectante a que se lo metiera en la boca, así que ya no podía arrepentirse. Metió aquella cosa gelatinosa en la boca y la masticó lentamente antes de tragar mientras ella sonreía como si fuera un niño

bueno. ¡Dios, y todavía le quedaba todo el plato!

—¿Te gustan?

—Está delicioso, preciosa.

Sonrió como si le hubiera regalado la luna y se dijo que se comería aquello, aunque luego tuviera que irse a urgencias.

—Entonces te los prepararé una vez a la semana.

—Mejor controlamos más la dieta, que esto tiene pinta de ser muy calórico.

—Dijiste que tenía que engordar.

Joder, ¿por qué no habría cerrado la boca? —Cierto, pero me refería a grasas más sanas.

Como le miró sin creerse una palabra, metió una buena cantidad de callos en la boca para que no pensara que no le gustaban. Eso la calmó y sonrió de nuevo haciendo que suspirara del alivio. Bebió media cerveza intentando tragar aquello. —Sobre ese trabajo...

—¿Crees que podrás verme mañana?

—¿Cómo que mañana?

—Salgo a las diez. ¿Me verás?

—No me lo perdería por nada del mundo —siseó sin saber cómo impedirle que fuera a ese programa. Joder, era un tío inteligente. ¿Dónde estaba esa inteligencia cuando la necesitaba?

—¿Te gusta la casa?

—Unos colores muy interesantes. ¿Crees que pegan en el salón de diseño que me costó cincuenta mil dólares decorar?

Le miró decepcionada. —No te gusta.

—No, si me parece que le da un toque especial a la casa.

—¿Verdad que sí? Así quiero decorar la habitación del niño.

Ay, madre.

—Por cierto. Mañana tengo cita con mi masajista tántrico.

La miró como si le hubieran salido cuernos. —¿Tu qué?

—Me relaja mucho y he encontrado uno en Nueva York que me lo hace a

muy buen precio.

—¿Te hace qué?

—Pues el masaje.

—Cuando dices tántrico...

—Me equilibra los chacras.

—¿Te equilibra qué? —gritó sin poder evitarlo—. ¿Eso no es un masaje erótico?

—Bueno, erótico, erótico... Sí, es un masaje erótico. —Bebió de su agua. — Pero solo erótico.

—¡Ni de coña! —gritó levantándose de golpe.

Asombrada le miró a los ojos. —¿Y a ti qué más te da si quedas con otras para tener sexo?

—¡Aquí nadie te va a dar más masajes eróticos que yo!

—¿Tú?

—¡Sí, yo!

—¿Sabes hacerlo?

Entrecerró los ojos. —Aprenderé.

—Tengo prisa. Seguro que mañana estoy algo tensa después del programa. No querrás que me estrese embarazada.

—¿Y no te vale un masaje normal? —Ella se echó a reír como si hubiera dicho la mayor estupidez del universo. —¡Pues sexo! Yo te lo doy. Eso relaja mucho.

Lama arrugó su naricilla como si algo oliera mal. —No te ofendas, pero tú... no me vales.

—¿Cómo que no te valgo? —preguntó a voz en grito.

—¿Ves? Ya te has ofendido.

—Si lo dices por la única vez que nos acostamos, estaba enfadado.

—Bueno, mi abuela decía que cuando algo no te gusta no hay que repetir. Por eso no pago nunca a Hacienda.

—¿Cómo que no pagas a Hacienda?

—Sí, otra razón para irme de Grecia... Estaban un poco pesados con el tema por unos retrasillos de nada.

—¡Dejemos el tema de Hacienda en paz! —dijo de los nervios—. ¡Estábamos hablando del sexo!

Ella se hizo la loca cogiendo el cucharón de nuevo. —¿Quieres más?

—¡No! ¡Se me ha quitado el hambre! —Se pasó la mano por el cabello antes de poner los brazos en jarras. —¡Ni se te ocurra lo del masaje! Eso no va a pasar.

Lama pasó el tenedor por el plato y nervioso se sentó de nuevo. —Vamos a ver, te juro que puedo hacerlo mejor.

—No sé... —Le miró de reojo. —¿Eso crees?

—¡Hasta ahora no he tenido queja!

—Será que no son sinceras como yo.

Intentó contenerse y la vio levantarse con los platos e ir hacia la cocina. ¿Cuándo se había convertido en un mal amante? Había que ser gilipollas para hacérselo de esa manera tan brusca. Y encima en su primera vez.

Capítulo 9

Lama reprimió la risa dejando los platos sobre la encimera e intentó ponerse seria porque si no se daría cuenta. Menuda cara había puesto cuando le había dicho lo del programa de televisión. Casi le da un infarto.

Se sobresaltó cuando se abrió la puerta y él entró como si fuera a lidiar un toro. A Lama se le erizó la piel por su mirada, porque parecía que iba a comérsela viva.

—¿Quieres postre? —preguntó casi sin aliento mientras se acercaba—. Hay macedoni... —La cogió por la nuca y la besó de tal manera que se le aflojaron hasta las zapatillas. Acarició su lengua haciendo que se olvidara hasta de su nombre.

Dylan se apartó de golpe y le preguntó con la respiración agitada. —¿Qué tal?

Tragó saliva. —Puedes seguir.

—Eso pensaba —dijo antes de atrapar su boca de nuevo cogiéndola por la cintura y elevándola para pegarla a él. Le abrazó con las piernas y rodeando su cuello con las manos, enterró sus dedos en su espeso cabello mientras las manos de él llegaban a su trasero, amasándolo con pasión. La sacó de la cocina y ni se dio cuenta de que la tumbaba sobre el sofá hasta que una de sus manos acarició su vientre por debajo de la camiseta hasta llegar a su pecho. Lo acarició por encima del sujetador y apartó su boca agachándose para mordisquear su pezón por encima de la camiseta. Gritó arqueando la espalda, sintiendo que la traspasaba un rayo. Dylan se apartó levantándole la camiseta y le subió el sujetador, elevando su pecho con la mano antes de acariciar con la lengua su

aureola para meterse después el pezón en la boca y chupar con fuerza. Sorprendida gritó clavando las uñas en sus hombros, estremeciéndose de arriba abajo. Él la miró sorprendido. —Nena, ¿te has corrido?

—¿Que? —Abrió los ojos atontada y él levantó las cejas. —¡Sigue, no pares!

Dylan reprimió la risa agachándose para besar el valle de sus pechos y ella suspiró de placer queriendo más. Cuando sus labios pasaron por su cicatriz, gimió retorciéndose sintiendo como de nuevo su cuerpo clamaba por él. Abrió sus vaqueros y tiró de ellos hacia abajo mientras su boca la besaba por encima de las braguitas, mordiendo delicadamente sus labios inferiores, haciéndola gritar de placer. Dylan se incorporó quitándole los vaqueros con las braguitas y cuando le quitó las zapatillas de deporte, besó el interior de su pierna antes de colocarla sobre el respaldo del sofá, dejándola totalmente expuesta. Muerta de deseo vio cómo se bajaba los pantalones antes de acariciar el interior de sus piernas hasta llegar a su sexo. Lama gimió arqueando su cuello hacia atrás cuando metió un dedo en su interior, acariciando su clítoris con el pulgar delicadamente. Se tumbó sobre ella y la besó suavemente en el labio inferior antes de entrar en su interior lentamente. Se quedó sin aliento por el placer que la recorrió y sintió que cada fibra de su ser necesitaba más. Dylan entró en su boca besándola intensamente mientras salía de su ser. Se aferró a su cuello inconscientemente temiendo perderle cuando entró de nuevo con fuerza. Fue tan increíble que gritó en su boca. Dylan se apartó —¿Te he hecho daño?

—¡No! ¡Más! ¡Más!

Él gruñó moviendo las caderas de nuevo con más fuerza una y otra vez, perdiendo el control, y Lama arañó su cuello cuando con un último empujón la lanzó a un abismo maravilloso.

Cuando recuperaron la respiración él apartó su cara y Lama abrió los ojos sonriendo agotada. —Esto cansa.

Él se echó a reír. —¿Estás relajada?

Lama besó suavemente sus labios. —Todavía no. Inténtalo de nuevo.

Dylan se despertó y frunció el ceño mirando al otro lado de la cama antes de levantar la cabeza para preguntar —Nena, ¿estás en el baño? —Se sentó de golpe al no escuchar respuesta y al mirar el reloj vio que eran las ocho de la mañana. —¡Joder! —Se levantó corriendo y se duchó en tiempo récord. Con la toalla en las caderas escogió la ropa y escuchó que llamaban a la puerta.

—¡Adelante!

Su asistenta entró en la habitación hecha un basilisco y le gritó —¿Ha visto el salón? ¿Y la cocina? ¿Y todo? —preguntó mirando con asco la habitación. — ¡Me despido!

Hizo una mueca. —Es su decisión. Le enviaré su cheque.

Kate parpadeó asombrada. —¿Me despide?

—No, se va usted —le dijo a la mujer que llevaba seis años con él—. Ahora mi vida ha cambiado. Tengo mujer, un hijo en camino y una suegra tocapelotas. Si no quiere quedarse, buen viaje.

—¿Me sube el sueldo?

Levantó una ceja. —¿Habla en serio?

—Son algo caóticas, pero la señora me cae bien. —Bajó la voz. —Venga, quinientos pavos.

—Pues entonces tendrá que quedarse una hora más.

Entrecerró los ojos. —Hecho. ¿Qué hago con lo del salón?

Suspiró cogiendo una camisa. —Déjelo así. Ya veré como la convengo de que no queda bien.

—Me parece que no va a ser fácil de convencer. Si viste como una hippy. Ayer la pillé cortando unos pantalones por el trasero.

Se tensó mirándola. —¿Cómo dice?

—Sí, me dijo algo de un programa de televisión.

Juró por lo bajo llevando su ropa hasta la cama. —Kate, me tengo que cambiar.

—Oh sí, claro. ¿Le hago el desayuno?

—Café, no tengo tiempo.

—Muy bien, señor.

Se vistió a toda prisa y al pasar ante la puerta de su suegra llamó y como no le contestaba, abrió la puerta para ver la cama hecha. Qué raro. Abrió la puerta de la habitación de Lama que también estaba vacía. Cuando llegó abajo entró en la cocina. —¿Lama y Cassa?

—No estaban cuando llegué, señor —dijo dándole la taza de café.

Empezaba a temer que lo del programa de televisión fuera verdad. Esperaba que no le gustara demasiado la experiencia y que se lo pensara para la próxima.

Entró en la sala de descanso a toda prisa y encendió la televisión mientras su grupo de estudiantes le miraba sin saber qué hacer porque aún no había repartido los casos.

—Doctor Xanthos, ¿qué...?

—¡Silencio! —Les miró asombrado. —¿Qué coño hacéis aquí? ¿No hay pacientes que visitar? ¡Cómo alguien falle en algún diagnóstico, vais a hacer guardias hasta Navidad!

Todos salieron corriendo chocándose los unos con los otros y él gruñó mirando el televisor con los brazos cruzados.

Un presentador sonrió mostrando su blanqueamiento dental y dio una palmada. —Hoy estrenamos una sección —Dylan gimió pasándose la mano por los ojos. —En la que todo el público podrá participar. —Los rumores corrieron por el salón. —Todos tienen un número bajo el asiento y nuestra azafata sacará dos números. Por favor muéstrenlos a la cámara. El público levantó el número que le correspondía y se veía que los números iban seguidos unos de otros. La azafata sacó dos números de una pecera de cristal y dos mujeres chillaron como si les hubiera tocado la lotería.

—Por favor, acérquense. —Se pusieron una a cada lado del presentador y una saludó a cámara con la mano. —¿Son de Nueva York?

—¡Yo soy de Michigan y he venido con mi hija! —dijo la de su derecha—. Cariño, salgo en la tele.

—Yo sí soy de aquí —dijo la otra casi dando saltitos de la emoción.

—¿Creen en las predicciones? ¿En que alguien puede leer su destino?

—Yo no creo en eso —dijo la de Nueva York casi con desprecio. Dylan se tensó.

—Pues yo sí creo. En el pueblo de mi madre había una bruja que leía el futuro.

—Hoy no vamos a leer el futuro porque eso no se puede comprobar, ¿no es cierto? Es más difícil predecir el pasado.

Una luz se iluminó y tras ellos apareció Lama con unos vaqueros cortísimos, descalza y con una blusa rosa fucsia con las mangas acampanadas. Le habían maquillado los ojos y su cabello negro, liso como una tabla, le llegaba al trasero brillando bajo los focos.

Ella sonrió. —¿Conocen a esa mujer? —Se miraron antes de negar con la cabeza. —¿La han visto alguna vez?

—No —dijo la de Nueva York.

El presentador se volvió hacia el público. —¿La conocen?

—No.

—¿Están dispuestas a que lea su pasado o tienen algo que ocultar?

Dylan gimió dejándose caer en el sillón ante la televisión. —Yo no tengo nada que ocultar —dijo la de Michigan sonriendo de oreja a oreja.

—Yo tampoco. —La de Nueva York se puso chula y por la mirada de Lama se dio cuenta de que ya la tenía enfilada. Pobre mujer, no sabía dónde se había metido.

—¡Muy bien, entonces les presento a Lama!

El público aplaudió mientras un ayudante llevaba a las mujeres a una mesa y Lama sonrió al público saludándoles con la mano mientras paseaba por el plató como si lo hubiera hecho toda la vida. —La madre que la parió. Que seguramente estará por ahí detrás...

Lama se sentó en su silla ante ellas y miró al presentador. —¿Qué quieres saber, Mark?

—¿Están casadas?

—Por favor, ¿me muestran sus manos?

Las mujeres pusieron las manos sobre la mesa. Una llevaba alianzas y la otra no. Todo el público se echó a reír y Lama levantó la mano acallándolos. Cogió la mano derecha de la neoyorkina y dijo —Tercer matrimonio. Y no será el último.

Dylan gimió apoyando los codos sobre las rodillas mientras la neoyorkina se tensaba. —Ya está pensando en divorciarse. De hecho, ya ha hablado con su abogado.

La mujer jadeó. —¡Menuda mentira!

Lama la miró sorprendida. —¿Ah, no? —Miró su mano de nuevo. —¿No se está acostando con su abogado?

El público se echó a reír cuando se puso como un tomate. Lama sonrió dulcemente antes de mirar a la de Michigan. —Un matrimonio y muy feliz. —Miró a la cámara. —Aunque su marido ronca tanto que casi no puede dormir. Caballero, busque ayuda.

El presentador se echó a reír al ver que la de Michigan asentía asombrada.

—¿Qué nos puedes decir de sus vidas? Algo que se pueda demostrar.

—Ella es decoradora. —Señaló a la de Nueva York. —Pero no ejerce. Y ella es contable. Muy apreciada en su empresa porque siempre está dispuesta a ayudar.

La mujer de Michigan sonrió. —Gracias, pero soy como todos.

Lama sonrió a la cámara. —Encima modesta.

—¿Y ocultan algún secreto inconfesable?

—Mark, si es inconfesable no van a decir que digo la verdad, ¿no crees?

El presentador se echó a reír. —Pues tienes razón.

—¿Puede decirme si mi hija me va a dar nietos pronto? —preguntó la de Michigan ansiosa. Se notaba que se había ganado su confianza.

Lama miró su mano y Dylan se tensó al ver que su sonrisa se congelaba. Se

tapó la boca nervioso y Lama levantó la vista. —Va a tener en total seis nietos.

La mujer pareció entender y forzó una sonrisa. —Gracias.

—¿Y yo? ¿Voy a tener hijos?

Miró la mano de la neoyorkina y asintió. —Tendrá una niña preciosa.

Morena. —La miró a los ojos. —Con el abogado y no tardará mucho.

—¿De verdad? —preguntó como si fuera lo que más deseara en la vida.

Lama asintió. —De verdad.

—¿Si descubre algo jugoso en sus vidas, serán sinceras y dirán que es cierto?

Ambas asintieron y les cogió las manos. Empezó con la neoyorkina. — Sufrió muchísimo con la muerte de su hermano cuando estaba en el instituto y ese hecho marcó su vida. —Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas asintiendo. —Se perdió durante un tiempo, pero el amor de su madre hizo que se diera cuenta de lo que era importante en la vida y regresó a casa. Siempre ha buscado el amor y hasta ahora no lo ha encontrado.

—¿Seré feliz?

—Será muy feliz. Ha llegado el momento de dejar de sufrir. —Asombrado vio como la mujer dejaba salir las lágrimas y le daba las gracias.

Lama miró a la de Michigan y Dylan sintió como se tensaba. No quería hacer aquello. Había visto algo malo en la mano de esa mujer. —Con cinco años se cayó a un lago y por poco se ahoga. —La mujer asintió. —Desde entonces le da miedo el agua. Le gusta la pastelería y una vez temió que su marido la engañara. Contrató un detective y todo. —El público se echó a reír. —Pero siempre le ha sido fiel —dijo mirándola a los ojos.

—Pues esto es todo por hoy, amigos. Ha sido muy conmovedor.

Las mujeres se acercaron a ella mientras el público aplaudía entusiasmado y ellas salieron de plano.

Apagó el televisor preocupado y salió de la sala. La llamaría en cuanto terminara la ronda.

Como tuvo una urgencia que se alargó en quirófano, al final llegó a casa a las seis para ver a Lama sentada en el sofá con la mirada perdida. Cerró la puerta preocupado. —Nena, iba a llamarte, pero tuve una urgencia y...

Ella forzó una sonrisa. —Da igual. ¿Qué tal el día?

Se sentó a su lado y la abrazó besándola en la sien. —Te he visto. —Lama se echó a llorar sobre su hombro y Dylan la abrazó con fuerza. —¿Tan malo era?

—¿Te diste cuenta?

—Sí, pero no creo que nadie que no te conozca se haya dado cuenta. No tendrá hijos, ¿verdad?

—Está enferma. —Dylan la abrazó a él. —No vivirá mucho tiempo.

—Joder, nena... No quiero que hagas esto más. No tienes por qué pasar por algo así.

—Creía que sería divertido. Lo he hecho millones de veces, pero es una mujer tan buena y va a sufrir tanto... Me ha dado mucha pena.

Él la apartó para mirarla a la cara y despejó el cabello negro de su rostro acariciándole las mejillas. —¿Qué hacías cuando te pasó otras veces? Porque estoy seguro de que ha sido así.

—Digo otras cosas que les impresionen, pero...

—Esta mujer te ha afectado más que las demás. —Asintió abrazándole de nuevo. —No quiero que te lleves estos disgustos. Estás embarazada y debes cuidarte.

—Pero me pagan muy bien. Me han ofrecido más tiempo.

Dylan se tensó. —Nena...

—Y quería fastidiarte. —Se le cortó el aliento apartándose para mirar sus preciosos ojos castaños. —Como no soportas que lea las manos... lo hice para fastidiarte.

—No me ha fastidiado.

—¡Venga ya! ¡No mientas!

Se echó a reír. —Lo he pasado mal por ti.

A Lama se le cortó el aliento. —¿De verdad?

—Sí. Y por eso no quiero que vuelvas. No tienes necesidad.

—¿Y qué voy a hacer todo el día?

—Después de tener el bebé hablaremos de eso, ¿quieres? ¿Recuerdas que es un embarazo de riesgo?

Bufó. —Entonces si leer las manos me agota, tampoco podremos hacer el amor.

—¿Y qué te estreses? Ah, no. —La besó en el cuello haciéndola reír. La cogió en brazos. —Ven a explicarme por qué has tenido que salir en pantalón corto. —Se detuvo en seco. —Por cierto, ¿dónde está tu madre?

—Se ha ido a Grecia.

La miró asombrado. —¿Qué?

Ella soltó una risita. —Va a vender la casa.

—Ah, ¿y cómo está el mercado inmobiliario en Atenas?

Le abrazó por el cuello. —Se venderá enseguida.

—Mierda.

—¿No te caerá mal mi madre?

—No, qué va. —La besó de nuevo en el cuello. —La voy a echar mucho de menos.

Capítulo 10

A partir de ahí su relación cambió y ella se sintió feliz. Plenamente feliz, porque le tenía solo para ella cuando no estaba trabajando. Por supuesto no volvió a la tele porque no le gustó la experiencia. No era lo mismo disimular algo malo ante millones de personas que solo ante la afectada. Así que pasaba los días en casa de Ninette, ayudándola con las trillizas que cada día estaban más preciosas. Su madre intentaba vender la casa lo más rápido posible, pero el mercado inmobiliario estaba algo revuelto y le iba a costar un poco más de lo que se esperaba. Dylan casi hizo fiesta cuando se enteró y le dijo que era lo mejor porque necesitaban estar un tiempo solos.

Salió de la cocina con el encendedor y prendió las velas que había puesto en el centro de la mesa. Se había comprado un vestido negro por encima de las rodillas que mostraba su espalda y había preparado una cena especial para celebrar su segundo mes juntos. Esperaba que se lo pidiera esa noche, porque cuando se levantaron por la mañana ella le había dicho que era su cumpleaños. No había momento mejor para una pedida de mano.

Impaciente se pasó las manos por el vestido antes de comprobar que el champán sin alcohol que estaba en la nevera estuviera frío. Escuchó el sonido de la puerta al abrirse y emocionada cogió la bandeja de los canapés yendo a su encuentro. Se quedó de piedra al ver a una mujer rubia de unos sesenta años que la miró de arriba abajo con horror.

—¿Quién es usted? —preguntó asombrada porque llevaba una maleta.

—¡Soy Louise Xanthos! —Tiró las llaves sobre el aparador de la entrada antes de cerrar la puerta con fuerza. —¿Y usted quién es?

—¡Soy la mujer de Dylan! —Sonrió radiante dejando la bandeja sobre la mesa. —¡Bienvenida! Me llamo Lama Keebler. —Soltó una risita. —De momento.

—¿Perdón?

Por su cara se dio cuenta de que no tenía ni idea y Lama se sonrojó. —Soy la mujer de Dylan y...

—¡Eso ya lo he entendido! ¡Recoge tus cosas y sal de esta casa de inmediato!

Eso sí que no se lo esperaba. Aunque tampoco pensaba que conocería a su suegra en esas circunstancias. —No me ha entendido. —Sonrió dulcemente. —Vivo con Dylan.

—Eso ya lo he entendido como ya te he dicho. Por eso te pido que te vayas de inmediato de esta casa. Me ha costado muchísimo que mi hijo salga adelante, para que todo vuelva a empezar de nuevo. ¡Largo de aquí!

Confundida negó con la cabeza. —Yo no me voy a ningún sitio, señora. Si quiere irse usted... y le pido por favor que baje la voz. No estoy acostumbrada a que me griten.

La mujer se cruzó de brazos. —Veo que no entiendes nada. ¿No te ha contado que se ha casado antes?

—No ha hecho falta. Ya lo sabía.

—Pues entonces no sé cómo puedes pensar que te quiere a ti cuando eres igual que su mujer.

—¡Yo no me parezco a esa en nada, señora!

—¿Ah, no? —Fue hasta el mueble del salón y sacó un álbum de cuero negro, abriéndolo en una hoja cualquiera. Lo giró y Lama se quedó de piedra al ver a una mujer morena de pelo largo que sonreía a la cámara con una dulce sonrisa en los labios. Impresionada se acercó lentamente viendo que hasta tenía los ojos castaños. —¿Ves? ¡Sois idénticas! ¡Esto va a acabar mal y quiero que te vayas de inmediato!

Los ojos de Lama pasaron la hoja para ver una foto de boda. Ella estaba

preciosa con un vestido de corte princesa y su cabello recogido con unas trenzas en un moño en la nuca. Pasó las hojas sintiendo que se ahogaba. En la luna de miel, en Navidades... parecían el matrimonio ideal Pero cuando llegó a la última foto la miró asombrada porque era la mujer de Dylan de costado en una fiesta acariciando de perfil su enorme vientre. Pálida miró a Louise. —No tuvieron hijos.

—Claro que no, porque ella se mató antes.

—Dios mío. —Sin aliento sintió que sus piernas no le respondían y se tuvo que sentar en el sofá.

—¿Ahora lo entiendes? Eres una sustituta. Así que lo mejor para todos es que te vayas de inmediato. ¡Ya lo ha pasado muy mal! ¡Debes irte, por favor!

Sin escucharla recordó a la enfermera rubia y su rechazo en cuanto la había visto por primera vez. Se negaba a tener una relación con ella por su parecido con su primera esposa no por todo lo demás. Pero se había quedado embarazada y todo había cambiado. Antes no hubiera movido un dedo, pero el bebé sí que lo había cambiado todo. Seguramente porque después de perder el niño y de echarse la culpa por llegar tarde para salvarle, necesitaba a ese bebé más que a nada en el mundo. Sintió que se le rompía el corazón y agachó la mirada para ver a esa mujer de perfil sonriendo a la cámara. Era obvio que como decía Louise era una sustituta. Intentó contener el dolor, pero las lágrimas corrían por sus mejillas y varias cayeron sobre el rostro de esa mujer. Cerró el álbum de golpe y se levantó para guardarlo en su sitio mientras su suegra la miraba asombrada.

—¿Qué haces?

—Mire, puede que sea una sustituta, pero soy yo la que está aquí ahora y me quedo porque yo sí voy a luchar porque me quiera. ¡Y por compartir una vida juntos! ¡No tiene derecho a intervenir en su vida como lo ha hecho!

—Nunca te lo hubiera contado. ¡Y yo tengo que proteger a mi hijo! ¡Ese es mi deber!

—¡Y mi deber como su mujer es proteger a mi familia! —La señaló con el

dedo. —¡Se lo advierto, vuelva a intentar boicotear esta relación y se tendrá que enfrentar a mí! ¿Me ha entendido?

Jadeó indignada. —¡Eres una estúpida! ¡Cuando se dé cuenta de que no eres como ella, te pegará una patada en el culo fuera de esta casa!

—¡Gracias a Dios que no soy como Laura, porque yo jamás haría lo que ella hizo!

La puerta se abrió y Dylan miró asombrado a su madre. —¿Qué haces aquí?

—Te noté raro por teléfono y decidí venir. —Levantó la barbilla. —Y ahora sé la razón.

Dylan miró a Lama asustado y se acercó de inmediato. —Nena, ¿por qué lloras? ¿Estás bien? ¿Estabais discutiendo?

—Es que me he emocionado con la llegada de tu madre. —Forzó una sonrisa.

—¡Oh, déjate de rollos! ¡Le he contado la verdad!

Lama clavó sus ojos en ella. —No deberías haber dicho eso.

—¿Qué verdad? ¿Qué ocurre? —Dylan palideció al ver la expresión de su madre. —Mamá, ¿qué has hecho?

—¡Abrirle los ojos!

Lama se tensó y cogió a Louise del brazo tirando de ella hacia la puerta. Louise empezó a chillar que la soltara, pero ella no se cortó en tirar de ella hacia la salida.

—Lama, ¿qué haces? Déjala.

—¡Ésta quiere venir a fastidiar y no voy a consentirlo!

Louise demostrando tener más fuerza de lo que pensaba, la empujó con fuerza contra el aparador provocando que cayera al suelo. —¡Mamá, está embarazada! —Lama palideció porque no había dicho que no le hiciera daño sino que temía por el bebé. Dylan se acercó de inmediato preocupado. —¿Estás bien? ¿Te duele algo?

Su suegra se echó a llorar. —¿Qué has hecho Dylan? ¿Es que te has vuelto loco?

—¡Cállate, mamá! —Apartó el cabello de su cara cogiéndola por las mejillas. —¿Te duele algo?

—Estoy bien. —Miles de pensamientos acudieron a su mente. De él gritándole que no quería volver a verla, de él haciéndole el amor, de lo cariñoso que había sido durante ese tiempo y el miedo la invadió. Miedo a que no la quisiera nunca. —Creo que me voy a acostar.

Se levantó, aunque él le dijo —Nena, siéntate. Voy a reconocerte y...

—Estoy bien. —Fue hacia las escaleras sintiendo que sus piernas no la sostenían y la ansiedad la envolvió haciendo que se desmayara sobre ellas antes de que nadie pudiera evitarlo.

Le dolía la frente y se llevó la mano allí gimiendo. Tenía una gasa pegada y frunció el ceño abriendo los ojos. Dylan estaba sentado a su lado. Se había quedado dormido y asustada porque se dio cuenta de que estaba en el hospital, alargó la mano tocándole en el hombro. Se sobresaltó levantándose y se acercó a ella preocupado. —Nena, ¿te duele la cabeza? ¿Cómo estás?

—¿Qué hago aquí?

Acarició su cabello. —Te desmayaste y al llegar al hospital vi que habías manchado un poco. —Le miró asustada. —Te quedarás hoy en observación y a partir de mañana tendrás que llevar reposo absoluto hasta el final del embarazo.

—¿Qué? Pero si estoy bien. Me siento bien.

—Tu madre me dijo que no puedes ver cómo se encuentran tus familiares o cómo se encontrarán. ¿Eso es cierto?

—Sí. Pero sé que iba a tener hijos y...

—Eso no nos garantiza que sea éste el hijo que tengas, cielo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y él la besó en la frente. —No te preocupes. Te he hecho una ecografía y está bien. Pero para evitar problemas no te levantarás de la cama el resto del embarazo.

—No sé si podré soportarlo.

—Joder, nena. Lo siento. Sé que será duro, pero estás de cuatro meses y no podemos arriesgarnos. Como tú no ves lo que le va a ocurrir, yo tomaré la decisión. ¿Estás de acuerdo? —Asintió porque no tenía más remedio y él besó suavemente sus labios. —Siento lo que ha ocurrido con mi madre. Está muy arrepentida.

Le miró a los ojos. —¿Por eso no querías nada conmigo? ¿Porque me parezco a ella?

Él suspiró sentándose a su lado y le cogió la mano. —Cuando entré en la habitación de Ninette y te vi, me di cuenta del parecido, pero sois totalmente distintas. Tus ojos son almendrados, tu cabello es más oscuro y tus labios son mucho más gruesos que los de Laura. Pero ahí no acaba todo, tu carácter es totalmente opuesto. —Sonrió apretando su mano. —Debo reconocer que no quería una relación ni contigo ni con nadie. Pero cuando te apuñalaron casi me muero de la impresión y más al llegar al quirófano para encontrarte en parada. Me desesperé para sacarte adelante y dejé ese ovario cuando cualquier otro lo hubiera extirpado. —Una lágrima corrió por su sien viendo que era sincero. —Me enfurecí contigo cuando me dijiste que Laura no me quería. Me sentí un estúpido y que supieras detalles de nuestra vida, que yo no le había contado a nadie, me asustó.

—Lo siento.

—Eh... —Le acarició la mejilla. —Hiciste bien. El idiota fui yo. Por eso salí corriendo y me negaba a volver a verte, ni siquiera para pedirte disculpas por cómo me comporté contigo. Casi me muero del susto al enterarme de que estabas embarazada. Entonces me di cuenta de que lo que me habías contado era cierto, porque ahí estaba nuestro hijo para demostrar que estás segura de lo que predices. Fue ahí cuando fui consciente de que no me habías mentido y de que me había comportado como un gilipollas. Te juro que cuando conseguí que no te fueras en ese avión, me sentí muy feliz y más aún cuando os convencí de que vinierais a casa, porque así tendría la oportunidad de arreglarlo. No pensé en Laura desde que me enteré de ese embarazo, porque desde ese instante solo

estamos tú y yo.

—¿Me lo juras? —preguntó emocionada.

Dylan sonrió. —Te lo juro. Y para demostrarte que eres la única mujer de mi vida... —Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un anillo que le puso en el dedo mirándola a los ojos. —¿Te casarás conmigo, preciosa?

Insegura miró su mano viendo un precioso anillo de diamantes en forma de estrella. —Una estrella.

—Como los pendientes de madera que llevabas el día en que nos conocimos —dijo divertido.

—Es precioso. Nunca había tenido algo tan bonito.

—¿Y algo que signifique tanto?

Miró sus ojos verdes. —No. No había tenido nada que signifique tanto.

—Dime que me quieres, preciosa. Dime que te casarás conmigo. —Parecía desesperado y ella forzó una sonrisa mientras besaba su mano. —¿Lama?

—Te quiero —susurró—. Te quiero más que a nada. —Dylan sonrió. —Pero no puedo casarme contigo.

Dylan se tensó enderezando la espalda. —Ya te he explicado...

—Me lo has explicado todo y lo entiendo. Pero necesito que mi marido piense en mí por encima de todo y tú no lo has hecho. No estoy segura de tus sentimientos hacia mí porque ni siquiera me has dicho si me amas. No me casaré contigo hasta que esté segura de ello.

Él se levantó de la cama mirándola incrédulo. —Lama, ¿pero qué dices? ¡Te he demostrado que me importas!

Nerviosa le miró a los ojos sintiendo que su corazón se retorció porque no era capaz de decirle que la amaba. —Eso no es lo mismo que amar por encima de uno mismo.

—Entonces tú tampoco me quieres —dijo muy serio—. Porque si pensaras en mis sentimientos, ahora no me rechazarías.

—Lo hago por los dos. Como ha dicho tu madre, todo esto es una locura. Antes de dar un paso tan importante como el matrimonio, debemos descubrir si

es realmente lo que queremos.

—¡Es lo que quiero! ¡Sino no te lo hubiera pedido, joder!

—Me lo has pedido porque te sientes mal por lo que ha pasado. Porque al ocultarme lo de Laura, me has hecho daño de nuevo y lo sabes. No porque me quieras. Y esa no es la base de un matrimonio. —Apartó la mirada. —¿Puedes irte a casa? Me gustaría estar sola.

—Esto es la leche. ¿Me acusas de no tener las ideas claras al pedirte matrimonio y me dices que no por eso? ¿Y ahora me echas de la habitación?

—¿Qué quieres que haga? ¿Cierro los ojos y digo que sí para que te quedes contento? —gritó perdiendo los nervios—. ¡Disculpa si tengo dudas después de todo lo que ha ocurrido! Pregúntate de quién es la culpa de que no pueda decirte que sí.

—¡No, si al final tengo la culpa de todo! ¡Está claro que lo del matrimonio no es buena idea si tienes tan buen concepto de mí! —Salió de la habitación hecho una furia y Lama se echó a llorar girándose para taparse la cara con las manos, intentando sofocar los sollozos, sabiendo que había tomado la decisión correcta si se iba de la habitación en un momento así. Si la amara como ella quería, la hubiera abrazado diciéndole que era lo más importante para él y que siempre estaría a su lado. Que esperaría lo que hiciera falta a que estuviera segura de que la amaba. Pero se había ido y Lama sintió que Laura siempre estaría entre ellos.

Cuando le dieron la cena casi no la probó del disgusto y diez minutos después de que le recogieran la bandeja, apareció Dylan con ganas de guerra con la bata de médico puesta, lo que indicaba que estaba trabajando. Se veía a la legua que quería discutir. —¿Se puede saber por qué no has cenado?

—No tenía hambre. —Cambió el canal de la tele decidida a no entrar al trapo.

—Tienes que comer. Ya habíamos hablado de eso. Estás baja de peso y debes

llevar una alimentación equilibrada, ya que te pasarás mucho tiempo en la cama.

—Pues esta noche no he cenado lo que me ha recomendado el médico. A ver si mañana me pongo las pilas.

—Muy graciosa. —Le arrebató el mando y apagó la tele. —A dormir.

—¿Es una orden?

—¡Sí! —le gritó a la cara.

Entrecerró los ojos. —A mí no me grites.

—¿O qué?

—Uy... tú quieres guerra y si la quieres, la vas a tener. ¡Estoy harta de tus tonterías!

—¡Más harto estoy yo! ¡A dormir!

—No me da la gana. ¡No soy una niña!

Entrecerró los ojos. —Por las buenas o por las malas vas a dormir.

—¡Qué te den!

Salió de la habitación y Lama se preguntó qué haría. La respuesta llegó dos minutos después cuando entraron en la habitación dos sanitarios y la cogieron por los brazos impidiendo que se moviera. Asombrada gritó —¿Qué coño hacen?

Una enfermera entró con una jeringuilla en la mano y antes de darse cuenta la había inyectado. La miró atónita. —Está loco —susurró cuando la soltaron.

La enfermera sonrió de oreja a oreja. —Dulces sueños. Esto la relajará, ya verá.

Sus párpados se fueron cerrando poco a poco, aunque intentaba evitarlo y suspiró dejándose llevar por el sueño.

Las sábanas se apartaron y somnolienta sintió como la cogían en brazos. Medio adormilada vio las luces de la ciudad a través de la ventanilla sabiendo que estaba en un coche y suspiró cuando la tumbaron de nuevo cubriéndola con las mantas.

La siguiente vez que abrió los ojos estaba en la habitación de Dylan y se escuchaba el sonido de la ducha. Le dolía la cabeza y se sentó en la cama con esfuerzo mirando a su alrededor atontada hasta que recordó todo lo que había pasado. ¡La había drogado! ¡Sería capullo!

Le vio entrar en el vestidor totalmente desnudo y elegir la ropa. Debió darse cuenta de que estaba despierta porque dijo —Preciosa, ¿quieres ir al baño? Puedes ir. Mientras no camines demasiado...

Apartó las mantas furiosa y al ponerse de pie se tambaleó. Dylan tiró el traje que tenía en la mano sobre la cama antes de cogerla por la cintura. —¿Estás bien?

—¿Qué me has dado?

—Algo para que descansaras. Al parecer te doy demasiados disgustos y no quería que le dieras vueltas una y otra vez. —La cogió en brazos llevándola hasta el baño poniéndola de pie ante la taza del wáter. —¿Puedes sola o...?

—¡Lárgate!

Él levantó las manos en son de paz. —Lo que ordene la princesa.

Salió del baño cerrando la puerta y con ganas de matar a alguien usó el baño. Se quitó el camisón del hospital y apoyándose en los azulejos abrió el agua de la ducha. Le extrañó que no entrara, pero se dijo que al menos así podía ducharse tranquila. Salió con la toalla alrededor del cuerpo sintiéndose mucho más despejada y se quedó helada al ver que se había ido. Miró la cama vacía donde estaba la toalla tirada.

—Éste no sabe con quién está tratando —siseó antes de entrar en su vestidor y coger una camiseta. Después de ponérsela fue hasta el piso de abajo para buscar su móvil en el salón y no salió de su asombro al ver a su suegra desayunando tranquilamente.

Louise enderezó la espalda forzando una sonrisa. —¿Te encuentras mejor?

—¡Qué le den, señora! —gritó antes de ir hacia la cocina donde Kate tenía una bandeja preparada—. ¿Has visto mi móvil?

—Se lo iba a subir porque el señor dice que no puede levantarse de la cama.

—Se lo tendió y la observó marcar. —¿No debería sentarse?

—Oh, si me voy a sentar todo el día. Por unos minutos no pasa nada —dijo con el teléfono al oído—. ¡Mamá! —Kate gimió. —¡Tienes que venir de inmediato! Los Xanthos me han declarado la guerra. —Salió de la cocina y al pasar al lado de su suegra siseó —Te vas a cagar, bruja.

Louise jadeó ofendida viéndola subir las escaleras gritando —¡Me ha drogado, mamá! ¡Ya no le reconozco! ¡Desde que ha llegado su madre y me he enterado de la verdad, está como antes! —Se echó a llorar por el pasillo. —¿Qué verdad? Espera que te cuento. ¡No te lo vas a creer!

Capítulo 11

Sentada en la cama con un libro de sudokus en la mano, juró por lo bajo al ver que había puesto un dos en el mismo recuadro dos veces. Bufó tirándolo sobre la cama. No podía concentrarse. Miró el reloj de encima de la mesilla y casi lo estampa contra la pared al ver que era la una de la mañana. Perfecto. Aquello era perfecto.

Ni siquiera la había llamado en todo el día para interesarse en si estaba bien. Decidió ir a por un vaso de leche y apartó las sábanas. Estaba caminando por el pasillo cuando escuchó susurros y al pasar por delante de la habitación de su suegra, que era la de al lado, pegó la oreja para escuchar —Sí, sí. ¿A que es increíble? No me lo podía creer cuando la vi. Y embarazada. Y eso no es lo peor. Es una pitonisa. Lee el futuro. —Escuchó una risa. —Sí, muy buena no puede ser porque no sabía de la misa la mitad.

Se tensó con ganas de tirar la puerta abajo y decidió apartarse. La culpa era suya por no insistirle a Dylan en leerle la mano de nuevo. La vez anterior solo vio ese episodio que marcó su vida y no pudo mirar con profundidad.

Bajó las escaleras y chasqueó la lengua al verle durmiendo en el sofá con la botella de whisky ante él. Parecía agotado y no le extrañaba nada porque el día anterior no debía haber dormido mucho. Le iba a doler el cuello al día siguiente. Que se fastidiara. Entró en la cocina y se sirvió la leche. La bebió tranquilamente antes de regresar a la cama. Chasqueó la lengua porque no podía consentir que al día siguiente tuviera una torticollis, así que se acercó. Sonrió observando su perfil antes de arrearle un tortazo. Dylan se sentó de golpe con los ojos como platos. —A la cama.

—¿Nena...? —preguntó confundido.

Subió las escaleras y le escuchó gemir levantándose. —Esto te pasa por no haber sido más dura con él. Le perdonaste enseguida la otra vez. No se había arrastrado lo suficiente como para perdonarle. Eso no va a volver a pasar. Vaya que no.

Se metió en la cama y apagó la luz. Cinco minutos después él entraba en la habitación quitándose la camisa, pero ella simuló que tenía los ojos cerrados. Cuando se tumbó a su lado, le escuchó suspirar como si estuviera agotado y cuando ya estaba relajado, Lama se sentó en la cama encendiendo la luz. —¿Dónde has estado?

—Trabajando. ¿Dónde voy a estar? —Se dio la vuelta dándole la espalda y eso la puso frenética.

—¿Con la rubia?

La miró sobre su hombro. —¡Te aseguro que después de estar contigo, lo que menos quiero es liarme con otra! ¡Se me han quitado las ganas de por vida!

—Muy gracioso. Por cierto, ahí tienes tu anillo.

El vio el anillo sobre su mesilla al lado del despertador. —Pues muy bien. A ver si puedo devolverlo.

—Y como no nos vamos a casar y no vamos a tener sexo porque tengo que estar en reposo, creo que deberías irte a otro sitio a dormir.

—¡Perdona, pero esta es mi cama!

—Oh, tienes razón.

Se levantó yendo hacia la puerta y él se sentó asombrado. —¿A dónde vas?

—Solo vivo en esta casa por el bebé, ya que es lo único que te importa de verdad. Así que es mejor que duerma en mi antigua habitación.

—No me importa solo el bebé. ¡Nena, vuelve a la cama!

—¡Sí, ya he visto lo que te importo cuando ni siquiera me has llamado en todo el día! —Dolida salió de la habitación dando un portazo y gritó a su suegra —¡Ya puede llamar de nuevo a su hermana para ponerme verde, bruja! ¡Mañana el siguiente capítulo!

Se tumbó en su antigua cama sintiendo frío y se cubrió con las mantas hasta la barbilla mirando hacia la ventana. No se podía creer que hubiera dejado que se fuera de la cama. Estaba claro que la brecha entre ellos era más grande por momentos y sintió terror a que jamás le dijera que la amaba.

La despertó Kate al abrir la puerta con la bandeja del desayuno en la mano.
—Buenos días —la saludó con una sonrisa.

—Buenos días —dijo con la voz rasposa de tanto llorar la noche anterior.

—Me ha dicho el señor que vendrá al mediodía para reconocerla.

A eso habían llegado, a hablar a través del servicio. —¿Ha llamado mi madre?

—No. —Vio como cogía una tostada sin ninguna gana y se la metía en la boca sin ponerle mantequilla siquiera. —Ha llamado su amiga Ninette porque ayer no supo nada de usted. Le he contado lo que ha ocurrido y me ha dicho que se pasará a lo largo de la mañana.

—No debías preocuparla.

—Ya estaba preocupada.

—Estoy bien.

La mirada de Kate le dijo que no estaba bien en absoluto, pero la mujer no dijo palabra enfadándose con su señor por comportarse así con ella.

—¿Puedes traer mi ropa del vestidor y colocarla en el armario? —preguntó agachando la mirada.

—Claro que sí. Enseguida lo hago.

Se obligó a desayunar y cuando Kate regresó apretó los labios al ver que solo se había comido una tostada y la fruta. La escuchó en la ducha y colocó la ropa. Estaba guardando unos jerséis cuando escuchó el timbre de la puerta y corrió hacia el piso inferior para ver a una mujer rubia muy guapa. —¿Vive aquí Lama?

—Oh, sí. Pase, pase. Usted debe ser Ninette.

—Sí, esa soy yo —dijo quitándose el abrigo y dándoselo—. ¿Está arriba?

—Se está duchando.

—¿Cómo ha pasado la noche? ¿Todo va bien? ¿Ha sangrado de nuevo?

—No, pero...

Ninette frunció el ceño. —¿Pero qué?

—Se lo digo a usted porque sé que son buenas amigas. Pero ella se ha ido del dormitorio. —Ninette jadeó llevándose la mano al pecho. —Ha llegado la madre del señor y por lo que he oído, le dijo algo a la señora Lama que la descompuso. Algo de la antigua señora que le hizo mucho daño.

—¿El qué?

Kate miró hacia arriba y corrió hasta un mueble del salón. —Le enseñó esto.

Ninette se acercó y cuando vio la foto de boda de Dylan se llevó la mano al pecho. —No.

—Y tengo entendido que él le pidió matrimonio en el hospital, pero ella le dijo que no.

—Pobrecita —dijo preocupada.

—Se pasa todo el día en la cama sola. Ayer ni la llamó. Pero sí que llamó a la bruja de su madre.

Ninette apretó los labios. —Voy a ver qué me cuenta ella.

—No deje que se vaya —dijo asustada.

—¿Por qué?

—Si se va, todo será peor. Cree que la quiere solo por el bebé, pero yo sé que no es así.

—Claro que no.

—El señor nunca ha sido tan feliz.

—¿Y entonces por qué hace esto? —preguntó interesada.

—Creo que no se esperaba que ella le dijera que no. Pero yo entiendo las dudas de mi señora, claro que sí.

—Es que esas fotos...

—La culpa es de la madre que se ha tenido que meter donde no la llamaba nadie.

En ese momento una mujer empezó a bajar las escaleras y sonrió a Ninette.
—Buenos días.

—¿Es esa? —preguntó Ninette en un susurro.

—Sí.

Ninette sonrió. —Usted debe ser la madre de Dylan.

—Sí, soy yo. ¿Y usted es?

—Ninette Thatcher. La mejor amiga de Lama.

—Oh... —La mujer perdió la sonrisa llegando hasta ella. —No se puede levantar de la cama.

—Por eso he venido yo. ¿Cómo se encuentra? —preguntó agradablemente.

La mujer se sonrojó. —Pues hoy no la he visto. No he querido molestarla.

—Claro, ya la ha molestado bastante.

—¿Perdón?

—Nada... —Pasó ante ella como si estuviera en su casa y le preguntó a Kate

—¿Y Cassa?

—Estará al llegar, señora. —Sonrió mirando a Louise con malicia.

—¿Quién es Cassa?

—Oh, ya la conocerá. Tengo la sensación de que se van a llevar muy bien.

Sonrió de oreja a oreja. —¿De verdad?

—Sí, señora. ¿Quiere un café?

—Sí, creo que un café me sentará estupendamente.

Ninette entró en la habitación para ver a su amiga desnuda cogiendo una camiseta del armario. Apretó los labios al ver la cicatriz del vientre, que demostraba que tenía un corazón de oro. —Hola.

Se volvió sorprendida. —¿Ya estás aquí? —Ninette se tensó al ver sus ojeras y sus ojos rojos. —Estoy bien.

—No, no lo estás. Vamos, túmbate.

Se puso la camiseta y fue hasta el baño para coger el cepillo. Regresó hasta

la cama y empezó a cepillarse el cabello con la mirada perdida. —¿Qué está pasando, Lama? ¿Cómo habéis llegado a esta situación?

Sonrió con tristeza. —Es lo que pasa cuando una se queda embarazada de un hombre que no te quiere. Que la situación termina estallando por cualquier sitio.

Se sentó a su lado. —Claro que te quiere.

—¿Sabes que no quería tener nada conmigo porque me parezco a su mujer muerta? —Ninette tragó saliva al ver su dolor. —Y al enterarse de que estaba embarazada cambió de opinión sobre hacerme un hueco en su vida. Es así de simple.

—¿Te ha dicho que no te quiere?

—Lo ha demostrado, que es aún peor. No me llama, ayer me quise cambiar de habitación y le dio igual... —Se encogió de hombros. —Vamos, que todo va como la seda.

Ninette sonrió. —Le rechazaste.

—Después de lo que había pasado no podía pensar en serio que le iba a decir que me casaba con él. No puedo casarme con un hombre del que tengo dudas.

—Y él lo ha empeorado todo al enfadarse.

—Exacto. —Reprimió las lágrimas pasándose el cepillo por el cabello. —Paso de querer vengarme, a querer perderle de vista para siempre en minutos. De la furia a la pena. Estoy harta de sentirme así desde que le conozco.

—Tuvisteis dos meses estupendos.

—¿Porque no me dijo la verdad!

—Igual no quería que pensaras que no la había olvidado.

—Pues ahora sí que lo pienso. —Dejó el cepillo sobre el colchón. —Ayer tuve una pesadilla.

Ninette susurró —Cuéntamela.

—Soñé que era yo la que estaba en esa bañera y él entraba en el baño. Que asustado me sacaba de la bañera y sacaba el botiquín de debajo del lavabo. Cogió el bisturí y sacó al bebé que se echó a llorar con fuerza. Salió del baño con él en los brazos y cerraba la puerta sin mirar atrás.

—Dios mío, Lama. Tú no eres ella y Dylan jamás haría algo así. ¡Tú no harías algo así!

Se echó a llorar. —Creo que me estoy volviendo loca. Dudo de todo.

Ninette la abrazó con fuerza y vio que la madre de Dylan pálida las miraba desde la puerta. Dio un paso atrás alejándose y Ninette susurró —Deberías venirte a casa. Allí estarás cuidada y rodeada de gente que te quiere.

La miró asustada y negó con la cabeza. —Si me voy, le perderé para siempre.

—Tú diste el paso al irte de la habitación. Si haces las cosas, debes hacerlas bien. ¿Dónde está la Lama que conocí en Atenas y que estaba llena de vida? ¿La que parecía que no le tenía miedo a nada? ¿La que haría morder el polvo a cualquier capullo que le hiciera daño?

—No lo sé —susurró casi sin poder creérselo—. No me reconozco.

—¿Qué hubiera hecho la Lama de hace seis meses después de descubrir el álbum de fotos?

Lama frunció el ceño. —¿Con quién has hablado? Te lo ha chivado todo.

—¿Qué hubieras hecho, Lama?

—Le hubiera metido una patada en las pelotas y me hubiera ido de casa.

—Exacto.

Entrecerró los ojos mirando la decisión en el rostro de su amiga. —Tenía que haberme ido a Grecia.

—¿Por qué? Le diste una oportunidad al hombre que querías. Yo también lo hice. Perdonar a la persona que amas no es malo. Lo malo es no saber siquiera si esa persona te ama. ¿Lo sabes, Lama?

Negó con la cabeza. —No me ama. Yo nunca le hubiera ignorado así.

—Por eso nos vamos a ir. Creo que una separación os vendrá estupendamente para que ambos penséis en lo que queréis.

—¿Tú crees?

Ninette asintió y fue hasta el armario. —Vamos, vístete. Nos largamos de aquí.

Estaba vestida con los vaqueros de costumbre y un jersey rojo cuando vieron

que se abría la puerta. Se echó a llorar al ver a su madre y se levantó de la cama para abrazarla con fuerza. —Estás aquí.

—Claro que sí, mi vida. Cogí el primer avión que pude. —Miró a Ninette a los ojos y vio que metía su ropa en una bolsa. —Kate me ha puesto al día. Al menos de lo que sabía.

Kate pasó ante la habitación seguramente para ver de qué se enteraba y se detuvo en seco al verla vestida. —No puede irse. Señora, piénselo bien...

Cassa cogió a su hija por los hombros y la sacó de la habitación. Ninette las siguió en silencio y apretó los labios al ver a Louise sentada en el sofá con una revista de modas en la mano. Se levantó de golpe sorprendida. —No deberías andar.

Su madre se tensó con fuerza y soltó a su hija yendo hacia ella. Sonrió encantada. —Usted debe ser mi consuegra. Cassa, un placer.

—¿Mi consuegra? —La miró asombrada de arriba abajo porque Cassa aparentaba veinte años menos que ella.

—Sí, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro —dijo acercándose a ella con interés.

Su madre le pegó un puñetazo que la tiró sobre el sofá. —Vaya, se me ha olvidado. Pero lo que sí que he recordado es que tenía unas ganas enormes de partirte la cara. ¡Vuelve a tocar a mi hija y te despellejo, zorra!

Kate sonrió desde las escaleras mientras las tres salían del piso.

Cuando Lisbeth y Ronelle vieron llegar por la ventana de la cocina a Ninette con Cassa y Lama que estaba totalmente descompuesta, se miraron y Lisbeth dijo —Este tío es tonto.

—Prepara sus habitaciones. La de Lama lejos de las niñas, que tiene que descansar.

—Sí, señora. —Se fue refunfuñando por lo bajo lo estúpidos que podían llegar a ser los hombres. Y eso que el suyo era un santo.

Ronelle suspiró yendo hacia el hall y Lama se acercó a ella en silencio antes de abrazarla con fuerza. —Ven, niña. Siéntate en el sofá mientras Lisbeth arregla tu habitación.

—Voy a ayudarla —dijo Cassa subiendo las escaleras.

—Yo voy a preparar un té. ¿Os apetece? —preguntó Ninette.

—No, gracias —susurró sentándose en el sofá mientras Ronelle lo hacía a su lado dejando el bastón a un lado. Vio como pasaba las manos por los ojos como si no quisiera llorar de nuevo y Ronelle le cogió el brazo para que la mirara.

—¿Cómo te encuentras?

—Dios, ¿ahora qué voy a hacer?

—Lo descubrirás en cuanto te tomes un tiempo. A veces la solución surge de la forma más sencilla. No te preocupes, que en tu estado no es lo mejor.

Llamaron a la puerta repetidas veces y Ronelle apretó los labios. —Ahí está tu hombre pidiendo explicaciones, supongo.

Vieron que Cassa corría hacia la puerta y escucharon —¿Qué coño haces tú en Nueva York? ¡Ahora lo entiendo todo!

—No grites, por favor. Las niñas están durmiendo.

—¿Está aquí?

—Por supuesto que está aquí. Quien no deberías estar aquí eres tú.

No le sorprendió verle entrar en el salón y cuando la vio suspiró del alivio.
—Nena, ¿qué haces?

—Te ha dejado —dijo Cassa tras él cruzándose de brazos.

—Eso ya lo veo, señora. Y no se meta donde nadie le llama.

—Me ha llamado mi hija.

Dylan se agachó ante ella que miraba el suelo pálida. —Nena, vamos a casa. Sé que teníamos que haber hablado de esto, pero no quería empeorar las cosas.

—No funciona.

La miró sorprendido. —Claro que funciona. ¿No hemos pasado dos meses estupendos? Sin nadie que nos molestara. Solos tú y yo.

Levantó la vista hasta sus ojos. —Y Laura. No olvides a Laura.

Dylan palideció. —Ella no ha estado entre nosotros.

—No mientas, por favor. Reconociste que no querías tener nada conmigo por ella. ¡Y quisiste estar conmigo por el hijo que ella no pudo darte! —Dylan perdió todo el color de la cara mientras sus ojos castaños se llenaban de lágrimas. —¿No fue así? ¡Si no fuera porque voy a tener a tu hijo ni te hubiera preocupado si me hubiera largado a Atenas! Solo le quieres a él, así que no hace falta que finjas interés por mí.

—No, cielo. Claro que me importas.

—Te importo tanto, que ayer dejaste que durmiera sola después de no haberme llamado en todo el día. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas y él intentó coger su mano. —¡No me toques!

—Dylan, creo que deberías irte. La estás alterando y creo que eso no es bueno para el bebé —dijo Ronelle preocupada por su estado.

Cassa se acercó a su hija y la cogió por los hombros. —Vamos, cielo. Es hora de que te acuestes un rato.

Dylan cogió sus manos impidiendo que se levantara. —Sé que he cometido errores, preciosa. Un montón desde que te conozco, pero te juro que sí que me importas. Me importas mucho. No me dejes.

Ella apartó sus manos levantándose. —No puedo volver contigo hasta que ella desaparezca de tu vida y solo te importe compartir la mía. —Se alejó de él. —No te preocupes por el bebé. Me cuidaré.

—Lama... ¿Puedo venir a verte mañana?

—Será mejor que no —dijo dolida porque de nuevo no le había dicho que la quería.

—Vendré.

Sin mirarle empezó a subir las escaleras y Ninette la abrazó llevándola hasta su habitación. Ni se dio cuenta en qué habitación entró, solo que la ayudaban a desvestirse y meterse en la cama. Fue como si todo aquello le pasara factura de golpe porque se sintió agotada. Mientras su madre le cantaba en susurros acariciando su espalda, se quedó dormida.

Capítulo 12

Al día siguiente sentada a oscuras en la cama, se abrazaba las piernas escuchando el llanto de uno de los bebés y como Kirk consolaba a la niña en el pasillo intentando no molestar a las demás. Sonrió porque era un padre maravilloso y se preguntó si Dylan sería tan buen padre. Seguramente sí.

Miró alrededor viendo el contorno de los muebles por la luz del amanecer que empezaba a filtrarse por la ventana. No podían quedarse allí. Ella era más una molestia que una ayuda con las niñas. No era justo que invadieran la casa de Kirk de esa manera. Y tendrían que buscar trabajo. ¿Pero cómo iba a trabajar si debía guardar reposo? Bueno, su madre encontraría la solución como lo había hecho siempre.

Era una pena que Rita hubiera alquilado el apartamento, pero sabía que sería para bien. Podía empezar a buscar por internet. Era lo único que podía hacer...

Se pasó prácticamente todo el día mirando en el portátil de Ninette alquileres en Brooklyn, porque Manhattan era prohibitivo.

Ninette pasó por el pasillo con una de las niñas en brazos y ella sonrió desde la cama. —Déjamela.

—No deberías cogerla

—La apoyaré en las piernas. —Cuando la vio sonrió porque era Abby. —Oh, pero si es mi ahijada querida que está tan guapa que quita el aliento. Vas a ser una rompecorazones.

Ninette sonrió. —Y tú vas a ser una madre estupenda.

—Qué va.

—Claro que sí. Lo supe el primer día que te vi coger a una de las niñas en

brazos. Las adoras. Y sonríen cuando están a tu lado.

Miraron a Abby que la observaba con los ojos como platos. Le acarició la barriga y la niña soltó un gorgoteo que las hizo reír. —¿Ves? —Ninette miró el ordenador y perdió la sonrisa. —¿Estás buscando piso?

—No podemos abusar de vosotros de esta manera.

—Pero si estamos encantados de teneros aquí. Y además en un piso estarías muchas horas sola. —Se acercó y susurró —Además, así tengo otra niñera.

En ese momento pasó su madre con otra de las niñas en brazos intentando que se durmiera. —¿Ves?

—¿Por qué no habéis contratado una interna?

—Bueno, cuando nacieron las niñas te teníamos a ti y a tu madre. Después decidí esperar...

La miró a los ojos. —Por si me iba de casa.

Su amiga se sonrojó. —¡No! No es eso. —Miró hacia la puerta. —Es que me fastidiaba meter a una desconocida en casa.

La miró asombrada. —¿Estás celosa?

Gimió cerrando los ojos. —No sé. Me siento algo insegura desde que tuve a las niñas. Kirk dice que estoy preciosa, pero no sé. Ya no me hace el amor como antes.

—¿Será porque tienes que levantarte cada poco por alguna de las niñas? —preguntó con burla.

—Muy graciosa.

—Si estáis agotados después de todo el día. Debería ser Superman para cumplir. —Miró a la niña. —¿Sabes lo que vamos a hacer esta noche? Nos vamos a quedar con las niñas y vosotros vais a salir a pasarlo bien. —Le guiñó un ojo a Abby. —Y que alquilen una habitación en un hotel para una noche loca. —La niña rió de nuevo.

—Pero no os vais a arreglar.

—Claro que sí. Tú déjame aquí los pañales y los biberones. Entre mi madre y yo, las princesitas estarán de lujo. Hala, a dormir la siesta que tienes que estar

fresca para esta noche.

Cassa entró en la habitación sonriendo y cogió a Abby acunándola para dormirla. —¿Ves? Somos un equipo.

Ninette sonrió ilusionada. —Voy a ver si me vale el vestido rosa estilo Marilyn de la abuela. A Kirk le encanta.

—Genial, voy contigo.

—Ah, no. Ya me paso yo.

Gruñó cogiendo el ordenador de nuevo. —Vale.

—¡Y deja eso! ¡Os necesito aquí!

Al menos se distraía y no pensaba en Dylan.

Cuatro horas después estaba sentada en la cama cambiándole el pañal a Ronelle cuando escucharon el timbre de la puerta. Cassa gruñó saliendo de la habitación con el pañal sucio en la mano.

Se mordió el labio inferior poniéndole las tiras adhesivas en la cintura de la niña antes de coger su body y empezar a ponérselo. Estaba metiéndole los brazos cuando Dylan apareció en la habitación con su madre detrás. Le miró de reojo mientras metía las piernas de la niña y él dijo —Hola, nena. —Se quitó el abrigo y lo dejó sobre la cama acercándose. —¿Es Abby?

—Es Ronelle.

Él apretó los labios. —Siento no haber sido el padrino.

—No pasa nada. Estoy yo.

Se sentó en la cama frente a ella. —¿Cómo estás?

—Muy bien. Me lo he comido todo y he dormido mucho. —Dylan muy tenso miró a la niña. —Y me he tomado las vitaminas. No me he levantado excepto para ir al baño.

—No te preguntaba por eso. Si no cómo estás de ánimo. ¿Sigues disgustada?

Se encogió de hombros. —Se me pasará.

Cassa entró en la habitación y cogió a la niña. —Ya la has visto. Ahora si nos

disculpas vamos a cenar en cuanto acueste al bebé. Tienes cinco minutos.

Dylan asintió y la miró a los ojos. —Nena...

—Creo que mi madre tiene razón. Debes irte. No hay un motivo para que vengas a verme. Si ocurriera algo te llamarían. Tampoco estamos tan lejos del hospital.

—No digas eso, por favor. —Se acercó sentándose casi a su lado. —Te he entendido, ¿vale? Sé que lo he hecho mal y que debería haberte dicho lo que ocurría desde el principio. Pero si después de cómo me comporté, te hubiera enseñado el álbum cuando ya estabas embarazada, hubieras pensado exactamente lo mismo que cuando te lo dijo mi madre. Y quería que te sintieras a gusto a mi lado. Quería desterrarla de nuestras vidas. Tenía la oportunidad de empezar de nuevo y... —Al ver que no movía el gesto se desesperó. —Joder Lama, tienes que entenderlo. Te demostraré lo que me importas.

Importar no era amar. Decepcionada agachó la mirada. —Tienes que irte.

—Te lo demostraré, te lo juro. Solo dame tiempo. Solo te pido eso, preciosa. —Él se levantó respetando sus deseos y cogió su abrigo. —Mañana es sábado. Podemos pedir comida china y ver una película. —Ella iba a negarse, pero él la interrumpió —Ya verás cómo lo pasamos bien. Tú déjame todo a mí. Yo me encargo.

Cassa apareció en la puerta y se cruzó de brazos dando golpecitos con la punta del pie. —Sí, ya me voy. —Gruñó acercándose a Lama y la besó en la frente. —Hasta mañana, cielo.

Le vio salir de la habitación y su madre la miró levantando una ceja. —¿Comida china y una peli? —Hizo una mueca. —Me apunto.

—No tiene gracia.

—Veremos cómo va. Voy a ver lo que Lisbeth ha dejado en la nevera.

Durmió inquieta toda la noche y por la mañana tenía una mala leche que no podía con ella. Sobre todo porque la ponía nerviosa ver a Dylan y no poder

levantarse de la puñetera cama. Se estaba duchando cuando escuchó un ruido en la habitación y gritó —¡Ninette, enseguida salgo!

Como no le contestaron se dio prisa por salir de la ducha y se quitó el apósito de la frente. Va, era un arañazo. Ni siquiera había necesitado puntos. Salió a la habitación con una toalla rodeando su cuerpo y sonrió al ver dos chándales sobre la cama con unas zapatillas de colores. Seguro que Ninette se los había llevado para que estuviera cómoda tumbada en la cama sin tener que estar en pijama. Pero al ver las braguitas de encaje entrecerró los ojos porque eran carísimas. No tenía que haberse molestado tanto.

Después de vestirse, se cepilló el cabello cuando se abrió la puerta y su madre metió la cabeza sonriendo. —¿Te han gustado?

—¿La ropa de deporte? Oh sí, pero Ninette no tendría que haberse gastado tanto dinero en la ropa interior. Además, ya tenía y... —Al ver la expresión de su madre se tuvo que sentar porque se dio cuenta de que había metido la pata. —¿La ha traído Dylan?

Entró en la habitación con otras dos bolsas en la mano. —¿Qué es eso?

—Acaban de llegar. No tengo ni idea.

Emocionada le arrebató las bolsas y sonrió al ver un albornoz. —Parece que está de compras.

—Sí, eso parece —susurró su madre emocionada al verla tan contenta—. Oh, mira que camisón de seda... Parece que no quiere que duermas desnuda, cielo.

—Bueno, aquí no lo hago. Con tanta gente...

—Eso mismo debe haber pensado él. ¿Qué más?

Sacó un frasco y sus ojos se llenaron de lágrimas. —Esencia de rosas. Le dije cuando nos conocimos que mi perfume me lo hacía yo con esencia de rosas y se ha acordado.

—Dudo que haya podido olvidarse de alguno de los momentos que pasasteis juntos, cielo. Es tu pareja.

—¿Lo es?

Su madre suspiró sentándose a su lado y la abrazó por los hombros. —Es

muy cabezota, pero no es mal hombre. No te ha demostrado lo que te quiere porque está confuso, pero no significa que no lo haga.

—Nunca me lo ha dicho.

—Lo sé y te has sentido mal porque no reaccionó como debería en muchos momentos, pero eso no significa que no te quiera. Ahora quiere demostrártelo. Déjate querer. Que te corteje como debería haber hecho desde el principio. Y cuando llegue el momento y te vuelva a pedir matrimonio, sabrás que te quiere con locura, incluso si no te lo ha dicho.

Miró de reojo a su madre. —¿Papá te lo decía mucho?

—A todas horas. Pero es que tu padre era muy intenso, cariño. —Suspiró mirando el suelo. —Joder, cómo le echo de menos.

—Lo siento.

—Es la desgracia que tenemos. Podemos saber cómo vivirá un desconocido que pasa por la calle, pero en cuanto nuestro amor entra en nuestra vida, su destino se borra de un plumazo. —La besó en la coronilla. —Pero al menos me dejó el mejor regalo del mundo. Mi niña preciosa. —Llamaron a la puerta y su madre gritó —¡Otro regalo!

Sonrió al verla correr fuera de la habitación como si el repartidor fuera a desaparecer si ella no se daba la suficiente prisa.

Con el frasco de esencia en la mano iba a doblar la bolsa cuando vio que había algo en una esquina. La abrió y metió la mano para sacar una bolsita de terciopelo amarillo. Tiró del cordón y volcó el contenido sobre la palma de la mano para ver unos pendientes de plata que eran dos estrellas. —Será tonto.

Ilusionada fue al espejo del tocador y se los puso. Se giró cuando vio a alguien entrar en la habitación y se echó a reír al ver a su madre con una pila de juegos de mesa y varios libros. —Para que te entretengas mientras llega.

—¿Dónde estará? —preguntó nerviosa sentada en el sofá del salón mientras toda la familia jugaba al Monopoly, aprovechando que las niñas se habían

dormido.

Kirk sonrió moviendo su ficha. —Es temprano para la cena.

—Para no querer verle, te veo impaciente —dijo la abuela antes de leer la tarjeta—. Vuelve atrás siete casillas.

Kirk gruñó yendo hacia atrás y su madre gritó —¡A pagar a pagar!

Bufó abriendo el libro que estaba leyendo y casi salta del sofá cuando escuchó el timbre de la puerta. Ninette le guiñó un ojo mientras iba a abrir y disimulando pasó la hoja, aunque no tenía ni idea si había leído la página anterior. Cuando vio a su suegra quitándose el abrigo, dejó caer el libro sobre las piernas de la impresión. —¿Qué hace la bruja aquí?

Cassa se levantó estirando el cuello hacia el hall y jadeó. —Pero bueno. ¡Menuda cara!

—Mi hijo está aparcando. Empieza a llover —dijo entrando incómoda en el salón.

Todos vieron su ojo morado y Ronelle silbó —Menuda derecha tienes, Cassa.

—Pues parece que quiere más, porque sino no lo entiendo —le espetó Cassa dando un paso amenazante hacia ella.

—He venido a disculparme.

—¿Por qué? ¿Por intentar hacer daño a mi hija, por sabotear una relación que iba estupendamente hasta que metiste la nariz o por criticarla con esa hermana tuya y reírte de ella y sus dones?

Louise se sonrojó. —Por todo.

Madre e hija se miraron antes de sonreír. —Vale, te perdonamos.

Ninette se echó a reír por la cara de sorpresa de Louise. —No son rencorosas.

—Eso ya lo veo.

—Déjame que te presente a mi familia.

Mientras Ninette presentaba a la abuela, Lama miró por la ventana desde el sofá viendo que se ponía a llover con fuerza. Su suegra se sentó en el sofá de

enfrente hablando con Ronelle de donde era y esas cosas, pero Lama estaba tan nerviosa que no estuvo atenta a la conversación.

Media hora después todo el mundo estaba algo tenso porque Dylan no había llegado.

—Voy a llamarle por teléfono —dijo Kirk.

—No ha debido encontrar sitio para aparcar. Esta zona está imposible. — Ronelle forzó una sonrisa intentando calmar sus nervios que ya eran evidentes para todos.

Cassa no dejaba de mirar por la ventana y Ninette se sentó a su lado. —Va a venir.

—¿Lo has visto?

—Muy graciosa. No le ha pasado nada. Seguro que por culpa de la lluvia no encuentra aparcamiento.

Su madre exasperada se acercó a la madre de Dylan y cogió su mano sin preguntar siquiera. Hizo una mueca moviendo la cabeza a un lado antes de girarla para el otro y dejó caer su mano antes de volver a la ventana.

—¡Mamá! ¡Di algo!

—Ningún disgusto gordo hasta que la palme.

Suspiró del alivio y sonrió a su suegra. —Es un alivio.

Louise carraspeó. —Eso mismo pienso yo. ¿Y lo de palmarla...? ¿Cuándo caerá eso más o menos? —Todos la miraron sorprendidos. —Es por arreglar mis cosas y eso.

—Pero si no crees en nosotras —dijo Lama asombrada.

—Bueno, pero por entretenernos un rato. Va, hasta que llegue mi hijo. —Se acercó y susurró —Por pasar el rato.

Capítulo 13

Dylan tuvo que aparcar en el quinto pino y como llevaba mil cosas, tuvo que coger un taxi hasta la casa de Kirk. Subió los tres escalones y antes de que tuviera que hacer malabarismos para llamar a la puerta, se abrió mostrando a su amigo que parecía a punto de reírse.

—¿Qué es tan gracioso?

—Tu familia.

Miró hacia el salón y vio a su madre sentada en la mesa del café con la mano extendida hacia Lama que sonreía diciendo —Uy, pillina. Así que con el bibliotecario.

Su madre jadeó. —¿Ese sale ahí? Pero si solo le vi una vez y estaba borracha. Fue antes de casarme. Me cogió en un mal día.

Todos se echaron a reír y Dylan dejó caer las bolsas del asombro mientras Kirk retenía la risa. Le fulminó con la mirada. —No tiene gracia.

Lama debió oírle, porque al verle suspiró del alivio antes de gritar enfadada —¿Dónde estabas?

Todos se volvieron hacia él y carraspeó. —Nena, tuve que aparcar muy lejos y...

—¡A mí no me hagas esperar! ¡Qué me pongo nerviosa!

—Vale.

—Podrías haber llamado —dijo su madre regañándole con la mirada.

—Vamos, que te van a echar la bronca —dijo Kirk cogiendo varias bolsas—. ¿Has traído la cena? Es que tienen hambre.

Se volvió para mirarlas sobre el hombro para ver la cara de cabreo de casi

todo el salón. —Voy a llevar esto a la cocina. —Forzó una sonrisa mirando a Lama que tenía cara de querer desahogarse. —Cielo, ¿te encuentras bien?

—¡Mucho mejor que hace cinco minutos!

—Me alegro. —Siguió a Kirk a toda prisa mientras éste se reía sin ningún disimuló. —Joder, parece que quieren lincharme. Y eso que cogí un taxi.

—Pues te aseguro que se alegran un montón de verte.

Kirk empezó a sacar la comida de las bolsas y Dylan se quitó el abrigo escuchando las risas en el salón. Cuando su amigo sacó un cepillo de dientes él carraspeó. —Eso es para mi mujer. Se dejó el cepillo en casa.

Reprimió la risa metiéndolo en la bolsa de nuevo. —Así que tu mujer.

—Es mi mujer —dijo tensándose—. ¿Por qué? ¿Has oído algo? No va a volver conmigo, ¿verdad? ¿La he fastidiado mucho? ¿Quieres hablar de una vez? —preguntó de los nervios.

—Tranquilo... —Miró hacia la puerta. —No vas mal.

Dejó salir el aire que estaba conteniendo del alivio. —¿Eso crees?

—Tú sigue así y antes de que te des cuenta ya la tienes en casa. —Sonrió encantado. —Eso si no la cagas de nuevo.

—Gracias por tu confianza —dijo molesto.

—Es que no das una y eso que te lo ha puesto a huevo. Ella se entrega y se entrega y no haces más que fastidiarla.

—Tu eres amigo mío, ¿verdad?

—Para eso estamos los amigos, para animar.

—Pues tú eres un amigo estupendo.

—Lo sé.

Escucharon risas otra vez y Kirk le dio un mantel. —Ánimo machote. A poner la mesa para que vean que eres un tío que no le importa hacer lo que sea por su mujer.

—Claro que no.

Fue hasta el salón y todas perdieron la sonrisa de golpe y le observaron ir hacia la mesa donde aún estaba el Monopoly. Cuando iba a coger el dinero de

mentira de Cassa, ésta gritó —¿Qué haces?

—Poner la mesa para cenar.

—¿Con la partida a medias? ¡Tendremos que empezar de nuevo!

Lama levantó las cejas y cogió el tablero con cuidado para que no se moviera nada, colocándolo como si fuera una bomba de relojería en una de las mesas auxiliares. Colocó el dinero de cada uno en su sitio y Cassa asintió antes de decir con altanería —Gracias

—De nada. —La ironía de su voz no le pasó desapercibida a nadie y Lama chasqueó la lengua. Vaya, ya tenía un punto negativo. Aquello iba a ser más duro de lo que pensaba.

Ellos pusieron la mesa y colocaron la comida en el centro. Dylan se acercó sonriendo a Lama, que se tensó por su proximidad. —Preciosa, a cenar.

Se levantó sin su ayuda y pasó ante él con la cabeza alta. Le susurró al oído —Hueles de maravilla.

Se sonrojó de gusto y él reprimió una sonrisa. Punto para él.

Joder, estaba perdiendo puntos a pasos agigantados. Sobre todo porque su suegra y su madre se habían sentado una a cada lado de Lama y la acaparaban todo el tiempo. Casi no pudo hablar con ella en toda la noche y cada vez que lo hacía, se notaba demasiado la desesperación por su respuesta. Que solían ser monosílabos. Estaba claro que iba a sudar sangre para que volviera a casa.

Tuvo que aprovechar que su madre se levantó para coger a una de las trillizas, para sentarse a su lado en el sofá. —¿Te ha gustado la cena? Has comido mucho.

—¿Me estás llamando gorda?

Parpadeó asombrado. —Claro que no. Necesitas engordar un poco.

—Así que estoy flaca.

Uy, uy, en menudo jardín se estaba metiendo. —Estás preciosa.

Kirk asintió aprobando su respuesta y más cuando Lama se sonrojó de gusto.

—Estaba bueno. —Él cogió su mano y Lama la apartó de golpe. —No estaba tan bueno.

—He pensado que mañana te puedo recoger y damos una vuelta en coche. Para que te dé el aire.

—¿Qué aire si estamos en Nueva York?

—Pero podemos salir de la isla.

—Mañana va a llover —dijo su suegra negando con la cabeza—. Así que se queda en casa.

La miró como si quisiera cargársela sin poder evitarlo, pero intentó reprimirse forzando una sonrisa que más parecía una mueca. —Soy médico. Sé lo que es bueno para mi mujer.

Cuando Lama no desmintió que fuera su mujer, le dio un vuelco el corazón y sonrió como un tonto cogiendo su mano de nuevo. —Pero si quieres puedo venir y jugamos a algo de lo que te he traído. Lo que tú quieras.

—Quiero salir a pasear —dijo con ganas de tocarle las narices.

—Ah, no. Eso no. ¿Una partidita de póker?

Los ojos de Lama brillaron. —¿Te quieres arriesgar a perder hasta la camisa?

—¿Ves las cartas? ¿Sabes de antemano cuál va a ser la mano?

—No.

—Entonces no estés tan segura de que vas a ganar.

—¡Oh, sí! —dijo Ronelle levantándose—. ¡Vamos a jugar al póker! Quiero sacaros la pasta.

—¿Pasta? —Cassa frunció el ceño. —Yerno, dame dinero que estoy pelada. Te lo devuelvo cuando gane. —Gruñó sacando la cartera y dándole cincuenta pavos a su suegra que sonrió encantada. —Voy a dejaros pelados.

Lama estiró la mano y divertido le dio otro billete. —¿Te queda pasta que perder?

—Tranquila, si no iré al cajero.

—Hijo... —Miró sorprendido a su madre que extendía la mano. Le dio otros cincuenta dólares.

Kirk se echó a reír al ver su cartera vacía y él hizo una mueca. —¿Me prestas cincuenta pavos?

—Qué va. —Al ver su sorpresa se echó a reír con ganas. —No puedo posicionarme claramente. Me juego dormir en el sofá.

Increíble. Tuvo que salir bajo la lluvia porque con las prisas se le había olvidado el paraguas y cuando regresó, la mesa de póker estaba preparada. Se sentó ante Lama y cogió las cartas que Ronelle estaba repartiendo como una profesional. —Muy bien, empecemos. Mínimo de apuesta cinco pavos.

Él se lo tomó en serio porque se notaba que Ronelle tenía tablas y pretendía quedarse hasta el final y no ver la partida desde el sofá. Enseguida se vio quien sabía jugar y Lama no era una de ellas, porque no sabía farolear. Ni su madre. Le prohibiría jugar en el futuro. Era un peligro con las apuestas. Enseguida se le acabó el dinero y extendió la mano como si nada. —Ah, no.

—Te lo devolveré. Ahora que lo pienso, le he leído la mano a tu madre. Me debes cien pavos. —Extendió más la mano.

—¿Y lo de que sacar dinero por leer la mano es de frikis? —dijo Ninette dejándole de piedra.

—¡Pero si saliste en la tele!

—Eso era para fastidiarte. Tenía un fin.

—Eres mi mujer. No deberías cobrarme.

—¿Me das la pasta o no?

—¿Qué me darás a cambio?

—Te voy a dar un hijo y tengo que pasarme en la cama los próximos meses. ¿Crees que hay algo que pueda superar eso?

Ronelle se echó a reír. —Te ha ganado, hijo. Suelta la pasta.

Gruñó sacando la cartera y Kirk se echó a reír. —Entre los regalos, la cena y la partida, te van a dejar la cuenta temblando.

—Merece la pena.

Lama sonrió cogiendo los cincuenta pavos. —Dame fichas, Ninette. Estoy en racha.

Todos se echaron a reír viéndola acaparar las fichas y entonces Cassa sonrió de una manera que a Dylan le mosqueó. Uy, uy, esas guardaban un as en la manga. Y se vio en la siguiente jugada, retando a Ronelle. Después de descartar a toda la mesa, se marcó un farol que la sacó de la partida y poco a poco fue sacándolos a todos menos a su madre y a él. Cassa abandonó la partida dejándose ganar y se quedaron los dos solos.

—Bueno, nena. ¿Lista para devolverme el dinero?

—Ja, ja. Reparte.

En cuanto lo hizo, disimuló la mierda de cartas que le habían tocado mirando sus preciosos ojos. —¿Empezamos?

Ella sonrió viendo sus fichas y movió todas las suyas hasta el centro de la mesa. Él gruñó porque para subir la apuesta tuvo que sacar la cartera de nuevo haciéndoles reír. —Nena, ¿quieres cartas? —Tiró las cinco cartas sobre la mesa y todos se partieron de la risa. Ni las miró. Él se descartó de tres y para su sorpresa cuando las miró tenía un póker de nueves.

—¿No las miras?

—No lo necesito. —Extendió la mano y Dylan se echó a reír a carcajadas. — Ni de broma.

—¿Qué más te da? De todas maneras, queda en casa.

—En eso tiene razón —dijo Ronelle pasándoselo en grande.

—No puedes jugar contra mí y pedirme dinero. Se trata de ganar.

—No, se trata de que yo gane. Y para eso, tengo que apostar y para eso necesito dinero.

—¡Si ni has mirado las cartas!

—No lo necesito. Sé que voy a ganar.

—¡Dijiste que no veías las cartas!

—Y no las veo, pero lo sé.

—Entonces no te doy el dinero. ¿Qué gano yo con esto?

Lama pareció pensárselo. —Vale, ¿qué quieres?

—Que vuelvas a casa.

—Ah, no. Pide otra cosa que te has pasado.

—Mañana pasamos el día solos.

—Un beso.

Él se la comió con los ojos y estuvo a punto de claudicar, pero negó con la cabeza. —El día solos mañana.

Sonrió como si le diera igual. —De todas maneras, te voy a ganar.

Dejó un montón de dinero sobre la mesa sin dejar de mirarla a los ojos, como si quisiera devorarla. —Enseña las cartas, preciosa. —Maliciosa las volvió una por una, mostrando una escalera de color. —No voy a volver a jugar contigo nunca más.

Se echó a reír encantada atrayendo las fichas de plástico como si fuera el tío Gilito. Él se levantó de la silla y le robó un beso. —Al menos eso que me llevo.

—Estoy forrada. —Levantó los cien pavos mostrándoselos y dijo dulcemente —Gracias por el préstamo.

Dylan la cogió por la nuca y la besó de nuevo apasionadamente. Lama dejó caer los billetes sobre la mesa disfrutando de lo que le hacía sentir y cuando se apartó de golpe, atontada le vio coger los billetes metiéndoselos en el bolsillo. —Que descanses, preciosa. Buenas noches.

—Buenas noches —farfulló casi sin aliento. Le observó ir con su madre hacia la puerta despidiéndose de todos, sintiendo que su corazón se le salía del pecho y cuando abandonó la casa miró decepcionada hacia la ventana. Al final no sabía si volvería mañana.

—Tranquila, aquí lo tendrás —dijo su madre como si leyera su pensamiento —. Ahora a la cama.

—¿Nunca se te ha ocurrido mudarte a las Vegas? —preguntó Ronelle divertida.

—Me lo pensaré si esto no sale bien.

Sentada en su cama al día siguiente, dibujaba distraída porque ya eran las

once y Dylan no había aparecido. Harta de esperar, cogió su móvil y le llamó.

—Ya estoy de camino. ¿Estás impaciente por verme? —preguntó con cachondeo.

—Muy gracioso.

—¿Estás bien? ¿Todo va bien?

—¡Me aburro y es culpa tuya! —gritó antes de colgar.

Frustrada se cruzó de brazos. Entonces recordó cuando le leyó la mano a Dylan y lo que vio de su matrimonio. Las exigencias. Cuando Laura siempre quería más. Los gritos al teléfono. Se sintió tan miserable que se puso a llorar sin darse cuenta. Cuando llamaron a la puerta, se limpió las lágrimas rápidamente y Dylan la abrió perdiendo la sonrisa de golpe. —Nena, ¿qué pasa? —Dejó el ramo de rosas rojas que llevaba sobre la cama antes de sentarse a su lado y apartar las manos de su rostro. —¿Por qué lloras?

—No quiero ser como ella.

Dylan apretó los labios. —Nunca serás como ella. Estás irritada por tu situación, pero eso es todo.

—¿De verdad? —preguntó insegura.

—De verdad. —Le acarició la sien con el pulgar y sonrió antes de besarla en los labios suavemente. —Entre que no puedes levantarte de la cama, que tienes un desastre de novio y que tienes las hormonas alteradas, estás algo refunfuñona. Pero lo soportarás todo por el bebé.

—¿Seguro que esto es necesario? Me encuentro bien.

—Dentro de dos semanas te hago unas pruebas. Si todo va bien, podrás levantarte un poco más.

Le miró esperanzada. —Hecho.

Él sonrió y vio el dibujo de las trillizas sobre la cama. —Esto es precioso, nena. —Cogió el block y pasó la hoja para mostrar a Ronelle comiendo espaguetis. Se echó a reír. —Se nota que disfrutaba. Tienes talento.

—Qué va. Siempre he dibujado cuando estaba aburrida.

—Pues yo creo que son muy buenos. ¿Me dibujarás a mí?

Se sonrojó con fuerza. —¿Quieres un dibujo tuyo?

—Lo enmarcaré y lo pondré en el despacho. Y si haces un retrato tuyo lo colgaré al lado.

—Dylan eso es una horterada. —Se echó a reír sin poder evitarlo y él la miró como si su risa fuera lo más maravilloso del mundo. Se le cortó el aliento mirando sus ojos verdes. —¿Dylan?

—Cásate conmigo, cielo.

—Porque...

—Porque no puedo dormir, no puedo comer pensando en ti, no me concentro en el trabajo y te necesito. ¿No es suficiente? —Cogió su mano desesperado.

—Dímelo —susurró sin aliento.

Parpadeó asombrado. —¿Qué más quieres que te diga? ¿Quiero que vuelvas a casa? ¡Creo que eso ya lo sabes!

Bufó decepcionada y se cruzó de brazos. —Gracias por la visita.

—¿Me estás echando? ¡Si me acabas de gritar por teléfono por no estar aquí!

—¡Ya se me ha pasado! —le gritó a la cara.

La cogió por las mejillas y la besó apasionadamente. Ella se abrazó a él respondiendo con ansias por todo lo que le había echado de menos y fueron deslizándose hacia abajo tumbándose en la cama. Gimió en su boca cuando sus manos llegaron a su trasero apretándose con ansias. Ella apartó la boca y se miraron a los ojos con la respiración agitada. —No podemos... —dijeron a la vez antes de besarse de nuevo desesperadamente como si estuvieran sedientos. Fue él quien detuvo el beso casi saltando de la cama.

La miró con deseo pasándose las manos por su pelo rubio. —Nena, van a ser unos meses larguísimos.

—¿Ah, pero me vas a dejar así?

—¡No podemos hacerlo! ¡El orgasmo estimula las contracciones uterinas y eso no es bueno en este momento!

—¿Entonces para qué me besas? ¡Eres un provocador!

—¡Me besaste tú!

—Uy, qué mentira.

—Voy a tomar un café.

—¡Ven aquí y cumple como un hombre!

Dylan se volvió sonrojado. —Nena, baja la voz.

Ronelle se echó a reír desde el pasillo. —Tarde, ya lo ha oído toda la casa.

—¿Ves cómo deberíamos estar en nuestra casa para hablar de estas cosas?

—¡Si está tu madre!

—¡Y la tuya!

—¡Pero mi madre es un cielo!

—¡Será contigo!

—¡Claro, conmigo que es quien le importa!

—¡Voy a tomar un café a ver si así te calmas!

—¿Me estás llamando histérica?

—Pues un poco, la verdad. Nada de sexo. Eso es lo que hay. Date una ducha fría.

—¡Muy comprensivo! —le gritó a la puerta cuando se fue. Entrecerró los ojos cuando la puerta no se abrió de nuevo. —¿Dylan? ¿No te habrás ido? ¡Este bebé es de los dos y los dos nos aburriremos como ostras hasta que nazca! ¡Vuelve aquí!

La puerta se abrió lentamente y Ninette asomó la cabeza sonrojándola hasta la raíz del pelo. —¿Un mal día?

—¡No es justo! ¡Tú tienes tres y puedes disfrutar del sexo hasta el último día! ¡Yo tengo uno y me quedo a dos velas a la mitad del embarazo!

Su amiga hizo una mueca. —Seguro que te desquitas en el segundo. Paciencia.

—A este paso no habrá segundo.

La risa de Ninette la hizo sonrojarse de nuevo y sin poder evitarlo sonrió. Tenía que ser positiva, en dos días habían avanzado mucho. Aún no le decía que la quería, pero al menos le había dicho que no podía vivir sin ella. Lo solucionarían.

Capítulo 14

De ocho meses se acariciaba el enorme vientre mientras cambiaba el canal del televisor, que ahora tenía en la habitación, a la vez que comía galletas de chocolate de manera compulsiva. Miró el reloj de plata de encima de la mesilla que Dylan le había regalado y gruñó masticando la galleta al ver que eran las seis. No le quería llamar porque no quería que pensara que era una pesada. La verdad es que desde aquel día, meses antes, no había vuelto a llamarle porque no quería parecerse a Laura en nada en absoluto. Él iba a verla después del trabajo y los fines de semana, le llevaba algún regalito y se iba a casa después de la cena. No había vuelto a pedirle matrimonio y nada de besos que no fueran simples y rápidos. Nada de lengua ni de tocamientos. Cualquiera otra pensaría que pasaba de ella, pero a veces la miraba como si quisiera comérsela, así que pensaba que no la besaba más por no complicar las cosas. Pero lo que la torturaba es que no le había pedido que volviera a casa. Eso sí que la estaba poniendo nerviosa.

Sabía que daba a Kirk dinero por su manutención y la de su madre, para que no les faltara de nada. Kirk se había negado, pero Dylan había insistido tanto que al final tuvo que cogerlo. Attendía sus necesidades completamente menos las sexuales. Era cariñoso con ella y comprensivo. La trataba como a una reina, pero con un límite. Empezaba a arrepentirse de haberse ido de casa porque tenía la sensación de que no le pediría que regresara a su lado.

Miró el despertador de nuevo y se pasó la mano por el vientre. Le necesitaba allí. Se sentía inquieta y le necesitaba a su lado. —Por una llamada no pasa nada.

Marcó su número y esperó a que lo cogiera apartándose un mechón de la cara. Frunció el ceño cuando saltó el contestador y colgó. Diez minutos después

decidió probar de nuevo y no contestó.

Su madre entró en la habitación con Elsa en brazos y frunció el ceño. — Cielo, ¿te encuentras bien?

Bajó las piernas de la cama y sintió una presión en la parte de abajo de la barriga. —Tengo que ir al hospital. Pasa algo. —Nerviosa se acarició el vientre. —Estoy de parto.

Cassa palideció y corrió fuera de la habitación gritando —¡Está de parto!

—¿Cómo que está de parto? —gritó Ronelle.

—¡Una ambulancia!

—¡Mamá, puedo ir en taxi!

Ninette entró en la habitación muy nerviosa. —Nieva muchísimo y no me voy a arriesgar. Llamaré a una ambulancia.

—Bueno, si te empeñas... —Se encogió de hombros. —Vale.

—¡Cassa llama a Dylan! —dijo su amiga corriendo hacia su habitación.

—¡No me lo coge!

—Mira, como a mí. —Se acarició el vientre y sonrió al sentir cómo se movía. —Ha llegado el momento de verte la carita.

Su madre entró corriendo. —Ya viene de camino.

—¿Dylan?

—La ambulancia. A tu hombre le veremos allí. Seguro que está en alguna urgencia o en el quirófano. Por eso no lo coge.

—Sí, claro.

Le sorprendió lo rápido que llegó la ambulancia y antes de darse cuenta estaba camino del hospital con aquella horrible sirena poniéndola nerviosa. En cuanto llegaron a urgencias, miró a su madre preocupada porque la presión aumentaba. ¡Le necesitaba allí! —Mamá busca a Dylan.

—Sí, claro. Es el hijo de Dylan Xanthos, ¿saben dónde puede estar?

—Pregunte en el control. Ahí lo sabrán —dijo una de las enfermeras.

—Gracias. —Miró a su hija. —Vuelvo ahora.

Forzó una sonrisa. —Todo va bien, ¿verdad?

—No se preocupe, señora Xanthos. Enseguida la revisan. Eso si no llega su marido y la asiste en el parto.

—Claro que llegará. No se lo perdería por nada.

La trasladaron a maternidad y la desnudaron poniéndole una bata de hospital. Le pegaron unos parches en la barriga y escucharon el latido del bebé. Sonrió al escucharlos. Una doctora rubia y muy guapa entró en la habitación muy seria y ella preguntó —¿Dylan?

—¿Dylan? —Distraída miró el monitor.

—Dylan Xanthos. El padre de mi hijo, ¿está por aquí? ¿Está operando?

La mujer la miró como si tuviera dos cabezas. —¿Dylan Xanthos es el padre de su hijo?

—Sí, ¿por qué le sorprende tanto?

Se sonrojó apartando la mirada. —Oh, por nada. Estará en quirófano. Hoy no le he visto.

—¿Cómo que no le ha visto? —preguntó alterándose—. ¿No ha venido a trabajar?

—No estaba de guardia, si se refiere a eso.

¿Qué diablos estaba pasando allí? ¿Y por qué esa mujer la miraba avergonzada? Le cogió la mano con fuerza y la obligó a que la abriera mientras la doctora gritaba que la soltara. Lama abrió los ojos como platos antes de mirarla a la cara con ganas de matarla. —¡Estás enamorada de mi hombre! —gritó furiosa. La doctora dio un paso atrás asustada chocándose con un gotero—. Pues es mío, ¿me oyes? ¡Acércate a él y te saco los ojos! ¡Rubia tenías que ser!

Aquella zorra salió corriendo de su habitación casi chocándose con su madre. —¡Mamá, esa está enamorada de Dylan!

Cassa le arreó un puñetazo a la doctora que la tiró al suelo desmayada. Pasó sobre ella entrando en la habitación. —Así dejamos las cosas claras, cielo. Para que se enteren otras lagartas. ¿No te decía yo que aquí había muchos cuernos? ¡Si está casada!

Una enfermera vestida de rosa llegó corriendo y gritó pidiendo ayuda al ver a

la doctora desmayada por el golpe.

—¡Quiero a mi hombre aquí! —gritó desgañitada—. ¡Y como entre otra rubia en mi habitación, la despellejo viva! —Ninette asomó la cabeza y miró asombrada a la doctora. —Oh, pasa de una vez. No va por ti. Solo personal sanitario.

Su amiga soltó una risita saltando sobre la doctora. —Este parto va a ser de lo más interesante.

—¿Dónde está Dylan, mamá?

—No está en el hospital.

Entrecerró los ojos. —Mamá averigua si hay una enfermera en esta planta que se llame Amber. Es rubia.

—Amiga... No está con ella.

—¿Mamá?

—Ahora mismo.

Una chica morena que parecía que tenía quince años metió la cabeza en la habitación. —¿Puedo pasar?

—Claro. Las morenas son bienvenidas. —Desde la cama vio como arrastraban el cuerpo de la doctora hacia el pasillo tirando de sus piernas antes de que entrara la chica que por la bata era doctora. —Una doctora, estupendo. ¿Cómo va mi niño?

La chica sonrió, así que le cayó bien de inmediato. —A eso vamos. Soy la doctora Goodson. ¿Qué tal si me deja reconocerla?

—Adelante.

Dos horas después tenía unos dolores horribles y se sujetaba el vientre terriblemente asustada. Su madre estaba pálida de miedo y cuando la doctora dejó de mirar entre sus piernas no le gustó su cara. —Esperaremos un poco más. ¿Estás segura de que quieres un parto natural? Todavía estamos a tiempo de una epidural.

—¿Dónde está Dylan? —gritó desesperada antes de tener una contracción que la dobló de dolor.

—Kirk ha ido a buscarle a casa, pero no estaba. Y su madre tampoco.

—Voy a matarle.

Cassa le cogió de la mano apretando con fuerza. —Tranquila cielo, que enseguida estará aquí.

—¿Y esa enfermera seguro que no está en el hospital?

—Hoy tiene descanso.

—¡La madre que los parió! —gritó fuera de sí—. ¡Espera a que le ponga las manos encima! ¡No los va a reconocer ni el forense!

El teléfono de Ninette empezó a sonar y su amiga lo cogió rápidamente. — Es Ronelle. —Se puso el teléfono al oído. —Dime. —Después de escuchar varios segundos sonrió aliviada. —Acaba de salir de casa. Ya viene para acá.

Gruñó a su madre. —Mamá busca algo punzante. Si es un bisturí mucho mejor. ¡A éste le capo!

En ese momento entraron dos enfermeras charlando como si nada y sudada y con la respiración agitada miró a una de ellas fijamente. Amber.

—Vamos a ponerle una vía —dijo la otra con una sonrisa de oreja a oreja.

No le hizo ni caso. Sino que cuando se acercaron lo suficiente, agarró a la rubia por el pelo tirando de ella mientras todas la miraban asombradas. Amber chillaba que la soltara y le estaba cogiendo la mano cuando Dylan entró corriendo en la habitación deteniéndose en seco al ver el espectáculo. —Mamá agárrala para que le lea la mano.

—¡Lama! —gritó Dylan deteniéndola.

Le miró con rencor, pero no la soltaba. —¡Mamá!

Cassa la sujetó por el cabello y Lama le agarró la mano con fuerza para leer su mano a toda prisa.

—¿Pero qué haces, mujer? ¿Estás loca? —Dylan se acercó a ella intentando separarlas, pero ella le apartó la mano antes de gemir interiormente soltándola ella misma.

Amber se apartó asustada. —¿Está loca? ¡La voy a denunciar!

—¿Sí? ¡Pues puede que yo me chive de las medicinas que coges del dispensario del hospital!

La enfermera palideció antes de salir corriendo asustada.

—¿Está robando drogas? —preguntó asombrado—. Joder, tengo que denunciarlo.

—¡Y tú dónde estabas! —Disimulando que había metido la pata hasta el fondo le cogió la mano. —Me duele mucho.

Él le acarició la frente. —Lo siento. No estaba en casa y en donde estaba no había cobertura. Ni me di cuenta.

—Pues hay que estar atento, hombre. Llevamos esperando este momento meses —dijo su madre con ironía.

Dylan le preguntó a la enfermera —¿Quién la lleva?

—La doctora Goodson.

—Estás en buenas manos hasta que vuelva, que será en dos minutos.

—Date prisa.

En cuanto salió de la habitación Ninette reprimió la risa. —¿Has metido la pata?

—Hasta el fondo. Ahora está con un camionero al que le va la marcha. —Hizo una mueca. —Se llevarán bien. He visto boda y todo.

—Hija...

—¡Era la más probable! —La recorrió otra contracción y arqueó el cuello hacia atrás reprimiendo un grito.

Su madre le pasó un paño húmedo por la frente. —Lo haces muy bien.

—Dios, esto es horrible —gimoteó mirándola a los ojos—. Mamá, no puedo...

—Claro que puedes. Eres muy fuerte. Yo no hubiera soportado este embarazo y has llegado hasta aquí. No vas a rendirte ahora.

—Piensa en tu hijo —dijo Ninette con cariño—. Es la mejor recompensa del mundo. Anni también lo pasó mal y ahora está encantada con su niña. Piensa en

eso.

Preocupada miró el monitor. —¿Tiene latido?

—Claro que sí. ¿No lo oyes?

La doctora entró de nuevo en la habitación y miró de nuevo el monitor. —Ya ha llegado el padre —dijo encantada—. Perfecto. ¿Qué tal si ponemos la epidural?

—Quiero hablar con Dylan de eso —dijo asustándose—. ¿Dónde está?

—Estoy aquí, nena. —Entró corriendo y se puso a su lado. —Estoy aquí. —

Miró el monitor cogiendo su mano. —¿Dilatación?

—Cinco centímetros.

Él sonrió y besó su frente sudorosa. —Todo va bien.

—¿Seguro?

—Seguro. —Extendió la otra mano y la doctora le dio su historial. Lo apoyó sobre su barriga para levantar la hoja y Cassa sonrió yendo hasta Ninette, sentándose a su lado. Dylan le guiñó un ojo a su mujer. —Ahora vamos a ponerte algo para el dolor. —La doctora salió a toda prisa. —Nena, ¿por qué no has dejado que te lo pusieran antes?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Eso era decisión tuya. Tú tenías que decidirlo porque yo no lo veía.

Besó su mano antes de agacharse para besar sus labios. —Lo siento, preciosa. Tenía que haberme dado cuenta de que no tenía cobertura.

Le acarició la mejilla. —¿Y dónde estabas? —preguntó como si nada.

—Oh, tenía una reunión con un grupo de médicos que terminó tarde.

Ella sonrió y metió sus dedos entre su cabello. —Qué guapo estás.

—¿De veras? —Le dio otro beso en los labios y ella se apartó gritando de dolor mientras tiraba de su cabello con fuerza. Cassa y Ninette se taparon la boca intentando reprimir la risa al escucharle gruñir de dolor, intentando soltarse con la cara sobre el vientre de su mujer. Cuando terminó la contracción ella respiró agotada soltándole y Dylan se enderezó de golpe acariciándose el cabello. —Nena, tienes una fuerza sobrehumana. —Se tocó una parte de la cabeza repetidas

veces. —¡Me has dejado una calva!

Lama se miró la mano y vio cuatro pelos. —Serás exagerado.

—¡Exagerado! —Cogió el mechón de sus dedos mostrándoselos a su suegra.

—Ella ha perdido mucho más con este embarazo. ¡La figura, por ejemplo!

—¡Ya sabía yo que no iba a encontrar comprensión en ti!

—¿Entonces para qué te esfuerzas?

—¡Esto te pasa por mentiroso! —gritó Lama perdiendo la paciencia.

—¿Mentiroso yo?

—¡No estabas en ninguna reunión! —Y añadió con desconfianza —¿Tú no me la estarás pegando?

—¿Yo? ¡Esto es el colmo! Me dejas, no quieres casarte conmigo, me pones mala cara cuando voy a verte, ¿y ahora me recriminas que estoy con otra?

Lama se apoyó en sus antebrazos para incorporarse. —¡Tienes pinta de culpable! ¿Dónde estabas?

Abrió los ojos exageradamente. —¡Ahora entiendo que agarraras a Amber para leerle la mano! ¡Querías saber si estaba liado con ella!

—Qué listo eres. ¡No me extraña nada que hayas conseguido sacarte la carrera! ¡Recuerda que te oí que quedabas con ella para echar un polvo!

Ninette y Cassa jadearon. —¡Eso fue antes de estar contigo! ¡Era libre!

—¡Ya me conocías!

—¡No quería nada contigo! ¿No te quedó claro?

—¡Claro, por culpa de tu mujer!

—¿Tenemos que volver a eso? ¡Nena, no puedes agarrar de los pelos a todas las mujeres que conozco para leerles las manos!

—Oh, sí. ¡Claro que puedo!

—¡No estaba con ellas!

—¿Con quién estabas?

—Con mi madre, ¿contenta? —Las tres entrecerraron los ojos. —¡Se quedó en casa con la decoradora para decidir cómo ponían los muebles que hemos elegido esta tarde para la habitación del bebé mientras yo iba a verte a casa de

Kirk!

A Lama se le cortó el aliento. —¿La habitación del bebé?

Dylan suspiró pasándose la mano por su cabello. —Tenía que tenerla preparada por si ocurría algo en cualquier momento. Como no me dijiste nada, lo decidí yo para que cuando salgas del hospital vayas derecha a nuestra casa, ¡qué es donde tienes que estar! —Y se acercó más a su cara. —¡Porque vas a volver a casa! ¡Estoy harto!

—¿Estás harto? —preguntó con los ojos como platos.

—¡Y te vas a casar conmigo! ¡Ya no te lo pido más!

—¿Ah, no?

—He soportado estos últimos meses porque hubiera sido una tortura tenerte en casa y no poder tocarte, pero ahora todo cambiará. ¡Vamos a formar una familia!

—Ya somos una familia.

—¡Pues quiero una familia más unida! —Tomó aire y se pasó las manos por el cabello. —Ahora vamos a traer al mundo a nuestro hijo. ¡Y se llamará Dylan!

—¿Y?

—Y te quiero, nena. Te quiero más que a nada.

Sonrió radiante y alargó los brazos. —Sabía que al final caerías.

Él riendo se acercó y la besó en los labios. —¿No me digas?

—En cuanto te vi entrando en esta misma habitación me dije, éste es el mío.

—Y tú eres mía, cielo. Gracias por entenderme y perdonarme.

—Gracias por quererme.

Una mujer rubia entró en la habitación con una jeringuilla en la mano. —
¿Lista para la epidural?

Lama entrecerró los ojos. —¿Por qué no me enseña la mano primero?

—¿La mano? —preguntó confundida.

Dylan disimuló una sonrisa. —Nena...

—O me la enseña o no me pincha. Tú verás.

—Me las he lavado y me iba a poner guantes.

Las chicas se empezaron a reír a carcajadas. Dylan cogió la jeringuilla. —
¿Qué tal si te la pongo yo?

—A ti te dejo que me hagas lo que quieras, mi amor.

Epílogo

Lama llegó a la cafetería de Jimmy y empujó el carrito hacia su mesa, sentándose al lado de su marido. Le dio un beso antes de coger una patata y preguntó —¿Qué tal en el hospital? ¿Te gusta tu nuevo puesto de director de ginecología?

—Me gusta mandar, ya lo sabes.

Soltó una risita cogiendo una de sus patatas fritas y su marido se levantó para coger a su hijo del carrito. Sus rizos rubios estaban alborotados después de estar en el parque. Dylan junior soltó un chillido al ver a su padre y le abrazó por el cuello. —¿No es increíble que vaya a cumplir dos años?

—¿Me estás intentando decir algo, marido?

Se sentó a su lado de nuevo. —Bueno, me gustaría tener otro.

—¿Hablamos de eso esta noche? Oh, eso me recuerda... —Miró hacia la cocina y gritó —¡Jimmy felicidades!

Su amigo salió con la espátula en la mano. —No es mi cumpleaños.

Anni se sonrojó fulminándola con la mirada. —¡Quería decírselo yo esta vez, Lama!

—Es que me encanta verle la cara.

Se echó a reír al ver que Jimmy comprendía y miraba a su mujer como si fuera un desastre. —¿Otra vez? ¡Mujer, que ya tenemos dos!

—Cariño, nos falta el niño. Esta vez sí que será niño, ya verás.

Ambos la miraron interrogantes y Lama chasqueó la lengua. —¿Ahora queréis que os cuente qué será?

—Sí —contestó toda la cafetería haciendo reír a su marido.

—Pues felicidades, vais a tener...

—Vamos cielo, no seas mala.

—¡Un niño!

Toda la cafetería aplaudió y su marido la cogió por los hombros dándole un beso en los labios. —Eres malvada.

—Qué va. No he podido resistirme a decirles lo que sería. Otra se hubiera hecho de rogar.

—¿Y nosotros?

—¿Nosotros que?

—¿Te estás resistiendo, mi amor? ¿Qué tendremos en el siguiente parto?

—Oh, pues he visto una niña, pero hasta dentro de siete meses no lo sabremos seguro.

Dylan sonrió. —¿Querías sorprenderme esta noche?

—¿Tú también ves el futuro?

—Veo nuestro futuro y será muy feliz.

—Te quiero tanto... Ni en mis mejores sueños me habría imaginado que sería tan feliz a tu lado.

La besó suavemente en los labios. —Lo mismo digo, preciosa. Tendremos que celebrarlo. No sabrás lo que se me ocurrirá para sorprenderte, ¿verdad? Para que me des una pista.

—Por el color de tu aura me hago una idea, marido. Me hago una idea.

FIN

Si quieres conocer la historia de Ninette, la puedes leer en “Sólo con estar a mi lado”.

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Vuelve” o “Esa no soy yo”. Próximamente publicará “Desterrada” y “Eres parte

de mí”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, sólo tienes que escribir el nombre de la autora en el buscador de Amazon. Tienes más de noventa títulos para elegir dentro del género romántico.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.